DE GAULLE
EL GRAN SOLITARIO



ZIG-ZAG

TITO MUNDT

DE GAULLE, EL GRAN SOLITARIO

Por Tito Mundt

Tito Mundt, triunfador en el periodismo y en la radio, obtuvo un éxito extraordinario con su primer libro, "De Chile a China", del cual se han hecho ya cuatro ediciones sucesivas.

Al enjuiciar "De Chile a China", el gran crítico Ricardo A. Latcham se expresó así: "Habrá libros más elaborados en la literatura chilena, pero pocos pueden superarlo por su inextinguible dinamismo". Y explicó el contenido de la obra: "Es una sucesión de impresiones en que se mezclan la instantánea rápida, el repentismo imaginativo, de raíz española, en lo que constituye el meollo del genuino periodismo: la nota de actualidad, el enfoque preciso de la circunstancia histórica o social, el atisbo del medio y del panorama, como vivo engarce en el relato".

Esas mismas características abundan en este nuevo libro de Tito Mundt. DE GAULLE, EL GRAN SOLITARIO, escrito en forma entrecortada, esencialmente periodística, rápida, variada, amena, constituye un sensacional reportaje a la vez que la apasionante historia de un hombre excepcional —guerrero y estadista—, que supo tener fe en su patria cuando todos la habían perdido y que de la Francia ocupada y vencida en 1940 ha hecho hoy una potencia de primera magnitud en el mundo.

Por otra parte, este libro es el testimonio de un periodista inteligente y audaz, que ha visto y oído, *personalmente,* a De Gaulle, que conoce la vida del "gran solitario", que ha conversado con sus más fieles amigos y con sus más apasionados enemigos, y que, basándose únicamente en la verdad, ha sabido dar a su relato el estilo y la vibrante nerviosidad de nuestro tiempo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.

De Gaulle,
el gran solitario

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.

TITO MUNDT

De Gaulle,
el gran solitario

ZIG-ZAG

La soledad es la mejor consejera de un estadista.

NAPOLEÓN.

A N T E S A L A

Yo no soy historiador. Soy periodista. Esta es la historia de un gran hombre visto por un hombre de prensa. No busque usted datos estadísticos, cifras aburridas, ni excesivos nombres propios. Este no es el análisis táctico de un gran estratego, sino la imagen de uno de los hombres más brillantes y solitarios de este siglo, visto por un sudamericano que conversó con él brevemente antes de llegar al poder y que le conoció personalmente cuando gobernaba Francia.

Encienda un cigarrillo, amigo lector, y escuche: para escribir estas páginas he consultado más de cien libros de historia, filosofía, política, resúmenes de táctica militar, análisis de la última guerra, esquemas doctrinarios, folletos, artículos, etc. Conversé con políticos y periodistas franceses. Hablé con mujeres y hombres, charlé con los verdaderos jefes secretos de la Resistencia y con los oficiales que es-

tuvieron con De Gaulle, y con algunos que están hoy contra De Gaulle.

Estuve en Argelia dos veces. La primera vez con Salan y Massu, y luego volé a Madrid para conversar con Lagaillarde y Ortiz. He reunido charlas familiares, recuerdos ocultos y he descifrado innumerables cartas privadas.

El 1.º de julio de 1964 viajé a París invitado por el Gobierno de Francia y a las veintitrés horas exactas estaba charlando con Malraux en el Ministerio de Cultura. Recorrí las redacciones de todos los grandes periódicos franceses, los estudios de radio y televisión, los Archivos Nacionales de la capital francesa; hablé con diplomáticos y observadores imparciales. Finalmente oí de los propios labios del general De Gaulle, en la entrevista colectiva a la prensa el 23 de julio, su enfoque personal, libre de protocolo, de su política en Francia y de su sensacional diplomacia exterior. Producto de estas innumerables charlas, en bibliotecas, redacciones de diarios, oficinas de diplomáticos, gabinetes de ministros, bohardillas de estudiantes y veteranos, y largos y nostálgicos recorridos a través de las calles doradas de París en pleno verano, y cuando los castaños florecen como nunca y el obelisco de Luxor clava su lanza en un cielo sin nubes, ingenuo y puro como en un cuadro de

Poussin, es este libro. Caminando sobre las mismas huellas de los mosqueteros y los convencionales del año Dos de la República, recorriendo los viejos salones desde los cuales Bonaparte dirigió a Europa, sentándome en sillones polvorientos y cargados de historia donde nace la historia de Enrique IV, Luis XIV, el gran Corso, Gambetta y tantos más, me formé un cuadro personal de lo que había sido el general Charles de Gaulle, hasta hace dos meses, cuando a los setenta y cuatro años de edad iba a tomar un avión para partir hacia América del Sur.

En 1940 Francia estaba derrotada por el Ejército alemán y París vivía bajo la svástica. Nadie daba un centavo por ella. Un solo hombre, contra la opinión de todos, fue capaz de interpretar a su país, de sacarlo del polvo y del olvido, las cenizas y la muerte, y llevarlo a la victoria. Ese hombre dirigió a Francia a la hora del triunfo y se retiró cuando creyó que no había posibilidad alguna de salir adelante. Era enemigo de la mayoría parlamentaria, de los votos de confianza, de los discursos protocolares, del absurdo ballet de diputados y senadores que viven de interrupciones y discursos líricos, esquivando el verdadero rostro al drama que vive Francia.

De Gaulle creía fanáticamente que sólo con un Gobierno fuerte podía hacer una nación fuerte. Se

retiró a su pequeña casa provincial y allí, a la luz de la lámpara, redactó sus Memorias.

Francia fue a buscarlo y lo condujo nuevamente al poder.

Desde 1958 hasta hoy, el general De Gaulle gobierna a su país; y de la Francia derrotada, desengañada y caída de 1940, a la Francia victoriosa, decisiva en el naipe mundial, dueña de la bomba atómica, reconociendo a China comunista, viajando a Sudamérica, enfrentándose a Estados Unidos, mirando de igual a igual a Inglaterra, saltando sobre los Pirineos, para entenderse con España, hablando en alemán a los alemanes y en español a los mexicanos, hay un tremendo abismo.

¿Cómo ha sido la historia de este hombre alto, solemne, protocolar y solitario a través de setenta y cuatro combativos años de vida? Esta es la novela que yo le voy a contar, amigo lector.

Viajemos hacia 1890...

El Arroyo

"Belle Epoque".

Lille es una ciudad típicamente francesa. Hay unas casas viejas, desconchadas, sucias y tristes que se animan un poco en los días de sol, como en los cuadros de Utrillo, o se ponen frías y mustias en los días de invierno cuando la lluvia toca sus pequeños tamboriles. Allí, un 22 de noviembre de 1890, un padre está frente a una cuna. El padre se llama Henri-Charles-Alexandre de Gaulle y es profesor de filosofía y literatura en el colegio de los jesuitas. En la cuna está un niño de ojos vivos y mirada penetrante. En la cama vecina está Maillot-Caroline-Marie, la madre, y ambos contemplan al recién nacido con esa cara de alegría mezclada con ingenuidad con que miran a sus hijos todos los padres del mundo. Henri había peleado en la guerra del 70 contra los cascos puntiagudos de los prusianos y se había lucido en Sedan. Allí, cuando era un joven oficial, veinte años

antes, había escuchado la terrible orden de la rendición y la caída del Imperio. Los bigotes engomados de Napoleón III se habían puesto blancos al saber la avalancha de las terribles noticias. Francia fue vencida en menos de un mes. El territorio ocupado, la capital conquistada, los prusianos desfilando por los Campos Elíseos, Bismarck, Moltke y Guillermo I de Prusia creaban el nuevo imperio alemán en el Salón de los Espejos de Versalles, mientras un tuerto genial, llamado Gambetta, asomado a los balcones del Hôtel de Ville, proclamaba la Tercera República Francesa.

Un pequeño burgués miope, con pequeños lentes, barrigón y activo, llamado Thiers, trataba de mantener los últimos restos de lo que había sido Francia.

Después vinieron la Comuna, las banderas rojas, los fusilamientos de las petroleras, las muertes trágicas de los federados en el cementerio de Père-Lachaise, y subieron al poder, primero el mariscal Bazaine y luego el pequeño burgués historiador Adolphe Thiers.

El profesor de filosofía de nuestra historia era legitimista, católico y adoraba al Ejército. Ahora tiene al frente a un niño, y cuando lo contempla piensa un poco en la Francia derrotada del 70 y en lo que puede venir en los años futuros.

El niño.

De Gaulle sale de la cuna, se pone pantalones largos y oye en la mesa los apasionantes relatos del "Affaire Dreyfus". Conoce a un curioso general llamado Boulanger, que, montado en un caballo blanco, quiere resucitar a Francia. Pero Boulanger, fuera de su capa, de sus largos bigotes, de sus ojos azules, de su potro de guerra y de su figura de príncipe, es un pobre hombre que le tiene miedo al golpe de Estado que se pretende hacer con su nombre, y termina tristemente huyendo de París y suicidándose en Bruselas sobre la tumba de su amada Marguerite de Bonmaine.

Un periodista resume la historia de Boulanger con esta frase: "Empezó como César, continuó como Catilina y terminó como Romeo". El feroz Clemenceau, periodista de extrema izquierda, lo va a fulminar con una sola andanada: "Tenía mentalidad de cadete y fue cursi hasta para morir".

El decorado.

Esta es la Francia de la infancia de De Gaulle. La Francia de los matrimonios con dotes que ha descrito admirablemente Paul Bourget. La juventud mo-

nárquica que cree aún en la Flor de Lis, que sueña con un rey para el trono francés y se educa en la exigente y cerrada Ecole de Saint-Cyr. La otra juventud, burguesa, laica, radical en política y masónica en materia de ideas filosóficas, estudia en el Politécnico. Estas dos juventudes, que un día se van a enfrentar políticamente, se están preparando recién en los caldos de cultivo de un país que no puede olvidar que un día fue la primera potencia de Europa, siguiendo el mechón y el capote gris de Bonaparte. De Gaulle describe a su padre en sus *Memorias* diciendo: "Era un hombre serio, reposado, de ideas claras y precisas, que creía en la tradición y soñaba con la dignidad de su país".

El general despierta en las noches en el amplio lecho matrimonial repitiendo la misma frase que había salido de sus labios el día que se rindió Francia: "El general Bazaine ha capitulado".

República y monarquía.

La familia De Gaulle no cree en la República. El padre es monárquico y católico. Y el país está en manos de los radicales y los elementos avanzados. De Gaulle en el colegio es un muchacho desgarbado, sin

gracia de movimientos, silencioso y huraño. Los compañeros le hacen miles de bromas riéndose de su altura y le llaman "Espárrago", "Dos metros", "Goliat" y "Jirafa". De Gaulle se ríe de los dientes para afuera. Como es un muchacho solitario, le gusta escribir. En las tardes, de regreso de la escuela, frente a la luz de la chimenea, mientras crepitan los leños, con una letra clara y precisa va anotando versos y más versos. En 1902, cuando ya tiene doce años y mientras los demás niños juegan al volantín y al diábolo, el futuro general escribe un sainete cómico. Pero es el Ejército el que lo llama. El mismo dice: "Yo sentía una voz invisible que venía del cuartel, de la garita del centinela, del cuarto de banderas, de los fusiles y los viejos estandartes". Y entonces decide entrar a la Academia Militar de Saint-Cyr, que es la gran usina que produce a esos jovencitos de monóculo, peritas engomadas, uniformes impecables y extraordinaria elegancia que van a formar la flor y nata del Ejército francés.

El Ejército.

Pero ya en De Gaulle asoma el político al entrar al Ejército. No piensa ser un oficial más cargado de

condecoraciones, sino utilizar ese mismo Ejército con el secreto deseo de salvar a Francia.

El joven cadete sueña con guerras, con campos de batalla, con cargos heroicos, con banderas ardientes.

Pero el panorama es aburridamente pacifista. No hay guerra en perspectiva y lo más probable es que su carrera sea la sombría, y brillante al mismo tiempo, de una buena y eficaz tuerca, dentro de un mecanismo admirablemente engrasado y que se llama el Ejército francés, donde a medida que pasan los años irá subiendo maquinalmente escalón en escalón y llegará a general a los cuarenta y cinco años con algunas tristes condecoraciones burocráticas sobre el pecho. Pero, a falta de guerras, el joven De Gaulle se entretiene preparando batallas campales con sus compañeros. Hace trincheras, improvisa alambradas, salta sobre alambres de púas (que se consiguen al crédito en una ferretería vecina), y se siente héroe a los diecisiete años. Ya De Gaulle piensa en la espada. Veinticinco años más tarde va a escribir él mismo, en su célebre libro *El porvenir del Ejército,* "que es la espada y sólo la espada la que decide en última instancia todas las cosas". Coincide con el filósofo Oswald Spengler, que escribe más tarde la famosa frase: "En última instancia, la civilización ha sido salvada siempre por un pelotón de soldados".

De Gaulle en su pequeño cuarto de la Escuela Militar sueña con la espada y ve ese pequeño relámpago de acero, con la empuñadura dorada, ese pájaro de una sola ala, ese río vertical cortante que es capaz de solucionar todos los problemas con un solo golpe de tajo. La ve encenderse en la oscuridad con su ojo único, se pasea sobre él y los ojos del futuro general sueñan con su brillo.

En un banquete conoce a un muchacho delgado y tímido que se acerca a él y le dice simplemente: "Mi nombre es Georges Guynemer".

En la Guerra del 14, De Gaulle va a pelear en tierra y su nuevo amigo en el aire, llegando a ser el as de la Aviación francesa.

A los veinte años entra a la Escuela Especial Militar. Rápidamente se transforma en el soldado más brillante de la novena compañía del 33 Regimiento de Infantería Arras.

Arras.

La ciudad es triste, pero está llena de historia. Las casas son grises y asoman bajo la lluvia con un caño duro y de pocos amigos. En esa ciudad, por allí por 1760, nacía un muchacho miope que iba a cambiar la historia de Francia y que se llamó Maximi-

liano Robespierre. Ese clima revolucionario e histórico flota en las callejuelas abandonadas, se pasea por las plazas, cruza los dinteles de las catedrales góticas y se sienta a veces en los bancos de los jardines.

Breve silueta.

De Gaulle es ascendido a sargento y calificado como uno de los más brillantes soldados de su regimiento. El viejo Croisset, que fue compañero suyo de esa época y que vive ahora cerca de París, me contaba hace un tiempo:

—Charles en esos años no tenía gracia para nada. No fumaba, no bebía, no bailaba y no salía nunca de farra con las muchachas. Le cargaba el juego. A la misma hora que sus compañeros bebían el mejor Beaujolais en los bares de Arras, Charles estaba estudiando táctica en el cuartel. Llovían las bromas sobre él. Las pálidas jovencitas de Arras, con caras de futuras novias provincianas, se entusiasmaban un poco con sus ojos azules, su bigotillo rubio y su uniforme impecable. Pero De Gaulle no sabe enamorar. No tiene idea de lo que es un piropo. Se pone colorado cuando una muchacha lo mira, y es reacio a escribir cartas de amor. Sólo piensa en el deber y en

el Ejército. Un día lo invitaron a una cantina y surgió una apuesta: a que no era capaz de tomarse una botella de coñac. De Gaulle odiaba el trago, pero como se trataba de ganar, de vencer, de ser más que los otros, apuró sin vacilar copa tras copa del dorado líquido que le sonreía dentro de la botella, hasta que la terminó. Ganó..., pero se desplomó estrepitosamente y estuvo tres días en cama poco menos que agónico. En 1911 tuvo que elegir regimiento para marchar de guarnición y eligió el 33 de Infantería.

Pétain.

Allí conoce a un coronel de grandes mostachos y que es adorado por la tropa. Se llama Philippe Pétain. Pétain ama el mando y se siente llamado por Dios a ocupar un puesto decisivo en la historia de Francia. Es monarquista en el fondo y sólo sueña con un gobierno fuerte. De Gaulle y Pétain, a pesar de la diferencia de grado y edad, conversan largas horas sobre problemas de táctica, y, lo que es mucho más importante, sobre problemas políticos. De Gaulle ha dicho: "Con Pétain soñaba en ese tiempo con una Francia militar, fuerte e imperial, y odiaba a esos saltimbanquis de la Asamblea Nacional, que sólo sa-

bían hacer pequeña política, mientras la Alemania del Kaiser se armaba hasta los dientes".

Pétain es enemigo de los principios tácticos y oficiales del Estado Mayor y cree que únicamente el cañón y el fusil decidirán los próximos combates. Sostiene que sólo las ofensivas fulminantes, las marchas sorpresivas y las caídas bruscas sobre el enemigo pueden decidir una victoria.

1914.

Estamos en 1914. Guillermo II declara en Berlín que los alemanes son "la sal de la tierra". En Francia gobierna Poincaré. Las relaciones con Rusia son excelentes después del viaje del zar a París, que es recibido entre aclamaciones y vítores. La bandera tricolor flamea junto al Aguila Imperial rusa, y los graves caballeros de tongo y de colero y las señoras de inmensos sombreros como jardines ambulantes, aplauden a las corazas plateadas de la guardia zarista.

Pero nadie cuenta con un tiro o una serie de tiros. Un desconocido estudiante servio llamado Princip, en una remota ciudad cuyo nombre es Sarajevo, dispara sobre el heredero del trono de Austria-Hungría,

Francisco Fernando, y su esposa... y cambia la historia del mundo.

La guerra.

Ultimátum austríaco. Ultimátum ruso. Ultimátum francés. Ultimátum inglés. Ultimátum alemán. La guerra es un hecho. En agosto de 1914 los cascos color mostaza de los soldados prusianos cruzan el Rin y en las calles de París se canta *La Marsellesa* y y se grita "¡A Berlín!". Francia está bien preparada. Diplomáticamente mantiene una estrecha alianza con Inglaterra y Rusia. Alemania cuenta sólo con la eficacia de su Ejército preparado y engrasado como una máquina perfecta a través de muchos años, vencedor el 70 y listo para emprender la marcha de nuevo a los compases del *Deutschland, Deutschland über alles*. Turquía y Austria están junto al Kaiser. Estados Unidos, literaria y simbólicamente, está con los aliados. Pero Alemania arrasa en los primeros combates y el territorio francés es invadido fulminantemente por las tropas de Von Klück. Está a punto de caer París. En los bulevares los muchachos muerden más que cantan *La Marsellesa*. Miles de soldados con quepis, guerrera azul y pantalones ro-

jos desfilan por las calles bajo la bandera tricolor, y el general Gallieni tiene una idea genial. Aprovechando que las líneas alemanas se estiran demasiado en su avance sobre París, ataca bruscamente a las tropas del Kaiser, con todo lo que hay disponible en la capital. Se movilizan los soldados en los mismos noctámbulos taxis de inmensos faroles y forros de terciopelo rojo que decoran las calles de la capital. Se produce la llamada "ofensiva en taxi" sobre el Marne... y la victoria. La primera victoria, que causa conmoción y fanático entusiasmo en la ya desangrada Francia.

¿Qué ha pasado?

Que Alemania ha tenido que embarcar rápidamente gran parte del Ejército que estaba a punto de desfilar bajo el Arco de Triunfo, para lanzarlo sobre el frente ruso, porque los cosacos avanzan en sus nerviosas caballerías mucho más rápido de lo que había supuesto la despectiva táctica de los generales del Kaiser.

Ambos ejércitos tratan de envolverse mutuamente. Y para detener la invasión por la espalda, marchan hacia el norte y se produce la llamada "carrera hacia el mar", que va a terminar en el mismo Canal de la Mancha. Ha nacido la guerra de las trincheras. El Ejército francés cambia de uniforme; los lujosos

quepis, las vistosas guerreras, los pantalones color sangre que se lucieron en Argelia y Saint-Privat dan paso a un uniforme menos llamativo, pero mucho más práctico: el azul horizonte. Detrás de las alambradas, cuando se iza lentamente el trapo sucio de la niebla, cuando brillan aún las últimas estrellas transidas y tristes, se consultan los relojes, se toca un pito y los bravos *poilus* saltan las alambradas y emprenden el feroz ataque a la bayoneta.

La Unión Sagrada.

Francia ha producido un milagro. El Ejército era monárquico y enemigo del Gobierno. Era católico dentro de un Estado radical. Creía en un poder fuerte e imperial, pero estaba dirigido por una República que trataba de administrar, aunque fuera muy burguesamente, las grandes victorias de los ejércitos de la Convención. Los soldados son librepensadores, laicos e izquierdistas. Los oficiales son católicos y monárquicos. Clemenceau no cree en Dios, pero cree fanáticamente en Francia; y se produce un extraordinario milagro. Después de todo es la patria la que está en peligro. Es Francia la que puede ser arrasada con las bayonetas de los *boches*. Se ocultan el

sentimiento monárquico, la bandera blanca, la Flor de Lis, las clases escrupulosamente escalonadas y separadas por límites infranqueables, los antiguos castillos, los cotos de caza, los viejos salones, los trajes, los uniformes y las rosetas de la Legión de Honor. Sólo se piensa en la victoria. Un historiador ha dicho: "El Tigre lucha por una Francia republicana e izquierdista, con una oficialidad católica y derechista". De Gaulle es herido por primera vez en su vida, y está cinco días en el hospital. Con los ojos afiebrados mira cómo caen románticamente las hojas del calendario y pasa el tiempo sin oportunidad de lucirse en los combates. El duerme. Francia lucha. Vacilante aún por los efectos del golpe que recibió en un combate, se levanta y parte de nuevo enviado a ese infierno heroico que se llama Verdun. En el fuerte Douamont es herido nuevamente y queda desangrándose en el campo de batalla. Lo creen muerto y lo recogen los alemanes. Como se trata de un oficial, tienen con él especial consideración.

Verdun.

Verdun es más que un infierno. Es la gran punta de lanza que mantiene Francia en medio del torren-

cial ataque enemigo. Si cede Verdun, el país está perdido. Allí se destaca con caracteres especiales el antiguo jefe de De Gaulle, Philippe Pétain, que se cubre de gloria. La misma gloria que va a usar un día para actuar políticamente y dirigir a la Francia de Vichy.

De Gaulle recibe la Legión de Honor, y la orden de concedérsela está firmada simbólicamente por Pétain.

Fugas.

Pero el joven Charles no recibe personalmente la Roseta Roja, porque está prisionero por los alemanes. Tres veces trata de fugarse y las tres veces es capturado. La primera vez lo cogen los perros policías que vigilan el campo de concentración; la segunda se disfraza de alemán, pero su alta estatura, su terrible metro noventa y cuatro, lo delata pronto porque le queda chica la guerrera y se le ven hasta los codos. La tercera vez se escapa con el aviador Garros, pero le vuelven a detener y le llevan ya sin miramientos de ninguna especie a un "campo de represalias" en Baviera. Un soldado alemán que trata de amedrentarlo desenfundando su revólver, recibe, co-

mo única y despectiva respuesta de los helados labios del joven teniente, esta frase: "Te acordarás".

Pero en el campo de prisioneros no hay nada que hacer, salvo mirar cómo sale el sol entre las alambradas y se pone al otro lado de los bosques. A veces llueve. A veces surgen las pequeñas salpicaduras de las flores sobre los prados, y no hay más entretenciones que leer, dormir y soñar. Pero De Gaulle no tiene tiempo, porque la historia pasa rápida y la guerra puede terminar en cualquier momento. Y entonces se consigue un lápiz y un poco de papel y escribe *La discordia en la casa del enemigo.*

El amigo ruso.

Tiene un amigo que está prisionero como él. Es un joven y silencioso teniente ruso que se consigue de vez en cuando una botella de vodka que le manda su novia desde el lejano Moscú, y que es experto en cuestiones de táctica. Horas y horas discuten sobre cuál es la mejor manera para ganar una batalla. De Gaulle ha visto surgir entre las trincheras unos extraños animales de acero, unas especies de rinocerontes motorizados, de hipopótamos grises que se mueven sobre orugas y que se llaman tanques. Una

tarde golpea sobre la mesa y dice: "Ellos decidirán la guerra". El teniente opina como él. Y un día tendrán ocasión ambos de poner en práctica el resultado de las discusiones que mantuvieron a la luz de un vacilante velón en un triste campo de prisioneros alemán, entre los sombríos bosques de Baviera. El teniente se llama Tukhachevsky. Andando los años será mariscal del Ejército soviético, y el oficial francés, jefe de su país. No volverán a verse. El brillante estratega soviético será fusilado por Stalin en una de sus famosas "purgas".

Casi tres años está preso De Gaulle, y un día de noviembre de 1918 los alemanes que custodian los prisioneros se ponen nerviosos, se agitan, hablan en voz baja y dejan caer la tremenda noticia: la guerra ha terminado. Y los aliados han vencido en toda la línea.

Alambradas.

De Gaulle está desesperado. Pensaba lucirse en los campos de batalla. Pelear en primera fila. Ser héroe nacional. Llegar a capitán, coronel, general y quizás mariscal. Ser una mezcla de Napoleón con Condé. Volver a París con el pecho brillante de condecora-

ciones. Apenas le ha tocado pelear, a pesar de que ha sido herido dos veces y que ha ganado la Legión de Honor. Pero esos terribles treinta y tres meses que ha vivido en la prisión de Baviera lo hacen llorar en silencio. En vez de combatir con los alemanes, ha tenido que obedecerles ciegamente en el "campo de represalias". Las alambradas de púas que ha visto no son las de las trincheras, sino las que limitan el campamento. En vez de los asaltos nocturnos, ha tenido que leer a la luz de un velón colocado en un cajón de azúcar al lado del lecho y escribir, no manifiestos heroicos ni declaraciones para la historia, sino vulgares cartas de recuerdos que le envía puntualmente a su madre.

Sale libre y se reincorpora a su viejo regimiento de Dimoussin, mientras Clemenceau, Wilson y Lloyd George firman el Tratado de Versalles y los alemanes vencidos se ven obligados a suscribir un papel que un día ha de ser histórico y que conducirá a otra guerra. De Gaulle se refugia un poco en sí mismo. Lee incansablemente. Tiene una biblioteca particular de más de dos mil volúmenes. No hay novelas ni folletines. No hay cuentos ni dramones. Sólo obras de historia y estrategia militar. El joven Charles no olvida que es hijo de un profesor de filosofía y que ha heredado un profundo sentido analítico para juz-

gar las verdaderas causas de la victoria aliada, y al mismo tiempo darse cuenta de cuáles fueron las fallas que mostró Francia durante los cuatro infernales años de la guerra. El mismo dice: "Pocos niños, ideologías hueras y negligencia en los poderes públicos nos privaron de los medios de defensa". Pero bruscamente se pone optimista y agrega: "Pero, por sí misma, Francia realizó esfuerzos increíbles, suplió con ilimitado sacrificio lo que le faltaba. Finalmente salió victoriosa de la prueba".

Pero la guerra había terminado.

La paz.

Los ingleses miran con desconfianza al viejo Lloyd George. Los franceses no quieren elegir a Clemenceau, "el padre de la victoria". Los norteamericanos hacen chistes y caricaturas sobre el pobre Wilson.

Lenin.

Un año antes, un hombrecillo de ojillos mongólicos y perita colorina se ha tomado el poder en Rusia. Se llama Nicolás Lenin y logra llegar a Moscú en un

tren blindado alemán que le facilita el Estado Mayor del Kaiser. En este tren iba la revolución bolchevique y viajaba la derrota del imperio zarista. Ambos habían calculado bien: Lenin necesitaba la paz para hacer su revolución y montar los primeros soviets de obreros, campesinos, soldados y marineros. Los alemanes tenían urgente necesidad de las divisiones que estaban enterradas en la nieve rusa, para volverlas contra el frente occidental. Y así fue como el grupo más reaccionario de la historia, como era el de los despectivos e insolentes *junkers*, le abrió el camino a la primera gran revolución comunista del mundo.

Pero no todo es miel sobre hojuelas para Lenin. Los vencidos ejércitos del zar se agrupan, dirigidos por Wrangel y Denikin y contratacan al bolchevismo, pero son barridos a su vez por un general improvisado de melena leonina, ojos vivarachos, nariz judía y barbita puntiaguda, que, con chaqueta de cuero, electriza a la multitud y conduce al Ejército Rojo de victoria en victoria. Se llama León Trotsky.

Los rusos preparan el asalto de Polonia. En 1920 llegan a los suburbios de Varsovia. De Gaulle había sido designado miembro de una misión militar que presidía el general Weygand, que había pertenecido, a su vez, al Estado Mayor del general Foch.

Weygand y Pilsudski planean la batalla del Vístula, y De Gaulle, que no había podido participar casi personalmente en la guerra del 14 al 18 en su propio país, lo hace en tierra enemiga.

Paradoja.

El mismo escribe a un amigo: "Yo soy una paradoja viviente. Siempre hago las cosas al revés. Cuando quise pelear, me tomaron prisionero. Cuando se firma la paz, me toca combatir en una tierra que no es la mía". El antiguo compañero de De Gaulle que ahora es general, el sombrío Tukhachevsky, fue derrotado y Rusia tuvo que firmar la paz con Polonia. De Gaulle ensaya ahora a fondo sus conocimientos militares. El mismo, recordando a Napoleón, escribe: "Polonia fue mi Tolón". Pero De Gaulle deja de ser un tipo silencioso. Abre los labios, conversa, hace discursos, habla sobre táctica y planea una nueva estrategia. Defiende el tanque. Aprovecha la experiencia de la Primera Guerra y de los combates recientes en suelo polaco. Ya se dibuja en él el principio que va a defender un día y que va a hacer decisivo en su vida: las grandes ofensivas a

base de oleadas de carros de asalto operando en planicies descubiertas.

Profesor.

Los polacos le piden que dicte un curso en la Academia Militar de Varsovia, y De Gaulle, de prisionero durante tres años de guerra, pasa a profesor de historia. De Gaulle, que va a ser siempre un hombre apáticamente solo y en contra de todo el mundo, comienza por oponerse a las ideas de los oficiales corrientes. Ellos confían románticamente en la caballería. De Gaulle en los tanques, y afirma: "Los tanques del futuro serán de acero, marcharán sobre orugas, mantendrán autonomía de acción y estarán erizados de cañones".

Estamos en la Academia Militar de Varsovia. Comienza a nevar. Unos copos blancos, alegres e ingenuos condecoran las ventanas. De Gaulle se levanta lentamente en el estrado, ante quinientos oficiales que le escuchan, y con su mejor francés dice: "Señores: En los combates del futuro serán los tanques y bombarderos, colaborando en estrecha alianza con su enorme movilidad de fuego, los que decidirán la ruptura de los frentes y aun la explotación del éxi-

to de la misma. La máquina dominará en el orden bélico. Las nuevas armas —aviones y tanques— se perfeccionarán de manera rapidísima. El motor se prestará a llevar lo que se quiera, a donde sea preciso, a cualquier velocidad y distancia. El tanque, una vez acorazado, poseerá tal potencia de fuego, que el ritmo del combate tendrá que adaptarse a sus evoluciones".

Un día lo felicita el jefe del Estado Mayor polaco, y lo conduce a través de los sorprendidos alumnos hasta uno de los últimos bancos, donde se incorpora lentamente un oficial de largos bigotes. El mariscal Pilsudski quiere felicitarlo personalmente.

Pilsudski trata de conquistar a De Gaulle y le ofrece organizar un ejército sobre los planes de la nueva estrategia, pero, cuando está listo para aceptarlo, le llega una carta.

En cuatro renglones a máquina, fechados en París, se le anunciaba que había sido nombrado profesor de Saint-Cyr. El único recuerdo que se lleva de Polonia es la Cruz de San Wesceslao que le ofreció el Gobierno polaco.

París después de la sangre.

El París que se encuentra a tres años del armis-

ticio es otro París. Ya no se baila vals, sino tango. Un japonés de anteojos cuadrados y chasquilla llamado Foujita triunfa con sus gatos y sus vírgenes orientales. Escribe Colette, pintan Picasso, Braque, Chirico y los grandes cubistas. En las exposiciones de la "Rive Gauche" sólo hay discos y triángulos. La poesía corta las amarras y surgen los versos de Apollinaire. En la novela se destaca un manco genial que se llama Blaise Cendrars. Las muchachas ya no son las tuberculosas de fines del siglo pasado, que soñaban con los estudiantes de melena lacia y capa bohemia. Ahora brincan en los cabarets y se emborrachan alegremente en las boîtes. Todo el mundo quiere divertirse. Cuatro años de guerra es mucho. Cuatro años en las trincheras comiendo barro, saltando sobre charcos de agua y con la muerte al frente, es una pesadilla que hay que olvidar rápidamente.

El amor.

Ahí están el coñac, el anís, el ajenjo, el absintio, la morfina, la coca, el opio y todos los vicios que toman sus maletas en el Oriente y se descuelgan en París. Esto no le gusta a De Gaulle. De Gaulle es serio. Increíblemente serio. De Gaulle sólo sonríe una

vez a la semana, odia los chistes y las bromas, habla lo indispensable, camina por las calles mentalmente de uniforme y con el quepis puesto; pero, a pesar de todo, el amor le hace una jugada y conoce a una muchacha que se llama Yvonne Vendroux.

En una exposición de Picasso, en que el propio general no entiende absolutamente nada, tropieza sin querer con una joven que está deslumbrada con un sol color azufre del famoso pintor español.

Se disculpa, le presentan a la muchacha, toma té con ella y, a los cinco meses, Yvonne Vendroux se transforma en Madame De Gaulle. Son cinco meses fulminantes. Estilo ofensiva de tanques, con la única diferencia que ahora no hay guerra sino una vulgar contienda amorosa que termina frente al altar en la penumbra de una capilla de provincia.

Ella y él.

Ella es la romántica, la apasionada, la entusiasta. Ella es la que escribe estupendas cartas de amor. Ella es la que lo espera con los ojos brillantes al atardecer cuando sale de la Escuela Militar, después de dictar una clase. Ella es la de los primeros celos, la de las primeras escenas y de las reconciliaciones. De

Gaulle, no. De Gaulle es seco y distante y sólo se anima de vez en cuando para pronunciar la indispensable frase: "Quiero casarme contigo".

No es un romance novelesco para iluminar los comienzos de una carrera fantástica, sino un *flirt* pequeño burgués entre un oficial y una muchacha elegante que desfila hasta el matrimonio con el visto bueno de padres y parientes, y la bendición final de un curita amigo de la familia.

Contra el Estado Mayor.

Una vez casado, el general decide repartir su vida en tres frentes: su mujer, Saint-Cyr y Francia. En las noches estudia largamente los libros de estrategia, despliega enormes mapas sobre la mesa del comedor después de haber sacado ordenadamente la vajilla, enciende los leños de la chimenea, toma papel y lápiz y comienza a escribir en forma rápida un ensayo con todas sus observaciones militares. En diciembre de 1925 expone por primera vez su teoría de la guerra en un artículo de la *Revue Militaire Française*. El Estado Mayor se indigna. Se les caen los monóculos a los oficiales y se les estremecen los bigotes a los generales. La teoría del joven oficial es completamente distinta a la que sostienen los ex

héroes condecorados de la última guerra. Ellos creen que, en caso de que haya una nueva contienda, habría que calcar matemáticamente las experiencias del 14 al 18.

De Gaulle ha estado en Polonia y se ha dado cuenta de lo que puede hacer una brigada motorizada en campo abierto y sobre grandes planicies. El mismo hace una descripción genial de Francia que podría ser escrita por un gran periodista de hoy:

"Entre París y el extranjero no hay más que doscientos kilómetros, seis días de marcha, tres horas de auto, una hora de avión. Un solo revés en las orillas del Oise y he ahí el Louvre a tiro de cañón".

"Esta es la gran Francia", piensa De Gaulle, mirando la llanura, que es como esa misma mesa en que está apoyado. Lisa como la palma de la mano. Sin grandes relieves. Pocos montes, pocos bosques, pocos ríos. Los tanques se pueden pasear "como Pedro por su casa" sobre las llanuras francesas y tomar París en tiempo record.

¿Cómo se puede combatir esto? Con tanques y con aviones de bombardeo.

De Gaulle y Pétain.

En 1927 inicia su primer curso en la Escuela de

Guerra a la sombra de su gran ídolo: Pétain. De Gaulle —flaco, lento y solemne— saca sus cuartillas y se pone a leer. Lo escucha, con los ojos perdidos en la lejanía, el mariscal Pétain enfundado en la gloria de Verdun.

Pétain no está de acuerdo con De Gaulle.

Pétain pertenece a la vieja escuela. Aprendió la guerra en los antiguos libros y con las viejas tácticas. No cree en los cambios bruscos y odia la palabra "invasión". Cree que la futura guerra, en caso de producirse, será igual, como hermana melliza, a la guerra de hace doce años. Pero se da cuenta al mismo tiempo de que De Gaulle no es un oficial cualquiera que ha sido herido dos veces y que ha tratado de fugarse tres, sino algo más.

Con solemne voz de abuelo se lo dice a sus íntimos: "Este De Gaulle es *alguien*".

Como consecuencia de lo anterior, De Gaulle es nombrado comandante del 19 Batallón de Cazadores.

Oficial de lujo.

Este tipo interminable, esta especie de espada con botas, este largo y sombrío oficial que apenas se ríe y que no dice chirigotas, que no bebe en el casino de

la Escuela, que llega puntualmente a clases todos los días y que dice con voz monótona cosas nuevas, se transforma rápidamente en un ídolo. Pero no en un ídolo corriente. No es el general adorado por sus tropas por su simpatía personal, por el chiste siempre oportuno o la salida ingeniosa. Es todo lo contrario. Se impone por su habilidad dialéctica para explicar las cosas más complicadas, dichas con voz fría y distante.

Y los oficiales que lo escuchan salen repitiendo de las clases una palabra importante, muy importante: "tanques". Es nombrado "cazador de honor" y enviado al ejército que monta guardia sobre el Rin. La tropa es atacada por la gripe. En el pueblo de Trèves, De Gaulle pasa revista a sus hombres frente a la irónica sonrisa de una comisión de parlamentarios que ha ido a revistar el regimiento. No hay un solo enfermo. Todos están allí, luciendo una salud de hierro.

Un diputado barrigón pregunta:

—¿Y a qué se debe este milagro, comandante?

—Muy sencillo, muy sencillo. Métodos espartanos. Levantarse a las cinco de la mañana, trotar sobre la nieve, no encender las estufas, sacarse la guerrera, correr, saltar, brincar y desfilar continuamente. Y ahí los tiene usted.

Separación.

Pero el Ministerio de Guerra sigue infatigablemente moviendo estos pequeños alfileres que son los oficiales del Ejército. Lo cambian de panorama. Charles tiene que despedirse de Yvonne. Yvonne llora. Llora como todas las mujeres del mundo cuando parte su amado a un punto lejano. De Gaulle no. De Gaulle no sabe llorar. Apenas sabe ensayar una caricatura de sonrisa, y, con su metro noventa y cuatro, camina hasta la estación mientras un soldado le lleva la maleta, y monta en el tren. Yvonne queda hecha un mar de lágrimas.

Ha peleado en Francia, ha conocido Polonia, ha sido profesor en París, ha estado de guarnición en el Rin. Ahora le toca ir muy lejos. Ahora es el Africa el nuevo decorado sobre el cual se va a destacar por primera vez la larga estampa del general De Gaulle. Su inmensa silueta se dibuja sobre las arenas del desierto.

El táctico.

Tiene que transpirar en el Líbano y en Siria. Y aprovecha el calor infernal y las largas siestas entre

los mosquitos y viendo pasar la lenta silueta de los camellos, en perfeccionar sus ideas predilectas de táctica. Pero además estudia el terreno, y es allí donde se da cuenta por vez primera del papel decisivo que puede jugar él en una posible contienda del imperio colonial francés.

Pero de nuevo le obligan a partir y regresa rápidamente a París. Allí le consultan los mismos escépticos oficiales del Estado Mayor sobre las posiciones francesas en el Mediterráneo. De Gaulle esta vez cambia el papel por la máquina de escribir y redacta velozmente unas líneas que, con el transcurso de los años —exactamente trece—, serán usadas en 1943 en los desembarcos norteamericanos en Marruecos, en la ofensiva francesa de Túnez y en la sublevación de Argelia.

El Duce.

Pero Europa misma está cambiando.

Un agitador de camisa negra que hace ocho años que está en el Palacio Venecia de Roma, y que se llama Benito Mussolini, sueña también con su propio imperio colonial y ha reunido a sus generales frente a un mapa y con un largo puntero les ha indicado un nombre: Abisinia.

Hitler.

Un ex cabo del Ejército alemán que usa un mechón, que luce un bigote ridículo que recuerda vagamente a Chaplin, y que se llama Adolf Hitler, organiza un partido y usa como símbolo una vieja cruz gamada de la época de los germanos, sobre fondo rojo.

Los nazis pelean en las calles contra los comunistas. Hay muertos y heridos. La avalancha de los camisas pardas comienza a correr como un inmenso río por todos los caminos de Alemania para confluir en el Arco de Brandeburgo en Berlín.

Hace apenas trece años que en el Salón de los Espejos —donde se fundara el imperio alemán— se firmó el Tratado de Versalles. No está amarillenta aún la tinta que se usó para firmar ese histórico documento, en el cual se decía que "terminarían para siempre todas las guerras". Y los políticos de 1930 comienzan a darse cuenta de que la guerra emprende su marcha lentamente detrás del horizonte.

El Eje.

Hitler está a punto de ser nombrado Canciller. El Tratado de Versalles va ser tirado despectivamente

al canasto de los papeles. Alemania se va a armar. Su aliada va a ser Italia. La guerra de Abisinia es ya casi una realidad. Los comunistas mueren a balas en las calles de Berlín, y desfilan con el puño en alto en las calles de París. Durante treinta y ocho años han sido enemigos a muerte de los gordos y transpirados radicales y de los parlamentarios y tibios socialistas. Ahora hay un solo enemigo al frente y hay que unirse. Y comunistas, socialistas y radicales van a deponer sus viejos odios ante el enemigo común.

Pero no nos apuremos. Todavía faltan tres años. Francia busca desesperadamente alianzas diplomáticas. Mira primero hacia Italia, para separarla de Hitler, y vuelve los ojos hacia Londres; le lanza una mirada picaresca a Rusia y vuelve la vista hacia Estados Unidos.

República de opereta.

Pero el mal no está al frente, sino adentro. Los ministerios se suceden como marionetas en un teatro de barrio. Suben los ministros por un lado y bajan por el otro con la misma velocidad. Los intelectuales siguen tomando ajenjo en las mesitas de marfil de la Coupolle y del Dôme, en Montparnasse.

En los viejos salones con olor a alcanfor, las amigas íntimas de los políticos juegan a los naipes y se dedican al espionaje. Francia parece no haber aprendido nada del drama feroz del año 70, ni de la tragedia del 14 al 18. El viejo Clemenceau ha muerto y ya nadie se acuerda del "padre de la victoria". Y Briand —el hombre de los largos mostachos y de la melena romántica— no ha sacado nada con tratar de borrar la sangre de la última conflagración mundial con el sueño de la Sociedad de las Naciones. Un diario francés afirma: "Los alemanes no tienen remedio. Con o sin uniforme, son los mismos. Con casco o con colero republicano, sólo piensan en la guerra". Los jóvenes nazis del otro lado del Rin no son precisamente palomas de la paz. Los partidos políticos en Francia se dedican a una especie de ballet parlamentario, mientras el suelo cruje bajo las botas de la próxima guerra.

Con catorce ministros.

De Gaulle es nombrado secretario general del Ministerio de Defensa. Tiene que trabajar, entre 1932 y 1937, con catorce ministros distintos. Todo el mundo está en desacuerdo. En vista de que los alemanes

se arman, Tardieu no encuentra nada mejor que desarmar a los franceses. Cambia bruscamente el disco. El gordo Doumergue se da cuenta a última hora de que hay necesidad de gastar más francos en cañones, que saliva en discursos pacifistas.

Svásticas al viento.

En Berlín el ex cabo de bigotitos se toma el poder. Mussolini ha propuesto un pacto de los Cuatro, formado por Francia, Gran Bretaña, Italia y Alemania. La empresa fracasa, y Polonia se separa de Francia. Italia amenaza a Etiopía. El pobre Negus toma el té en su palacio imperial bajo las enormes sombrillas que agitan sobre él sus guardias negros vestidos de blanco. En caso de invadir Italia a Etiopía, ¿qué hará Francia?

Etiopía.

Francia e Inglaterra juegan a destiempo, y, lo que es mucho más grave, Gran Bretaña está dispuesta a firmar separadamente un Tratado Naval con Alemania. A los lores no les importa darles la mano a los

camisas pardas con tal de que Su Majestad Imperial siga presidiendo la marcha del imperio.

Pero también Inglaterra varía de vez en cuando, y se produce un brusco cambio de opinión y el Palacio de Buckingham se coloca contra Mussolini. Comienzan las sanciones. Italia desembarca en Etiopía. El hijo de Mussolini puede hacer chistes macabros sobre "la forma curiosa y pintoresca de cómo florecen las rojas carnes de los pobres negritos bombardeados por la aviación". Los camisas negras marchan por el desierto y llegan a Addis Abeba. La Sociedad de las Naciones, que era la última carta que guardaba Francia bajo la manga, está pulverizada. Crecen los enemigos y disminuyen sus amigos. Pero mientras Mussolini hace de las suyas, Hitler decide poner en práctica sus propios planes. Con rapidez fulminante militariza la orilla izquierda del Rin. Inglaterra, de acuerdo al Tratado de Locarno, debía haberse unido a Francia para protestar. Pero no protesta.

Los ingleses son tan liberales que sostienen que Alemania tiene derecho a remilitarizar el Rin y a apuntar sus cañones contra Francia. El Gabinete francés no tiene fuerzas para desencadenar en ese mismo momento, sin perder una hora, un minuto ni un segundo, una guerra preventiva. Ahora Hitler sabe con qué cuenta. Ahora no cabe ninguna duda

de que Francia está débil y de que se puede hacer cualquier cosa con ella. Hitler se ocupa de la guerra. Francia se ocupa de la chata y doméstica política interior.

Tiros en París.

El 6 de febrero de 1934 hay tiros en las calles de París. Todos los partidos de izquierda se unen contra las Ligas Patrióticas y las Cruces de Fuego del coronel Laroque. Se grita en los Campos Elíseos: "Los diputados al Sena". Pero de los mismos tiros que se disparan ante la Asamblea Nacional y de la misma sangre que se derrama en la Plaza de la Concordia, nace el Frente Popular.

Brazos extendidos en Italia. Brazos extendidos en Alemania. Puños en alto en Francia y puños en alto en España. Ya está perfectamente dibujado el naipe de la futura guerra mundial y estamos en el prólogo de la trágica bacanal del 39 al 45.

Frente Popular.

El Frente Popular triunfa en las urnas y sube como Primer Ministro un tipo extraordinario, con voz

de tenor, que declama versos latinos y que se llama Léon Blum. Blum pretende imitar a Roosevelt y hacer una especie de New Deal francés.

Pero se nos olvida De Gaulle. De Gaulle está indignado, y como no tiene dónde protestar, protesta primero en su gabinete de la Secretaría del Ministerio de Guerra y después en su casa ante los ojos espantados de Yvonne. De Gaulle ha visto el peligro de Hitler. De Gaulle ha visto el peligro de la conquista de Abisinia. Ha simpatizado íntimamente con esos muchachos y esos ex combatientes, compañeros suyos en la guerra del 14 al 18, que han desfilado por las calles de París entre los tiros de la policía. Le indigna la *suite* de ministerios que suben y bajan como un ascensor. Mentalmente ha repetido la misma frase que dicen sus amigos en las calles de París: "Los diputados al Sena". Pero no puede hacer nada. Está con las manos atadas por el uniforme. No puede actuar en política. No puede salir a las calles. No puede desfilar. No puede cantar *La Marsellesa* en público. No puede insultar a los parlamentarios. Lo único que puede es tragarse su propia indignación. El mismo se da cuenta y lo dice en el casino con voz melancólica a un grupo de oficiales:

—El Frente Popular tiene que fracasar por tres motivos:

"1.º La victoria de 1936 no ha sido de los socialistas, sino de *todo* el Frente Popular. Léon Blum no tendrá mayoría en la Cámara sino en el caso de que los tres partidos permanezcan solidarios y unidos;

"2.º Los comunistas desean arrastrar a Léon Blum mucho más lejos y más de prisa de lo que él quiere ir; y

"3.º Nadie ha tocado al Senado, que es el gran bastión de la derecha y ante el cual se quebrará los dientes el Frente Popular.

Se detiene De Gaulle un momento. Toma una copa de jugo de cerezas, y continúa:

—Blum no saca nada con advertir a los comunistas que no tiene la menor intención de transformarse en un Kerensky, añadiendo que si le hacen la labor imposible, no será precisamente un Lenin el que le suceda. Puede realizar algunas reformas útiles, pero, como todos los gobiernos de izquierda, tropezará fatalmente con "el muro del dinero".

De Gaulle ve certeramente. Sabe de política tanto como de táctica militar. Y aunque no concurre a los debates de la Asamblea Nacional, ni se conoce al dedillo los entretelones de la pequeña política, percibe perfectamente que algo muy profundo se está quebrando en Francia y que el día que llegue la guerra

el país estará bombardeado de discursos, pero sin tanques ni aviones que oponer a la invasión.

Llegan los radicales.

Tiene razón. El franco es devaluado. En 1936, cuando el Gobierno pide plenos poderes para gobernar por decreto, el Senado se los niega. Los radicales, llenos de rosetas de la Legión de Honor, de arrugas, de canas y de amantes, suceden a los socialistas, y el Gobiernó vira en 180°. Pero De Gaulle sigue insistiendo. Y esta vez, golpeando la mesa frente a Yvonne, dice:

—Ahora Hitler puede hacer lo que le dé la gana, porque sabe que no encontrará verdaderos enemigos al frente. Muy en breve la potencia alemana va a igualar y superar a la de los aliados. No tenemos alianzas importantes. Rusia será una buena amiga, pero no hay que confiar en los comunistas, que sólo buscan sus propios objetivos y que pueden estar un día con nosotros y mañana contra nosotros. Estados Unidos no quiere volver a repetir el desembarco de Pershing en 1917, ni la guerra pasada. Gran Bretaña coquetea con Alemania, e Italia es la mejor aliada de Hitler. Los dictadores se entienden entre

ellos, se dan la mano, se pertrechan con armas ultramodernas y preparan la guerra, y mientras tanto, nosotros seguimos jugando a la polca de los ministerios.

Triste panorama.

Silenciosamente el general De Gaulle se levanta y se acerca a un mapa de Europa que cuelga de la pared. Lo mira y ve a Francia como un pequeño islote, como una sombra, como un puntito perdido en medio de la avalancha de los otros países que la cercan por todas partes. Piensa en la falta de armas, en la ausencia de aviones, en las fábricas trabajando a ritmo lento, en las huelgas, en el alza del costo de la vida, en el Partido Comunista como partido mayoritario del país, en las "amigas" de los ministros moviendo en la sombra sus pequeños hilos para colocar a sus amantes en los puestos claves de la Administración. Piensa en una prensa ingeniosa, aguda, llena de colorido, que busca los más fulminantes adjetivos para burlarse del Ejército y de los pequeños burgueses provincianos. Piensa en la palabra "libertad" y la compara mentalmente con la palabra "acción".

Pero sigue mirando el mapa y la vista baja de Francia a los Pirineos. Saltando los picachos, se detiene en España. Y mientras De Gaulle continúa silenciosamente frente a la Península Ibérica, estalla la guerra civil precisamente en España.

Julio de 1936. El Frente Popular en el poder. Azaña habla horas y horas en la Plaza de Toros de Madrid. Los comunistas desfilan por las calles y cantan *La Internacional*. Las derechas, que tuvieron a un hombre vacilante y débil llamado Gil Robles, han perdido el poder y no les queda sino conspirar en sus aristocráticos clubes, en las tertulias del Palace y en los viejos caserones de la Castellana. Los falangistas, dirigidos por José Antonio Primo de Rivera, parientes espirituales en ese momento de los camisas pardas y los camisas negras, se baten a bala con los comunistas. Es asesinado el teniente Castillo de las Tropas de Asalto del Gobierno. Castillo es socialista. Hay necesidad de una víctima del otro bando. El jefe de la derecha se llama José Calvo Sotelo.

La diputada comunista La Pasionaria lo señala despectivamente con el dedo después de un violento discurso en las Cortes, y grita: "Ese hombre ha hablado por última vez".

Esa misma noche, en el candente julio de 1936, en una casa de tres pisos de la calle Velázquez esquina de Maldonado, es detenido Calvo Sotelo, conducido en un auto y asesinado de un tiro en la nuca. La Pasionaria tenía razón. Ha hablado por última vez.

Es lo único que falta para que estalle la revolución. Un hombre silencioso toma un avión en Canarias, y sin decir una palabra aterriza en Casablanca. Es Francisco Franco Bahamonde, y el 18 de julio estalla la más feroz de las guerras civiles de todos los tiempos.

De Gaulle vuelve a conversar con sus amigos en el Ministerio. Y esta vez pierde la calma, abandona esa forma típica en él, despliega lentamente su metro noventa y cuatro, entreabre los labios y dice con voz tonante:

—Esta guerra civil es el primer paso y el ensayo general de la guerra mundial. Alemania e Italia necesitan entrenar sus armas en un campo de batalla auténtico. Ese campo de maniobras será España. Si gana Franco tendremos tres frentes fascistas en contra por falta de uno: Alemania al oeste, Italia en la Costa Azul y España en el sur. Si ganan los republicanos, cuyo verdadero eje son los comunistas

españoles ayudados por Rusia, tendremos el comunismo a las puertas, a una hora de avión de París. Y mientras tanto, ¿qué hacemos nosotros? Nada. Nos dedicamos a la política. Cambiamos de ministros, nos desarmamos, hacemos huelgas, perseguimos a los elementos más capaces del Ejército so pretexto de que son nazis disfrazados de franceses. En Inglaterra nadie piensa en la guerra y Rusia va a ensayar su armamento, lo mismo que Alemania e Italia, en las tierras de nuestros vecinos españoles. ¡Estamos perdidos!

La gran pregunta.

Al decir esto De Gaulle se desploma. Pero de su mismo desplome, con el cuerpo inclinado, una mano en la frente y la otra apoyada sobre la mesa, le nace una pregunta:

—¿Y si nosotros tuviéramos otro Gobierno, otros hombres, otro Ejército, otros ministros, otro Presidente de la República y otro mando, estaríamos realmente perdidos?

Nadie le contesta. Los que le contestan son los tiros del otro lado de los Pirineos. Alemania e Italia reconocen oficialmente el Gobierno de Burgos. Los

republicanos se baten con bravura. Los hombres caen como moscas en los campos de batalla. El Alcázar se mantiene en pie a pesar de la sangre del hijo de Moscardó, fusilado a cincuenta metros de su padre y a la vista de éste, y a pesar de los cientos de muertos y heridos, sin rendirse, hasta que los libera el general Varela. Los rusos ensayan en efecto sus armas y se las entregan —minuciosa y avaramente pagadas— a la República para que le haga frente a Franco. Alemania e Italia entrenan también sus divisiones motorizadas y sus tanques en el territorio español. Churchill, en Inglaterra —que ha sido el único visionario que se dio cuenta del feroz peligro de Hitler y Mussolini—, clama en el desierto y nadie le hace caso.

La prensa francesa está dividida en dos frentes: con o contra Franco. Los diarios derechistas con el Caudillo español, y los diarios de izquierda con la ya agónica República.

Blum llora.

Inútilmente una delegación española presidida por La Pasionaria llega a París a pedir que el Gobierno francés intervenga y abra la frontera para que las armas, naturalmente vendidas en forma legal, lleguen

a los heroicos soldados españoles. Blum es sentimental. A Blum le fluyen las lágrimas con la misma facilidad con que le fluyen los discursos literarios en la Asamblea Nacional. Blum llora, se desploma en un viejo sillón y contesta vacilante:

—No podemos hacer nada. Es la guerra. La maldita guerra.

Asustada, Madame Blum les pide a los visitantes españoles que dejen tranquilo a su marido porque puede sufrir un infarto.

El hombre del paraguas.

Inglaterra está presidida en ese mismo momento por uno de los hombres más nefastos de su historia. Un hombre que usa un fúnebre paraguas. Un hombre que cree que las guerras se detienen con tratados y papeles firmados, y que las bombas se pueden frenar con una sombrilla, tomando té a las puntuales cinco de la tarde, entre algunas viejas tías solteronas. Ese hombre se llama Chamberlain.

Chamberlain pretende ingenuamente apaciguar a Hitler. Es cándido en el más trágico sentido de la palabra, y está convencido de que si da satisfacciones a Alemania en algún punto, Hitler estará dis-

puesto a colaborar en el mantenimiento del orden europeo. Hitler, que tiene de todo menos de ingenuo, aprovecha precisamente esta debilidad del viejo Chamberlain para seguir afirmando que Alemania no desea conquista alguna. Pero, sin embargo, se va anexando provincia tras provincia. Y como dice André Maurois, en su famosa *Historia de Francia*, "Europa se suicidaba. Aislada, aterrorizada, impotente, la víctima era devorada".

Viena y Praga.

Los alemanes entran a Austria en marzo de 1938, y a Checoslovaquia en octubre de ese mismo año. A la misma hora las armas alemanas, los aviones nazis y los tanques de Hitler avanzan hacia Madrid. No sacan nada los republicanos con derrochar heroísmo tras heroísmo. Neruda le canta al glorioso Madrid de fines del año 1938.

Sobran versos. Faltan balas.

Indalecio Prieto, Ministro de Guerra de la República y el único hombre con genio político de la combinación republicana, declara tristemente a sus íntimos:

—La guerra civil está perdida.

Pero el avance de Hitler sobre Checoslovaquia ya es demasiado. Truena la prensa francesa de todos los bandos porque París tiene un tratado de alianza con Praga. Pero Francia va a cometer una nueva debilidad para mantener su acuerdo con Inglaterra. Se consulta nerviosamente a Londres, dando todas las explicaciones del caso.

Munich.

Y como falta algo aún para completar el drama y encender las últimas candilejas, se reúnen rápidamente los Cuatro Grandes en Munich en septiembre de 1938, y Checoslovaquia es simplemente amputada.

Daladier desde París, Chamberlain desde Londres, Mussolini desde Roma y Hitler desde Berlín, llegan bajo la lluvia hasta la histórica ciudad de Munich a discutir la forma de mantener la paz.

Esa paz significa el fin de Checoslovaquia, la victoria fascista en España, el aislamiento de Francia, la derrota diplomática de Inglaterra y el triunfo arrollador de Alemania e Italia en todos los frentes.

Ese día De Gaulle llega tarde a su casa. Yvonne le está esperando nerviosa en la puerta. El general se despoja de su quepis y deja un montón de diarios recién leídos sobre la mesa.

Con la voz quebrada por la emoción exclama:

—Hoy se ha sellado la suerte de Francia.

Y luego, levantando el tono:

—Pero hay algo que los heroicos políticos de la Asamblea Nacional, los perspicaces periodistas que tienen el remedio infalible para salvar al país y los declamadores parlamentarios no han advertido, y es que las cuatro potencias que acaban de firmar el Pacto de Munich se han olvidado de Rusia. Por ahí comenzará el nuevo acto de este drama que estamos viviendo y en el cual la única víctima será Francia.

De Gaulle tiene razón una vez más. Sin anteojos políticos, guiado sólo por la lógica, apoyándose en una certera intuición, aprovechando los viejos conocimientos históricos y su propia experiencia militar, ha hecho un diagnóstico preciso que no conocen los caballeros del Palais Bourbon.

¿Y Rusia?

Efectivamente, Rusia ha sido dejada fuera de Munich. Y esto les va a costar a Francia e Inglaterra la pérdida de un aliado decisivo cuando comiencen a hablar los cañones.

Daladier es ovacionado al llegar a París. De Gaulle

lo contempla desde lejos cómo agita feliz la mano creyendo que se ha conquistado un puesto de honor en el Panteón de la Rue Soufflot, entre los grandes hombres de Francia.

Estornudando desciende del avión, con su paraguas, Chamberlain, que se cree disfrazado de paloma de la paz. Mussolini exhibe con más orgullo que nunca sus mandíbulas de dictador en las ventanas del Palacio Venecia en Roma, y Hitler regresa a Berlín bajo arcos triunfales.

Esta parte de la guerra fría había sido ganada por el Eje por K. O.

Pero el drama es mucho más profundo. Francia está agotada militar y económicamente por la guerra del 14 al 18 y no quiere ver el peligro y la debilidad de unos compromisos de papel firmados por unos dictadores de hierro.

Hitler pide más.

Hitler no está satisfecho. Hitler, que ha sido acusado tantas veces de maniático y de loco, es un hombre perfectamente frío que sabe sacar sus cálculos en forma matemática. Ha ganado en España. Ha humillado a Francia. Inglaterra se le ha entregado con

los brazos abiertos. Italia es su aliada; por ahora sólo le queda Rusia. Rusia está indignada con Francia y Gran Bretaña, que no la han tomado en cuenta en el Pacto de Munich. Luego Rusia es un terreno sin aprovechar y un botón que se puede oprimir.

Y mientras De Gaulle piensa en Rusia, en la Secretaría del Ministerio de Guerra de París, Hitler piensa igualmente en Rusia en la Cancillería del Wilhelmstrasse de Berlín.

De Gaulle lanza lejos un ejemplar de *Le Figaro* que tiene entre las manos y cuyo título a ocho columnas pregunta lo siguiente: "¿Y qué hará Stalin?" Y agrega: "Esta es la clave... Si Stalin se alía con Hitler, estamos perdidos".

Siniestro pacto.

Y eso es precisamente lo que piensan hacer Hitler y Stalin. Uno con camisa parda y el otro con uniforme de mariscal soviético, firman el más extraño y sorpresivo de todos los pactos.

Inesperadamente golpean a todas las Cancillerías del mundo con la noticia sensacional: "¡Pacto germano-soviético!".

Esto significa mano libre de Hitler en el este para poder atacar al oeste cuando lo crea oportuno.

Como maniobra previa invita a Stalin a tomarse un aperitivo en Varsovia, y es invadida Polonia.

Chamberlain —y su paraguas— se da cuenta de que lo han estado engañando desde el primer momento. Ofrece su ayuda a Varsovia. Francia está liquidada y, al saber la nueva actitud de Inglaterra y viendo la guerra inevitable, Daladier reacciona vigorosamente contra una serie de huelgas iniciadas por los comunistas, y restablece la autoridad del Estado. Viaja rápidamente por Córcega y Túnez, reanimando a los patriotas franceses.

¡La guerra!

Se ríe de los fascistas italianos, que reclaman en las calles: "¡Niza, Saboya, Túnez y Córcega!" Pero ya no hay tiempo para apaciguar nada. Ahora es la guerra en serio. No es la guerra de Abisinia, ni la guerra un poco más grande de España. Es simplemente la guerra europea, y quizás la guerra mundial.

De su desesperación, Francia saca fuerzas y se embarca en el combate.

Ese día llega De Gaulle con una sonrisa de gala a su casa. No es el mismo de antes. No es el flemático oficial que vivía añorando las glorias pasadas. Ahora tiene una guerra al frente, y Francia, acorralada, si-

tiada, aislada, sin armas, rota por la politiquería interna, casi en el suelo, se puede levantar verticalmente azotada por la palabra "guerra". Y en vista de que le ha fracasado la paz, se trata ahora de que triunfe la guerra.

Alemania invade Polonia sin declaración de guerra. Danzig es el pretexto. Francia dirige un ultimátum a Hitler, y el 3 de septiembre de 1939, a las cinco de la tarde, comienza para los franceses la Segunda Guerra Mundial.

De Gaulle puede estar tristemente satisfecho.

Vaticinio.

El ha publicado en 1933, o sea seis años antes, un libro llamado *El porvenir del Ejército*. Es un libro de ciento cincuenta y ocho páginas y donde está la clave de todo. El libro es boicoteado por el Estado Mayor francés, pero el agregado militar de la Embajada de Hitler en París lo toma, lo coloca en la valija diplomática y lo envía a Berlín. Hitler ordena al gordo Goering que lo traduzca y se impriman quinientos ejemplares que circulan en el Estado Mayor alemán. Dos de esos oficiales —los generales Von Rundstedt y Gunderian— lo leen minuciosamente y sacan las deducciones del caso.

De Gaulle sostiene en síntesis que: "La espada es el eje del mundo y la grandeza no se divide".

Mientras el Estado Mayor francés le da escasa importancia al libro, De Gaulle habla con el ilustre periodista André Pironneau, que es redactor jefe de *L'Echo de Paris*. Pironneau tiene olfato y ojo. Se da cuenta de la bomba que tiene entre manos y lo publica en forma sensacionalista en una serial de cuarenta artículos que crean una verdadera conmoción en Francia.

Faltan tanques.

Pero lo malo es que se trata de artículos. De papel y de pobres páginas con tipo de imprenta. Lo que Francia necesita son divisiones blindadas y aviones de bombardeo.

De Gaulle decide tomar el toro por las astas e ir a hablar directamente con Paul Reynaud. Este coincide en que Francia necesita un ejército profesional de especialistas para fuerzas motorizadas.

Algunos diputados también están de acuerdo, pero el inmutable Estado Mayor le pone la proa. Le atacan los generales Debeney y Weygand, y se produce la gran batalla. El peor enemigo del libro es Pétain.

Lo grave es que Pétain es el ídolo de De Gaulle, y no sólo el ídolo, sino también el padrino de bautismo de su primer hijo, que lleva el nombre del mariscal.

Blum es otro de sus más enconados enemigos, y llega a exclamar en uno de sus artículos: "Abajo el ejército profesional".

De Gaulle es calificado de "inútil e indeseable" y de tener en contra "la lógica y la historia".

Hitler usa a De Gaulle.

El despreciado libro de 1933 se va a poner sorpresivamente de actualidad, con la única diferencia de que las enseñanzas de De Gaulle las aplicarán los tanques alemanes contra la propia Francia.

Menos de un año dura la llamada "guerra sentada". Una de las guerras más absurdas y disparatadas de la historia. No hay combates y los soldados se dedican a leer revistas de historietas y a aburrirse detrás de los imponentes cañones de la Línea Maginot. Mientras tanto, no hay que olvidar que los rusos están de acuerdo con Hitler y que los comunistas franceses han recibido la consigna de sabotear la guerra por todos los medios.

De Gaulle grita: "Defender la paz en estos momentos es traición nacional".

Guerra de nervios.

Pero lo curioso es que los comunistas, por razones de táctica internacional, defienden la paz. Los políticos ultraderechistas y algunos generales franceses sostienen la misma tesis por motivos distintos y porque creen que Francia tiene de todas maneras perdida la guerra. Con altavoces los alemanes les gritan a los franceses, para quebrarles la moral, cosas como ésta: "Capitán Dubré: su mujer lo está engañando en estos momentos en París; sargento Pinot: su hija baila desnuda en un cabaret de mala muerte; teniente Odille: averigüe qué hace su hermana en estos mismos momentos en un hotelito de la "Rive Gauche" que se llama Excelsior".

Rápidamente es llamado Reynaud a la presidencia del Consejo, pero mantiene a Daladier como Ministro de Defensa. El general Gamelin es nombrado generalísimo del Ejército francés. Gamelin nombra general al coronel De Gaulle y le entrega el mando de la Cuarta División de Carros, que deberá estar lista el 5 de mayo.

Ofensiva relámpago.

Treinta y cinco días más tarde revienta la bom-

ba en tres frentes a la vez: Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Comienza la guerra relámpago. Alemania lanza su ofensiva motorizada. La ofensiva motorizada planeada por De Gaulle. Gemelin le entrega el mando a Weygand. Bélgica es barrida por los alemanes, que dividen al Ejército francés en dos partes. De Gaulle anota a prisa en su libreta: "El Ejército francés ha sido rechazado por cinco mil carros y dos mil aviones enemigos y no hay la menor posibilidad de montar una contraofensiva seria. Henos aquí a cinco millones de franceses poco menos que impotentes ante cien mil alemanes de uniforme que avanzan en aviones sobre el cielo, y sobre tanques en la tierra". Toda la concepción clásica de la guerra ha sido revolucionada por los tanques. Lo que había dicho De Gaulle se cumplía en forma trágica y fatal.

Parte rápidamente a Laon para detener a los alemanes, pero no le llegan las fuerzas con que creía contar, y con un solo batallón de tanques pesados y dos de tanques ligeros, logra superar al enemigo. La Cuarta División retrasa en tres días la llegada de los nazis al río Aisne. Se luce en la batalla de Abfeville. Comanda veinte mil hombres, seiscientos carros de quince y treinta toneladas, y la infantería motorizada. El general logra su objetivo y consigue cuatrocientos prisioneros. El 2 de junio Weygand tie-

ne que reconocer que el empecinado De Gaulle es "un jefe admirable, audaz y enérgico". El 6 de junio Reynaud llama a De Gaulle y lo nombra subsecretario de Defensa Nacional, pero al mismo tiempo designa como vicepresidente al anciano Philippe Pétain, que ya no cree en milagros de última hora, y que sólo piensa en el armisticio.

De Gaulle es enviado en una misión secreta a Londres y allí se da cuenta de la falta absoluta de interés de los ingleses por la guerra.

—Es la eterna flema británica —dice tristemente—. Hablé con Churchill, pero no saqué nada en limpio.

Vacila el suelo.

El 10 de junio Italia ataca por el sur. Es la "puñalada por la espalda" a Francia. El Gobierno se instala en Tours. Sólo De Gaulle sostiene que hay que seguir peleando en una península de Bretaña para limarles las pezuñas de acero a los tanques. Logra convencer a Reynaud. Pero Reynaud tiene una amiga íntima, la tristemente célebre condesa de Portes, y ella lo hace cambiar de opinión en quince perfumados y coquetos minutos. El Gobierno seguirá en Tours y la

iniciativa de De Gaulle es calificada de "disparate".

Weygand es partidario de la paz inmediata. De Gaulle, de la resistencia por cualquier medio.

¡Cae París!

El 14 de junio los alemanes entran a París y cruzan el Arco de Triunfo. La svástica asciende lentamente sobre la Tour Eiffel.

El Gobierno se dirige a Burdeos. De Gaulle ha perdido la flema. Ahora vive electrizado. Es otro De Gaulle. Con la voz quebrada por la emoción sostiene que hay que seguir la lucha en el norte de Africa, partiendo de la base que la flota de guerra francesa está intacta, y que con ella se puede atajar aún a Italia.

Estados Unidos, atado por su propio Congreso, sólo puede hacer declaraciones de apoyo lírico. Los franceses se dividen. Unos creen que estar con Inglaterra es entregarse maniatados a Londres. Pétain sucede al Presidente Lebrun. La suerte está sellada. Los campos están llenos de refugiados, de tropas que no saben dónde está el frente de batalla, de taxis, de mujeres, de niños, de una multitud frenética que sólo sabe que los aviones alemanes avanzan como tromba sobre el cielo.

¡Armisticio!

Pétain toma el micrófono y dice:

—Con el corazón transido debo deciros hoy que es preciso cesar la lucha.

Vichy asoma sobre el horizonte, pero, mientras el mariscal humedece un micrófono francés con la palabra "armisticio", De Gaulle, que ha partido velozmente a Londres, empapa de transpiración el micrófono inglés de la BBC, al decir, con la voz tensa y las palabras cortantes, la siguiente frase:

—Francia ha perdido una batalla, pero no ha perdido la guerra.

Llama a todos los franceses, dondequiera que estén, en el territorio nacional o en ultramar, en Francia o en las colonias, a seguir luchando, pase lo que pase.

Un hombre y un micrófono.

Después de estas palabras, habla con Churchill y le declara enfáticamente:

—Lucharemos codo a codo con Inglaterra hasta el final.

En este momento De Gaulle no tiene un soldado,

un cañón, un tanque, una bala, un kilo de pólvora, un buque, un avión, nada. Lo único que lleva, al aterrizar en Londres, es una pequeña maleta con tres camisas caqui, una peineta y una escobilla de dientes.

Nadie cree en él. Ni en Inglaterra ni en Francia. El histórico discurso del 18 de junio lo escuchan unos cuantos ociosos que tienen encendida la radio en esos momentos. La voz se pierde en el vacío.

Despectivamente, los ingleses le entregan un pequeño cuartel en Seymour Place. Es una casita típicamente británica, de dos pisos y con cara de *home, sweet home*. No tiene secretaria, taquígrafas, ujieres, guardia, teléfono, máquina de escribir, ni nada. Pero orgullosamente iza la bandera francesa con la primera Cruz de Lorena.

Boicot inglés.

Churchill le da poca importancia política a De Gaulle. Pero decide utilizarlo como un posible recurso. Este alto y silencioso oficial francés le puede servir algún día para moverlo como alfil en el tablero. Pero De Gaulle no es un juguete que se puede usar así no más. Se mueve como una ardilla por los pasillos de la BBC de Londres todos los días. Escribe

miles de cartas a los amigos que han quedado en el terruño. Llega a las redacciones de los diarios, concede entrevistas, busca popularidad para su causa y para Francia.

"Francia Libre" comienza a ser conocida por todo el mundo. Llegan los primeros soldados. Son estudiantes, obreros, profesionales, aventureros, gente sin oficio y con mentalidad novelesca que quieren vivir el gran folletín de la guerra. Pero por encima de todo, lo que quieren es liberar a Francia de los alemanes como sea. No tienen nada. El odiado Gobierno de Vichy lo tiene todo. Los alemanes ocupan la mitad del territorio. La pequeña patrulla heroica de la Francia Libre no puede desfilar por las calles de Londres por falta de material, de uniformes, y, lo que es más grave, de número. Pero la cifra de los combatientes comienza a crecer: mil, dos mil, cinco mil, diez mil...

De Gaulle ya se siente un pequeño jefe de Estado de una especie de Insula Barataria. Tiene el sentido nato de la dignidad, y es tan jefe en 1940, en una casita modesta de Londres, como más tarde en el Elíseo entre los coraceros de la Guardia Republicana. Habla a Francia a cada momento, y se inmiscuye de tal manera en la política británica, que el viejo perro dogo de Churchill lanza una frase quemante:

—De las muchas cruces que he llevado en mi vida, la más pesada es la Cruz de Lorena.

Mientras tanto, los franceses que están en el continente tienen cada día una doble experiencia. En las tardes oyen a Pétain con voz de abuelo bonachón, y en las noches escuchan los llamados ardorosos de De Gaulle. El general no sabe hablar. Aprende. No sabe escribir. Aprende. No sabía política. Aprende. Y del oficial cargado de planes, de estrategias, de estadísticas, que había vivido preocupado hasta entonces sólo de la guerra, va surgiendo lentamente un político.

Entre tanto, los comunistas en Francia siguen a la expectativa. Están amarrados a Rusia, que mantiene el pacto con Hitler, y no pueden, quieran o no, participar en la Resistencia. Pero Hitler se encarga de cometer el error decisivo de su vida. El mismo que le va a llevar a la derrota y al suicidio.

¡Rusia invadida!

Invade a Rusia, y el enorme Partido Comunista francés, con una tradición de más de veinte años de lucha, con una organización a base de cédulas secretas extendida a través de todo el territorio nacio-

nal, con quintas columnas en las fábricas, en el Ejército, en la Marina, en las universidades y en los puestos claves, se pasa al bando opuesto. Y, por atacar a Pétain, cae en las manos de De Gaulle.

Esto altera el panorama totalmente.

Ahora De Gaulle no está acompañado sólo de un grupito. Ahora tiene a los oficiales del Ejército, que odian a los nazis; a la población, que vive con la vista baja y mordiéndose los labios frente a los dominadores, y a la formidable máquina del Partido Comunista, que organiza inmediatamente la lucha secreta.

El "Maquis".

Entonces surgen los "maquis", esa cosa misteriosa tan típicamente francesa, que se desliza como una mancha de aceite en las barbas mismas del enemigo. Que dispara en las esquinas solitarias. Que vuela usinas, que mata nazis en la noche, que corta los caminos, que hace trabajo lento en las fábricas y que boicotea la producción industrial de Francia para minar el terreno de Pétain, y por ende el de Hitler.

Ahora los discursos de De Gaulle, transmitidos por la BBC de Londres, son escuchados a escondidas en

todas las casas francesas aprovechando el momento que la patrulla alemana que anda cerca se descuida un segundo.

De Gaulle actúa mientras tanto con extraordinaria habilidad política. Amarra una alianza franco-inglesa, pero surge un hecho decisivo que va a jugar en contra de él. Los ingleses se ven obligados a destruir parte de la flota francesa que está en Orán y hunden al *Dunkerque*, que es uno de los orgullos de Francia. De Gaulle llora en silencio, pero se da cuenta, como Napoleón en otro tiempo, de que la política tiene que prescindir de sentimentalismos inútiles. El mismo dice: "Fue un hecho deplorable, pero necesario". Con esto trata de calmar a los susceptibles ingleses, a los que necesita y no quiere perder de vista.

El general crece.

Se cambia de casa. Se muda a un cuartel un poco más amplio y más elegante, en St. Stephen's House, a orillas del Támesis. Dos soldados montan guardia en la puerta. Usan una combinación de uniforme inglés y francés. La gorra y los pantalones son británicos. La boina, con el pompón colgando, es típica-

mente gala. En esos días el general, que ha trabajado solitario, sin familia y sin compañía, recibe la más agradable de todas las visitas. Yvonne llega a Londres con sus tres hijos: Philippe, Anne y Elizabeth.

De Gaulle, ahora que, además de estadista, es marido y padre, necesita una casa más grande. Arrienda un modesto bungalow en los alrededores de la nebulosa capital inglesa. El hijo se enrola como guardia marina en la Escuela Naval. Anne, que está enferma, no puede participar en la lucha. El general recibe durante el día la avalancha de nuevas inscripciones para incorporarse en la Francia Libre. En la tarde habla por radio y en la noche conversa brevemente con su familia. Y hace —después de tantos años— verdadera vida de hogar.

¿Un poseído?

Un periodista yanqui que lo entrevista en esos días resume su impresión diciendo: "Es un poseído".

En cierto sentido es verdad. De Gaulle tiene un solo tema: la guerra. Un solo objeto: Francia. Cuando habla lo hace sin permitir casi el diálogo, con frases cortas y rotundas, clavando de tal modo los

ojos en su interlocutor, que éste se ve obligado a bajar la vista. Es una mezcla de poseído y soñador. Su único lujo es tomarse de vez en cuando una pequeña copita de Burdeos, que le recuerda la patria lejana. Trata de alistarse en la guerra como simple soldado para volver a territorio nacional. Le escribe al general Weygand ofreciéndose como el más modesto de los colaboradores. Weygand no lo toma en cuenta y le devuelve despectivamente la carta. Por otra parte, la Embajada "oficial" de Francia en Londres, que por supuesto está bajo las órdenes de Pétain, le comunica que "debe constituirse como prisionero en un fuerte de Tolosa para ser juzgado por un Consejo de Guerra por rebelde".

Aquí hay que aclarar un punto: Inglaterra podría estar sentimentalmente con De Gaulle. Políticamente actúa con la vieja cazurrería británica que tiene tantos años de tradición y usa el viejo lema "dividir para reinar". Mantiene contactos con Pétain por las dudas... De Gaulle hace lo mismo que hicieron con él. Y tira al cesto de papeles inútiles la comunicación que recibió de Pétain.

En las calles los "franceses libres" son mal mirados. Los británicos, que sólo creen en los grandes países, en las grandes potencias, en las grandes divisiones militares, en los grandes aviones y en los inmensos

barcos, no toman en cuenta a este solitario quijote que pasea su metro noventa y cuatro bajo la neblina de Londres y que sólo cuenta con un puñado de soñadores.

Pero De Gaulle suple el número con la habilidad, y se presenta en todo momento, a toda hora, en todas las calles, en todos los desfiles. Los pequeños franceses libres se hacen populares en Londres, y ya nadie ignora a la "Free French".

Solo contra todos.

Los alemanes se ríen de De Gaulle. El Gobierno de Vichy le ataca día y noche con caricaturas canallescas y artículos burlones. En Inglaterra no le toman en cuenta y nadie sabe —aparte de los solitarios radioescuchas de Francia— que existe alguien que se llama De Gaulle y que hay una pequeña bandera que lleva la misma cruz que usara Juana de Arco en Orleáns.

Pero en Francia misma comienza a cambiar la situación velozmente. Pétain se hace elegir amo absoluto por la esclavizada mayoría con que cuenta en la Asamblea Nacional.

De setecientos diputados, quinientos sesenta y

nueve le dan poderes de dictador al anciano mariscal. Y se produce la paradoja de que Pétain se transforma en una especie de Hitler francés, mientras De Gaulle, siendo partidario de un gobierno fuerte, exige la lucha hasta la liberación total. No falta el trasnochado político liberal francés que lo comienza a acusar de "nazi".

El mismo De Gaulle reconoce en sus *Memorias* que apenas tiene unos cuantos centenares de soldados, mientras los aviones de la Luftwaffe dejan caer su carga de muerte sobre Londres. Silban las sirenas y los dedos luminosos de los reflectores se pasean sobre el cielo buscando a los pájaros nazis. Incendios, destrucción, ruinas, heridos, muertos. No hay tiempo para preocuparse de un desconocido general De Gaulle que comanda un grupo insignificante.

¿Insignificante? No tanto.

Va creciendo poco a poco el número de voluntarios. Ya tiene una pequeña división ligera de montaña que había participado en los combates de Noruega.

Por primera vez De Gaulle puede hablar, de uniforme, ante soldados que parecen soldados.

Crece la Resistencia.

En Francia hay miles de pequeños degaullistas voluntarios. Son empleados que boicotean a los nazis, obreros que ponen trozos de fierro en las máquinas, mujeres que les guiñan el ojo a los soldados alemanes y les arrancan secretos militares en el lecho, cantantes de cabaret que lanzan canciones en clave en las pequeñas boîtes de París, oficiales que están aparentemente con Pétain, pero que le envían copias fotostáticas de los planos y mapas de Francia al general que está en Londres. Es el pueblo, en una palabra, que comienza a abrir los ojos y que espera únicamente la liberación.

Llegan anónimos que dicen simplemente: "Anoche lo escuchamos". Otro que afirma: "Estamos con usted". Otro: "No desmaye; Francia está a punto de levantarse". Un cuarto que dice: "Estamos listos para cantar *La Marsellesa* cuando usted desembarque".

De Gaulle ya tiene un ejército listo. No habla una palabra en inglés, pero lo lee fácilmente. Se consigue cascos, municiones, armas, fusiles antiguos, ametralladoras en desuso. En fin, todo lo que se puede.

El mismo Jorge VI revista la pequeña tropa del general.

De Gaulle sigue pensando en el imperio y en continuar luchando por las posesiones francesas. Se dirige entonces a la BBC de Londres y dice:

—¡Franceses! Quiero hablaros hoy de nuestro imperio. Franceses de la nueva Francia, de la Francia de ultramar. Vosotros los hombres libres, vosotros los hombres jóvenes valientes, sed dignos de la Francia nueva, libre, valerosa, que saldrá de la victoria.

Responden las colonias.

Entonces comienzan a responder las colonias: Karikal, Mahé, Chandernagor, Pondichéry y Madran le comunican que no acataban el armisticio y que se ponían a sus órdenes. Después vienen los habitantes de Gabón, Camerún y Chad, que se alinean junto a De Gaulle. El general cuenta ya con su "Africa Ecuatorial". Tiene simbólicamente posesiones en la India, Oceanía y en Nueva Caledonia.

Pero el drama continúa. La flota inglesa que pretende tomar Dakar sufre un terrible fracaso, lo que naturalmente hiere casi de muerte el prestigio de De Gaulle. Los yanquis se encargan, con ese fino sentido del humor que tienen, de comparar a De Gaulle con el rídiculo Tartarín de Tarascón. No hay que ol-

vidar que los americanos son americanos ante todo. Si invaden una isla, por muy francesa que sea, pasa a ser yanqui. En el fondo los británicos opinan lo mismo. Si liberan a una posesión francesa, lo hacen para que pase a formar parte de la corona de su Graciosa Majestad Británica.

Entonces se da cuenta De Gaulle de que no basta hablar desde Londres. Monta nuevamente al avión y parte al Africa.

Churchill.

Ya está alejado de Churchill, que en el fondo no aguanta la sequedad y el tono prepotente y altanero de De Gaulle, y que prefiere la suavidad del general Catroux.

O sea, Winston Churchill juega con tres cartas. Piensa en el fondo en Pétain, se entiende con Catroux y "tolera" a De Gaulle. Pero el naipe cambia definitivamente en favor del general De Gaulle en el Africa Ecuatorial. Apenas toca tierra el líder de los franceses libres, los negros cantan *La Marsellesa* y agitan la bandera tricolor. Y Churchill tiene que aceptarlo —le guste o no le guste— como el auténtico jefe de los franceses libres.

Continúan los roces del general con los británicos. Se trata de un problema político y otro problema de carácter. Para Inglaterra la Francia Libre es una pulga en el oído, una pestaña en el ojo. Pero lo más grave es el carácter de De Gaulle. El general no se sonríe, no tolera bromas y mantiene su dignidad de Jefe de Estado como si gobernara un país de cuarenta millones de habitantes y no tuviera apenas un grupito minúsculo de fanáticos.

Los ingleses ocupan Damasco y Beirut. De Gaulle se indigna porque ambas posesiones son francesas. No vacila, alza la voz frente al Gobierno británico y le exige que "ambos territorios liberados pasen a formar parte del dominio francés libre".

Arrugan el entrecejo los británicos, carraspean, se muerden las uñas, pero tienen que ceder.

¡A Washington!

Hitler sigue avanzando en medio del barro y de la nieve rusa en dirección a Moscú. De Gaulle saca de la nada una pequeña aviación, una minúscula escuadra, un ejército enano. Pero ya tiene algo con que golpear sobre la mesa. Los yanquis continúan manteniendo relaciones con Vichy. De Gaulle monta nuevamente en avión y parte a Washington. La

prensa americana lo ignora. Roosevelt se ríe de él y declara ante sus íntimos que "nunca ha tratado con una persona más insolente que el general francés".

De Gaulle no olvidará jamás esta opinión de Roosevelt.

Estados Unidos se apodera del transatlántico *Normandie* y de trece barcos franceses que estaban refugiados en Estados Unidos.

Se firma el pacto de las Naciones Unidas y se deja deliberadamente afuera a la pequeña Francia Libre de De Gaulle.

El Tío Sam opera con habilidad suprema. De los dientes para afuera afirma que está con Francia. En el fondo lo que quiere es, de acuerdo con Inglaterra y con Canadá, ir ocupando las posesiones francesas para quedarse definitivamente con ellas. Esto provoca una serie de roces violentos entre Roosevelt y Cordell Hull.

La prensa yanqui sigue contra el general. Lo dibujan en las posturas más ridículas, le atacan, ponen contra él a la opinión pública. Lo califican de "loco", "absurdo", "disparado", "en las nubes", "sin talento, sin habilidad y sin tino".

De Gaulle se encoge de hombros.

A Roosevelt se le plantea un dilema diplomático definitivo: o Pétain o De Gaulle.

Hay que recordar que el solitario general tiene en contra no sólo a la Francia de Vichy, sino a Inglaterra, que lo boicotea, y a Estados Unidos, que trata de humillarlo. En este momento crucial, cuando está en el escalón más bajo de su carrera, en el último grado de su breve historia, y cuando casi nadie cree prácticamente en él, se va a producir un hecho que alterará totalmente el escenario.

Los japoneses atacan Pearl Harbour y Estados Unidos tiene que marchar a la guerra. Indirectamente esto juega en favor de De Gaulle. Los pequeños nipones avanzan en Filipinas, Malasia y las Indias Holandesas. Se toman Wake, Hongkong, y el general de la gorra, MacArthur, queda sitiado en Bataan.

De Gaulle es partidario de que se abandone ese punto.

Pero ¿quién es De Gaulle?

Nadie.

Nadie, pero la insinuación del general francés es tomada en cuenta por el Gobierno norteamericano, y MacArthur abandona el punto neurálgico de Bataan.

De Gaulle ya puede sacar la lapicera y firmar algunos acuerdos diplomáticos. Cede bases francesas a los norteamericanos en el Pacífico, pero siempre que sigan bajo la Cruz de Lorena.

Roosevelt no tolera a De Gaulle y vuelve a hacer chistes malévolos sobre él. De Gaulle crece de estatura. Simbólicamente tiene más de un metro noventa y cuatro.

Se entrevista con el embajador soviético en Londres y firma un acuerdo en Moscú. Conversa con Molotov y se establece un firme contacto entre Londres y Moscú. Entre la capital rusa y el pequeño cuartel degaullista.

Pero hay una palabra que brota continuamente de los labios de De Gaulle: "Segundo frente".

Conversa con Yvonne en su casita de Sussex y le dice:

—Este es el momento de atacar en Francia misma...

—¿Y si sufre Francia?

—No importa. La guerra es la guerra y lo principal es liberar totalmente el país. Si desembarcáramos en el continente, podríamos darle el golpe de gracia a Hitler, entrar en París y marchar hasta Berlín, mientras los rusos atacan por el este.

Como si fuera poco, el jefe del Partido Laborista inglés, Attlee, confunde la Cruz de Lorena con la

svástica, y acusa a De Gaulle de fascista. El general lanza la primera carcajada de su vida.

Sin quererlo, le da cierta razón al líder laborista. El mismo había escrito: "Los partidos políticos son funestos; es indispensable crear un Estado. Un Estado fuerte y con poder de mando. Hay que liquidar a esos caballeros que juegan a la política desde el Congreso. No hay que tomar en cuenta a los periodistas profesionales que se pasan haciendo vaticinios y que se disfrazan de Nostradamus. Eso es lo que ha llevado a Francia al desastre. Debemos cambiar radicalmente al país cuando volvamos. Necesitamos más política y menos politiquería".

Testamento.

El mismo almirante Muselier, que había lanzado la idea de usar la Cruz de Lorena, renuncia como jefe de flota de Francia Libre. De Gaulle secamente le contesta que "la Marina de Guerra no es un feudo particular sino que pertenece a Francia". Es entonces cuando, abatido, roto por dentro, como si se le hubiera cortado un resorte a este inmenso muñeco de movimientos lentos y pausados, llega hasta su casa, se encierra en su escritorio, saca unas carillas de papel y comienza a escribir su testamento.

¿Piensa en la muerte?

No.

Lo que piensa es dejar algunas palabras por si él desaparece y pueden ser útiles políticamente a Francia, y escribe: "Si me veo obligado a renunciar a la obra que he emprendido, la nación francesa debe saber por qué. He querido mantener a Francia en la guerra contra el invasor. Actualmente esto sólo es posible al lado y con el apoyo de los ingleses. Pero esto es solamente concebible mientras se conserven la independencia y la dignidad. Ahora bien, la intervención británica en la crisis provocada por Muselier es tan intolerable como absurda. O se le responde o no somos nada".

Sigue escribiendo, mientras desde una iglesia lejana caen pesadamente tres campanadas.

Dobla su testamento, lo guarda en un sobre, lo lacra y se lo entrega sin decir una palabra a su esposa.

Le suben los bonos.

Pétain comienza a declinar. De Gaulle comienza a surgir, mientras el Gobierno de Vichy se hace pedazos. El problema del segundo frente sigue en pie.

La prensa aliada lo exige en todos los tonos. Su principal defensor es el mismo De Gaulle. Rusia reclama el desembarco.

De Gaulle sostiene que se debe operar en forma inmediata en Francia misma, afianzar una cabeza de puente para que se subleven los franceses contra los alemanes.

Sin embargo, Churchill y Roosevelt quieren hacer un desembarco en los Balcanes para salvar su política en Chipre, Grecia, Egipto y Malta. El mismo general Marshall dice:

—Es ridículo desembarcar en Francia. Hay que herir al enemigo en el vientre, y los Balcanes constituyen el bajo vientre de Europa.

Pero no se produce en ninguno de los dos puntos. Ni en Francia, como pide De Gaulle, ni en los Balcanes, como quiere Inglaterra. Los aliados —y concretamente el Tío Sam— quieren atacar en el norte de Africa. Esto juega inesperadamente en favor de De Gaulle, que es el ídolo de las mismas poblaciones que se piensa invadir.

La carta De Gaulle, que sólo hacía dos meses no valía un franco, se cotiza ahora brillantemente en el mercado.

Nuevo incidente con Churchill. Este quiere, si se libera Madagascar, imponer una Administración británica en la isla. De Gaulle se indigna. Churchill se saca el puro de los labios y dando un puñetazo sobre la mesa y con la voz ronca de rabia le grita:

—Usted, De Gaulle, habla como si fuera la misma Francia. Usted no es Francia. No lo reconozco como Francia. ¿Dónde está Francia? No la veo por ninguna parte. Ustedes son una minoría, pero nada más que una minoría. Hay que buscar a alguien que tenga más importancia que usted.

No podía haber sido más británicamente claro. Con ironía le contesta De Gaulle, recordando que nació en la patria de Voltaire:

—Y si yo no significo nada, ¿para qué pierde el tiempo y me llama para discutir sobre los intereses mundiales?

Eden —el hombre que usaba el sombrero enhuinchado más elegante de Inglaterra— tose diplomáticamente y suaviza el diálogo.

Pero lo que no sabe De Gaulle es que Churchill se está entendiendo a espaldas de él con el general Giraud, que se ha escapado hace poco de una fortaleza alemana.

Cuando llega a saberlo, replantea su juego y despliega de otra manera las cartas. Si Inglaterra quiere prescindir de él, le queda un aliado en la sombra: Rusia.

Desembarco en Africa.

Churchill prescinde ahora definitivamente de De Gaulle y le avisa en el último segundo que los aliados han decidido desembarcar en Africa del Norte.

La responsabilidad del desembarco la tienen los norteamericanos y el general Eisenhower comanda las fuerzas. La Francia Libre de De Gaulle queda excluida. Los aliados atacan en Casablanca, Orán y Argel; Giraud está en Gibraltar, y entonces Roosevelt, de acuerdo con Churchill, hace a un lado despectivamente a De Gaulle y a Giraud, y trata de entenderse con otros franceses que estén contra Pétain. En ese momento De Gaulle es un cero a la izquierda.

Pero el almirante Darlan está en Argel.

Se realiza entonces una rápida reunión de los generales Noguer, Chatel y Bergeret, y se nombra a Darlan alto comisario en Africa del Norte.

Resumamos. Se prescinde de De Gaulle, se usa y se hace a un lado a Giraud porque no sirve, y se

encuentra al tercer hombre: Darlan. Ahora sí que el panorama del jefe de la "Francia Combatiente" está totalmente cerrado. ¿Totalmente? No.

Los hechos lo van a decir.

Pétain sigue cediendo.

Los alemanes ocupan completamente Francia. Pétain —previa orden de Hitler— ataca a Darlan. El anciano mariscal es ya sólo un pobre prisionero y se produce la curiosa paradoja de que Vichy ha ganado la partida en Africa del Norte, ya que las fuerzas militares y la Administración siguen al mando de Darlan..., pero bajo la bandera de Estados Unidos. Roosevelt, por política, apoya a éste y repudia a De Gaulle, pero vuelve a cambiar el viento.

De Gaulle le escribe una carta a Churchill en la cual le dice: "Si Darlan entra como libertador a Francia, aunque se gane la guerra "militarmente", desde el punto de vista político sólo existirá un vencedor: el comunismo".

La escuadra.

Nuevamente se produce un hecho sorpresivo. Darlan ordena a la flota que zarpe de Tolón hacia Africa

del Norte. Los alemanes ocupan las alturas del puerto y deciden apoderarse de la escuadra.

Terrible dilema. Ser o no ser. Si se entregan los barcos a los nazis, éstos los usarán contra los aliados. Si no, hay que hundir la flota.

Y como no queda otro camino, la brillante flota francesa es hundida. Esto elimina al almirante dentro del juego inglés y norteamericano. Y liquidado Giraud, prisionero Pétain y suprimido Darlan, sólo queda De Gaulle. Una vez más la suerte ha ido cambiando de mano rápidamente y los dados llegan de nuevo al general.

¡Cae Darlan!

Como si fuera poco, un fanático de apellido Bornier de la Chapelle asesina a Darlan, cuyo cariño a sus barcos fue a veces más grande que su amor por Francia.

Los norteamericanos retroceden dos pasos y vuelven a usar a Giraud, quien se niega a entrevistarse con De Gaulle en Marruecos. En el mismo punto están Churchill y Roosevelt. De Gaulle no vacila y, saltando por encima de todos los orgullos, llega a Marruecos y se entrevista con ambos. Giraud ofrece una

curiosa solución: "Que haya tres Presidentes: él mismo, De Gaulle y Georges. Las tropas las mandaría el mismo Giraud". De Gaulle se ríe y le recuerda al general la suerte del Consulado de Napoleón después de la Revolución Francesa y contesta:

—Lo que se necesita es un poder central que sea algún día el Gobierno de la República. Lo más lógico es que yo presida ese Gobierno y que usted sea el jefe de las tropas.

Sonrisas a Giraud.

No hay solución. Lo único que admite De Gaulle, de malas ganas, es tomarse una foto con Giraud que es usada tácticamente por la prensa aliada para dar a entender que no existe el menor roce entre ambos a pesar de que se odian por dentro.

Pero hay que ceder. Siempre en política hay que ceder algo y retroceder dos metros para avanzar cuatro si es preciso. Esta fórmula elemental se la aprende por fin de memoria De Gaulle y la pone en práctica.

Se organiza un Comité de Liberación Nacional que tiene dos jefes: Giraud y De Gaulle.

La guerra avanza con la velocidad del rayo. Se

proyecta la invasión de Sicilia e Italia. Mussolini es derrocado. Sube Badoglio. Francia necesita un poder único para actuar en el momento oportuno y de hecho asumir la totalidad del Gobierno. Ese poder es De Gaulle. Giraud es sólo el jefe de las fuerzas militares. Una vez más De Gaulle triunfa en toda la línea.

Un historiador apunta: "Lo que pasa es que De Gaulle se devoró a Giraud".

El general sigue operando desde Argelia. Su familia está rota. Su hermano Xavier está refugiado en Nyons, su hermana detenida por la Gestapo, su hermano Pierre en un campo de concentración, y su mujer y sus cinco hijos en España.

Los traslada a Marruecos y restablece de nuevo la vida familiar bajo el sol africano.

¡El Día "D"!

Bruscamente estalla la bomba. La esperada bomba, la gran bomba. 6 de junio de 1944. Segundo frente. Día "D". Los aliados desembarcan en Normandía. Los lanchones son teledirigidos por la más fabulosa flota de guerra de todos los tiempos. Tocan por primera vez el continente bajo un cielo de aviones. Se

mojan las botas los soldados y avanzan como tromba hasta las defensas alemanas, que contestan neuróticamente el fuego con todos sus cañones desplegados en la llamada "Muralla del Atlántico".

La noche fatal.

Esa noche Hitler ha trabajado hasta las tres de la mañana y pide que no le despierten. Se respeta su sueño. Hitler duerme durante diez horas en vez de las seis que acostumbra. Está enfermo del estómago, le duele la cabeza, tiene los ojos afiebrados y quiere que nadie lo moleste. Esas diez horas son decisivas.

En ese mismo momento los aliados desembarcan en Normandía y las primeras noticias de uno de los hechos más importantes de la historia las recibe el caudillo nazi con ocho horas de atraso y medio adormilado.

La reacción es tardía y los cañones alemanes disparan después del momento oportuno. Hitler se podía haber enfermado muchas veces, pero en la única ocasión que no debía haberlo hecho por ningún motivo era el 6 de junio de 1944.

Mientras los aliados avanzan, los "maquis" se levantan en armas. A mediados de agosto de 1944 las tropas blindadas del general Patton marchan hacia París.

Sobre la Tour Eiffel flamea aún la svástica. Comienza el sabotaje en gran escala. Los comunistas del FT. (Franc-Tireurs) vuelan las líneas del ferrocarril, las represas, los diques; disparan sobre los alemanes, dinamitan los cuarteles y el país entero se pone a cantar *La Marsellesa.*

Deliberadamente, con el viejo maquiavelismo británico, se le ha comunicado a De Gaulle el comienzo de la invasión varias horas después de haberse verificado. Lo hace el general Eisenhower. De Gaulle vuelve a disimular su sorda indignación. Toma un avión y desembarca en Francia el 14 de junio, o sea, cuatro días después que Churchill.

Los aliados siguen insistiendo en no reconocer su poder. Roosevelt quiere usar al viejo y apolillado general Le Brun como única autoridad francesa con la que se puede tratar. Los alemanes se raptan a Le Brun.

Como si fuera poco, los yanquis creen que pueden

transansar con el viejo Pétain. El único que no les interesa es De Gaulle.

Por fin Jefe total.

Se organiza una decisiva entrevista en Bayeux y De Gaulle gana todas las partidas y es reconocido —¡por fin!— verdadero Jefe de Francia.

A lo lejos se divisan las primeras luces de París. Pétain está atribulado. Ahora se da cuenta del triste papel que le han hecho jugar. Aprovecharon que fue el héroe de Verdun, que tenía el pecho constelado de condecoraciones, que era el gran ídolo de Francia, y lo utilizaron para firmar el armisticio y más tarde para ser una marioneta en las manos de Hitler.

Pétain es respetable, a pesar de todo lo que digan los comentaristas que lo han atacado sin cuartel, hasta que estalla la Segunda Guerra Mundial. Se le adora, pero basta que le estreche la mano a Hitler para que el prestigio del viejo mariscal se derrumbe. En ese momento, a fines de junio de 1944, Francia tiene un solo nombre, les guste o no a Inglaterra y a Estados Unidos. Ese nombre es Charles de Gaulle.

¡A la toma de París!

Agosto de 1944. Los aliados avanzan desde el norte y una punta de lanza se dirige hacia París. En ese momento los comunistas franceses deciden apoderarse por su cuenta de la capital. De los cuatro grupos de resistencia el de más importancia son los FT., integrado por comunistas franceses y españoles. El día 19 de agosto comienza la lucha en las calles. El general en jefe de la ocupación alemana, Von Choltitz, recibe la orden de volar los cuarenta y dos puentes sobre el Sena, las centrales de gas, de luz, de teléfonos y los grandes edificios públicos. Deben desaparecer el Elíseo, la Opera, el Luxemburgo, los Inválidos y, antes que nada, el símbolo de París, la Tour Eiffel. El general alemán hace colocar cargas de dinamita en todos los "metros" y en las alcantarillas. El segundo cable de Hitler es perentorio. París debe ser arrasado y transformado en una nueva Varsovia.

¿Arde París?

Hitler afirma: "El que tiene París tiene a Francia. Si perdemos París, Francia está perdida para nos-

otros". Von Choltitz vacila. Es un buen burgués que, a través de cuatro años de ocupación, se ha enamorado de ese río tranquilo y apacible que se llama Sena, de estas callejuelas aventureras, de estos *bistros* en que se bebe el mejor vino, de estas francesitas encantadoras y de esta selva de cuadros que forman la esencia y el alma de una ciudad inolvidable. Es alemán, pero le gusta más este París que la sombría capital del Tercer Reich. Archiva el cable de Hitler y no vuela París "por el momento". Mientras tanto, la Resistencia opera directamente en la calle. Y los aliados siguen avanzando hacia París con la intención concreta de no apoderarse de la capital por el momento, porque saben que los alemanes la quieren volar y tienen informes secretos de que la ciudad está minada de cargas de dinamita. Enrique IV dijo: "París bien vale una misa". Parodiando, se podría decir: "No sacrificar París vale miles de misas de gala y en la propia Notre-Dame".

El 20 de agosto arden las calles y los franceses combaten con las armas en la mano. Reciben la consigna: "A cada cual su alemán". Los treinta mil nazis que ocupan la capital son atacados en la calle, puestos manos arriba y muchos de ellos fusilados en los bulevares y en las plazas.

Barricadas.

Francia vuelve a su vieja tradición de las barricadas. Estudiantes comunistas, pequeños burgueses radicales, sacerdotes, dueñas de casa, *concierges* y oficiales, todos luchan ahora por pulverizar el dominio alemán y liberar la capital.

Nadie quiere más que De Gaulle que París sea libre, pero hay un problema: si París es liberado ahora por los FT., serán los comunistas los que tomarán el control del Gobierno. Y entonces el general planea una jugada magistral. Toma un avión en Gibraltar, llega al norte de Francia, alcanza al propio Ike y le plantea el problema: si los comunistas toman París, Francia (cuya parte sur y oeste está totalmente minada por el P. C.) pasará a ser una aliada potencial de Moscú en muy poco tiempo. En cambio, si él llega a París primero, y les gana la mano a los comunistas, será la Francia Libre, aliada de Inglaterra y de Estados Unidos, la que tendrá el poder en sus manos. De Gaulle tiene buena suerte: el pequeño avión en que partió de Gibraltar está con la bencina agotada. Esto lo sabe el piloto, pero lo ignora De Gaulle. Como sonámbulo avanza el pequeño aparato, en medio de las sombras, buscando un punto de Normandía en que posarse. Prácticamente, ya

no queda una gota de bencina. En ese momento surge una pequeña mancha verde entre las nubes. ¿Qué será? Es tierra francesa. ¡Por suerte! Aterriza el avión, De Gaulle monta en un jeep y parte en busca del jefe aliado, para plantearle el problema. Ike, que está en consulta directa con la Casa Blanca y con Churchill, comprende al segundo la situación exacta y le da la razón a De Gaulle: la División Blindada General Leclerc recibe la orden de avanzar contra el tiempo hacia París y adelantarse a los comunistas. Estamos a 22 de agosto. Ya no se trata de barricadas. Ahora la lucha es general. Resuenan los tiros en todas las calles. Los alemanes son sitiados, aislados, destruidos. Hitler envía su célebre cable: *"PARIS, BRULE-T-IL?"* ("¿Arde París?"). París no arde. París no ha sido volado. La orden de Hitler no es cumplida. El general alemán se ha dado cuenta de que sería una locura destruir la capital de Francia cuando los franceses que ya están en la calle son los dueños virtuales de la capital. La operación táctica de De Gaulle de llegar primero a la capital francesa ha resultado. La División Leclerc entra por la Puerta de Orleáns, y el 25 de agosto son quemados todos los letreros alemanes, fusilados los nazis en la calle, arrancadas las svásticas, y asoman, al mismo tiempo,

miles de banderas tricolores. En ese momento De Gaulle entra a la capital y desfila en medio de la ovación cerrada de dos millones de franceses. En la Gare Montparnasse el general alemán firma el acta de rendición. La jugada ha sido tan sutil que los comunistas son superados totalmente por De Gaulle. No se implantan los soviets, sino un Gobierno de coalición en el cual los FT. tienen las armas, pero De Gaulle cuenta a su vez con dos cosas: los carros blindados de la División Leclerc y su fabulosa popularidad.

Una entrevista misteriosa.

Mientras tanto, muy lejos de París, en Moscú, en una entrevista secreta entre Stalin y el jefe del Partido Comunista francés, Maurice Thorez, Stalin —y en esto coincide por extraña casualidad con De Gaulle— considera peligroso *en ese momento* la toma del poder por los comunistas franceses, que le puede significar a él, como jefe ruso, un problema terrible y, quizás, el comienzo de una Tercera Guerra Mundial, cuando aún no está liquidada la segunda. Los comunistas franceses, que por un momento se creyeron dueños de la situación y dueños del destino de Francia, reciben la orden de aceptar a De

Gaulle como Jefe del Gobierno, y postergar la revolución interna. El compromiso es el siguiente: De Gaulle será el Jefe provisorio del Gobierno, y Vicepresidente será Maurice Thorez, que, rápidamente, toma un avión y llega a París, ovacionado por sus fanáticos partidarios.

De Gaulle, igual que en los días sombríos de Londres, cuando sólo contaba con un micrófono, ha tenido en contra a todo el mundo, comenzando con el Gobierno de Vichy, por Roosevelt, Churchill, Giraud, etc., ha vencido en toda la línea. Ahora puede entrar solemnemente a los salones dorados del Elíseo.

La primera etapa de *su* guerra ha terminado.

De Gaulle declara:

—Todo está en su sitio; sólo falta instalar una cosa: el Estado.

Al día siguiente le toca marchar por los Campos Elíseos en dirección a Notre-Dame para asistir a una misa de gala.

Cruza el Arco de Triunfo y desciende hacia la Concordia. Lo aclaman dos millones de personas bajo los castaños, que están más verdes y alegres que nunca.

Al enfrentar la estatua de Clemenceau, lo saluda militarmente.

Ahora todo se ha realizado. El soñador sin soldados de 1940 es el triunfador de 1944, y el único Jefe de Francia.

Los últimos tiros.

Al llegar a Notre-Dame se produce un pequeño tiroteo. Los últimos nazis, escondidos entre las gárgolas que pintara admirablemente Victor Hugo, disparan sobre los entusiastas franceses.

Con un par de ráfagas de ametralladoras termina la última resistencia.

Acordándose de la irónica frase de Enrique IV, De Gaulle dice:

—París bien vale un tiroteo.

Ahora es el Presidente provisional de Francia, y la heroica etapa de la Resistencia ha concluido.

El Río

Termina la tragedia.

Los aliados se mueven veloces hacia Alemania. Los rusos entran por el oeste a la fortaleza nazi. Es raptado Mussolini en el gran Sasso. Se reconoce a un Gobierno títere en Milán. Los aliados avanzan a través de toda Italia. Hitler está perdido. Los aviones rusos por un lado y los americanos, ingleses y franceses por el otro, marchan como alud hacia Berlín. A Hitler no le queda sino un camino. Le coloca una bala a su pistola y se aplica el cañón en la sien. Cuando los rusos llegan a las ruinas del Bunker se encuentran sólo con dos cadáveres calcinados y un montón de cenizas.

Mientras tanto Truman da una orden trágicamente histórica y la bomba atómica cae sobre Nagasaki e Hiroshima. La guerra ha terminado después de cinco alucinantes años de destrucción y muerte. Y del fabuloso imperio del pequeño cabo de los bi-

gotitos sólo quedan un bosque de silencio y un país hecho pedazos.

Primeros problemas.

Sin embargo, ¿ha terminado realmente la Resistencia? No. Sigue adelante.

Ya hemos dicho que el eje de los "maquis" son los comunistas, que usan un brazalete que dice "FT.". Han luchado heroicamente durante los cuatro años. Han sido el nervio del sabotaje detrás del frente. Están armados de punta en blanco por los propios ingleses y norteamericanos, que dejaban caer en pequeños paracaídas nocturnos los fusiles y ametralladoras que se iban a usar contra los alemanes. Los comunistas, que dominan en el sur, el oeste de Francia y forman el "Cinturón Rojo" en torno a París, preparan su propio golpe. De Gaulle no les da garantías. No puede darlas. De Gaulle es autoritario y enemigo del marxismo.

Además, la política anterior a la guerra no está dormida, sino vagamente soñolienta.

La Resistencia estaba formada por cuatro grupos: Frente Nacional, Liberación, Combate y Francotiradores. Los que constituyen otros cuatro partidos en

potencia. Pero el Gobierno Provisional elimina a todos los parlamentarios que le dieron sus poderes a Pétain, con lo cual le da un golpe de gracia al viejo y acomodaticio Partido Radical.

El Partido Socialista, ni tardo ni perezoso, ocupa los predios radicales, mientras los comunistas montan guardia en la extrema izquierda.

Bidault.

A la derecha Bidault funda el Movimiento Republicano Popular (M. R. P.), de tendencia democrata-cristiana. Se le concede el voto a la mujer, con lo cual crece la influencia católica. Sobre este trípode tiene que gobernar De Gaulle, que es enemigo precisamente de los partidos políticos.

Por razones elementales de política, el general se ve obligado, al día siguiente de la victoria, a ceder ante los viejos partidos, en vez de edificar un Estado nuevo. Pero con habilidad maquiavélica liquida a las milicias comunistas, desarmándolas y haciéndolas entrar al ejército regular.

El 21 de octubre de 1945 se elige la nueva Asamblea para trazar la letra de la nueva Constitución, y

triunfan los comunistas, socialistas y republicanos populares.

De Gaulle no sabe maniobrar. No conoce la pequeña estrategia de pasillo. No sabe palmotear la espalda ni dar la mano oportunamente. No tiene práctica ni gimnasia parlamentarias.

Es en ese momento —hace diecinueve años— un hombre nuevo e ingenuo que desconoce el complicado rodaje de la política.

Sólo dura dos meses.

Dimisión.

Llama espectacularmente a sus ministros y les dice con la voz serena y firme:

—Considero que mi misión ha terminado. Dimito. Es mi decisión irrevocable. Mi objetivo era dirigir el país hacia su liberación y la victoria. Lo he cumplido y ahora me voy.

El 21 de enero el Presidente Charles de Gaulle es simplemente un ciudadano corriente más dentro de los cuarenta millones de franceses. Se retira a su vieja casa de Colombey-les-deux-Eglises. Y toma nuevamente la pluma, y en la primera carilla en blanco escribe una sola palabra: "Memorias".

Suben los socialistas y Félix Gouin es nombrado Jefe de Gobierno. Se proyecta una Constitución de tipo liberal en base a los apolillados recuerdos que quedan de la Revolución Francesa.

Lentamente va surgiendo la estrella del pequeño y delgado Bidault, que ha sido el político más brillante de la Resistencia.

Cifras electorales.

Desaparecida la Asamblea Constituyente, se llama a constituir otra, en la cual las fuerzas son las siguientes:

Movimiento Republicano Popular	160	diputados
Comunistas	146	”
Socialistas	115	”
Varios grupos pequeños	100	”

Bidault sube al poder. La nueva Constitución no convence en lo más mínimo a De Gaulle, que desde su retiro lanza un manifiesto oponiéndose violentamente a este nuevo conjunto de leyes que siguen siendo tan ineficaces como las anteriores que han conducido a la caída de Francia.

Como si no hubiera pasado nada entre el 39 y el 45, comienza a funcionar una Francia igual a la de antes de la derrota.

Vuelve el equipo fatal.

Resurgen los antiguos políticos expertos en zancadillas y virajes. Vuelven los largos mostachos de Léon Blum, la enorme barriga de Herriot y el perfil de Ramadier.

El equipo es el mismo.

Se produce otro Referéndum, y esta vez la opinión pública se vuelca en favor de esta Constitución ligeramente retocada, con un poco de rimmel moderno y algo de rouge. Y es aprobada por un millón cien mil votos de diferencia; con lo cual nace oficialmente la Cuarta República, que en el fondo no es sino una copia a roneo de la Tercera.

Se elige primer Presidente a un gordito socialista, simpático y buena persona, que se llama Vincent Auriol.

Indochina.

La guerra de Indochina que se inicia el 19 de diciembre de 1946 va a estremecer al país. Francia tiene que seguir defendiendo su imperio colonial.

Los oficiales de guarnición en Indochina comienzan a pensar de nuevo en De Gaulle. Y el cartero de Colombey llega todos los días con inmensas bolsas de cartas que traen sellos africanos y asiáticos en que se le pide a De Gaulle una sola cosa: que vuelva.

De Gaulle escucha. Sale en las noches a dar una vuelta del brazo de Yvonne por las calles de la pequeña aldea. Respetuosamente les saludan los vecinos, y los niños les aplauden al pasar.

Una bandera tricolor, apolillada y vieja, flamea tristemente en la Alcaldía de Colombey.

Los agudos tímpanos del general escuchan una voz remota que viene de las colonias y especialmente del barro de Indochina, y que le grita: "Retournez!"

Y como al general le carga la política, como odia a los políticos profesionales, como le indignan las papeletas electorales, las elecciones, los discursos para conseguirse votos, las campañas de prensa y los manifiestos por radio, decide fundar un nuevo par-

tido político: el Rassemblement du Peuple Français (R. P. F.).

De Gaulle usa una técnica totalmente nueva, que a ratos recuerda la que usó Luis Bonaparte, más tarde Napoleón III, para conquistar la opinión pública y llegar al poder.

Así se habla.

Habla familiarmente, con lenguaje sencillo, palabras corrientes, sonrisa amable, gesto de buen padre, sin protocolo ni estiramiento. No es un doctrinario sino una especie de amigo del pueblo.

Ya no es el acartonado De Gaulle de antes. No es la "Jirafa", ni el "Dos metros", ni el "Espárrago", ni el "Quijote", ni el "General Moi", del que se mofan los caricaturistas y comentaristas franceses.

Los políticos se ríen burlonamente. De Gaulle ha estado muy bien para usarlo como una especie de gran fantasma patriótico y tricolor para combatir a los alemanes. Estaba muy bien en Londres hablando por la BBC. Era el tipo indicado para desfilar por París y cantar puntualmente *La Marsellesa*. Se ve estupendo en las fotos, dándoles la típica *acolade* en la mejilla a sus viejos compañeros de armas.

Pero que se meta en política, que funde un partido, que actúe en plano nacional, les parece absurdo y ridículo.

Los políticos están equivocados, y en octubre de 1947 el flamante partido obtiene un triunfo resonante en las elecciones municipales.

En la Rue Solferino.

El cuartel general del R. P. F. está enclavado en la Rue Solferino. Y el hombre eje de la propaganda es un personaje de novela: André Malraux, que había sido jefe de propaganda del Partido Comunista chino a fines de la década del 20 al 30, en el Asia lejana; el compañero en la Sorbona de Chou En-lai, futuro Ministro de Relaciones Exteriores de Mao Tsetung, y el autor de *La Esperanza,* que había dirigido la incipiente aviación republicana durante la guerra civil española, finalmente jefe de la División Alsacia-Lorena en los días de la Segunda Guerra Mundial y de los últimos combates.

Malraux, novelista, hombre de acción, aventurero y estupendo jefe de propaganda, es una especie de mago que tiene De Gaulle a sus órdenes.

El general continúa viviendo en Colombey, a tres-

cientos kilómetros de París, que los cubre en auto en dos horas y media.

En las primeras elecciones obtiene 4.266.000 votos y lleva a 121 diputados a la Asamblea. Un diario anuncia a ocho columnas: "El "putsch" degaullista está en el aire". Los oficiales y soldados siguen muriendo en Indochina.

Ahora les toca a los sables.

El Ejército cree en De Gaulle. Las colonias sueñan con él. La pequeña burguesía agita sus banderas. Pero el único inconveniente en este juego triunfal es el propio De Gaulle. Odia las comisiones parlamentarias, los largos discursos en la Asamblea Nacional, los manifiestos y el trabajo parlamentario. El quiere acción, pero acción rápida. Veinticinco diputados lo abandonan y fundan un nuevo partido, más hacia la izquierda: la Acción Republicana y Social.

De nuevo a casa.

De Gaulle, por segunda vez, se retira a su viejo caserón de Colombey, lo que hace decir irónicamente

a Malraux: "Os hemos seguido como César hasta el Rubicón, pero en su misma orilla nos dimos cuenta de que sólo lo hacíais para pescar burguesamente con una caña".

Sin su jefe, el partido se va desorganizando poco a poco y languideciendo en una inútil lucha parlamentaria. De Gaulle ha cortado todos los contactos oficiales y sólo aparece de vez en cuando para saludar a los entusiastas partidarios que llegan frecuentemente a su retiro.

Continúa escribiendo sus *Memorias,* y está comenzando el tercer tomo cuando llega mayo de 1958.

Años de espera.

Durante cuatro años el general De Gaulle ha vivido haciendo la siguiente vida: se levanta, como buen soldado, con el primer canto de los pájaros. Sale de su casa y recorre a grandes pasos las calles de Colombey, adormiladas aún y completamente vacías. Compra los diarios de París y vuelve a su hogar. Se encierra durante ocho horas todos los días con un montón de cuartillas sobre la mesa, rodeado de libros, papeles, documentos, mapas, biografías, estudios tácticos, y con una memoria prodigiosa y con

la habilidad de un viejo reportero, va anotando incansablemente datos, cifras y fechas, y así van surgiendo los tres tomos de sus *Memorias* que demostrarán al público francés, primero, y más tarde al mundo entero, que dentro de De Gaulle se oculta un nuevo personaje: el escritor. Porque De Gaulle es eso. Escribe a la vieja usanza de los mejores clásicos de la lengua francesa.

Estilo.

Sus frases son simples, cortas y claras. No tiene el menor tropicalismo. No usa adjetivos inútiles. Le molestan las comparaciones literarias y los símbolos y prefiere dejar fluir su implacable lógica para demostrar un argumento y afirmar una idea. Es increíblemente preciso y por momentos los tres tomos de este largo resumen de su vida recuerdan el reportaje de un gran periodista, más que las melancólicas memorias de un viejo general lleno de recuerdos.

Sin odios.

Mientras a Clemenceau le asoma el odio a ratos en su célebre *Miserias y grandezas de una victoria,* mien-

tras el viejo Churchill destila un escrupuloso veneno británico que recuerda un poco las oscuras callejuelas de esa capital de la novela policial que se llama Londres, De Gaulle supera los antiguos rencores y las viejas enemistades.

¿Acaso no los tiene? ¿Acaso De Gaulle es un témpano de hielo? ¿No hay dentro de él recuerdos y heridas que la vida no ha logrado cicatrizar? ¿Va a olvidar De Gaulle los ataques de Vichy, las ironías de Londres, las burlas de Washington, el papel que han jugado Churchill, Roosevelt, Giraud y tantos otros en su vida? ¿Acaso sufre un pequeño ataque de amnesia y ha perdido de vista las frases quemantes de Léon Blum, de Daladier, de Herriot y de tantos otros?

Todo lo contrario. De Gaulle tiene memoria de elefante y no olvida nada. La única diferencia es que este elefante no es un animalito ingenuo y juguetón que vive recordando como una vieja solterona las causas de los antiguos fracasos, sino que es, antes que nada, un político que usa sus *Memorias* como un arma de combate para mantener encendida la fe y el recuerdo en cuarenta millones de franceses que esperan a "alguien".

A la busca de un jefe.

En Francia sigue el ballet. Desde la Liberación hasta el 10 de julio de 1958 se han sucedido veinticuatro gobiernos en doce años, cinco meses y siete días. El que ha estado más tiempo en el Elíseo ha durado seis meses y el país ha vivido trescientos cincuenta y tres días (prácticamente un año) sin Gobierno.

Se han sucedido: De Gaulle, Gouin, Bidault, Blum, Ramadier (dos veces), Schuman (de nuevo), Queuille, Pleven, Faure (dos veces), Piany, Mayer, Laniel, Mendès-France, Mollet, Bourges-Maunoury, Gaillard, Pflimlin y De Gaulle.

Francia no ha aprendido nada. Es la misma Marianne del 14, la misma del 20, la del 39, la del 40 y la del 45. Una Francia juguetona que se entretiene en derribar ministerios y hacer baja politiquería.

Mientras tanto —insistimos— el país busca desesperadamente un jefe. Lo buscan los oficiales que han combatido heroicamente en Dien Bien Phu, los oficiales de la Escuela Militar, los ex combatientes de la Liberación, los marinos, los aviadores, los veteranos que no llegan a los treinta años de edad, y sobre todo, los hombres de uniforme que montan guar-

dia bajo un sol de fuego en un punto neurálgico llamado Argelia.

Trece años.

Han pasado trece años desde el día en que De Gaulle entró a París. Estuvo en el poder dos veces. Fundó un partido. Ganó dos elecciones. Dimitió en dos ocasiones. Escribió sus *Memorias*. Se hizo a un lado y se refugió en su casita de Colombey-les-deux-Eglises. El oficial flacuchento de otro tiempo es ahora un hombre gordo de pelo blanco, suave y amable, que mantiene una alambrada de púas para guardar el misterio y la curiosidad en torno a él.

Durante estos trece años Francia ha perdido Indochina, y ya se comienza a agitar Argelia. No tiene alianzas diplomáticas establecidas. En el país se suceden las huelgas. El franco baja. El descontento sube y este curioso ascensor va a ir en busca un día del mismo "alguien" que está a la luz de una lámpara, inclinado sobre una cuartilla, escribiendo el último capítulo del tercer tomo de sus *Memorias*.

Es entonces cuando llega mayo de 1958.

Durante veintitrés días hay crisis de gabinete. El Gobierno Pleven muere antes de nacer después de

un parto doloroso que dura quince días. Francia no halla qué hacer con Argelia. Si la independiza, pierde un punto vital de su ya disminuido imperio colonial. Si la mantiene, continúa el desangre económico y humano en un frente de batalla que va incansablemente cegando la flor y nata de la juventud francesa.

En ese momento surge un nuevo nombre: Pflimlin. Pflimlin pretende hacer un Gobierno con democratacristianos y con técnicos. Es decir, con soñadores y con números. Este alsaciano pretende parchar el Estado mientras crece una ola que tiene un preciso y exacto nombre propio: De Gaulle.

Ola de cartas.

El 11 de mayo le llegan miles de cartas al Presidente Coty en las cuales se le pide que entregue el poder a De Gaulle. Surgen enormes carteles en París y en provincias con la foto y el nombre del general. En Argelia la oficialidad en masa está contra el Primer Ministro. El Ejército, según la Constitución, no puede deliberar, pero conspira en la intimidad de los casinos y cuarteles.

¡A la revolución!

El 14 de mayo Francia está al borde de la revolución. En Argelia y en París se grita: "¡El Ejército al poder!" En este mismo punto las masas asaltan al palacio del Ministerio del Exterior y se despliegan banderas en todas las ventanas. Massu, jefe de los paracaidistas, es enviado a calmarlos, pero en el fondo está de acuerdo con ellos. En París desfilan cantando *La Marsellesa* y gritando: "De Gaulle al poder". La prensa de izquierda (socialista, comunista y radical socialista) ataca violentamente al general, que no ha movido un dedo, y creen que el golpe de Estado está a la vuelta de la esquina. Las multitudes avanzan hacia el Palacio Bourbon y la policía se ve obligada a sacar sus ametralladoras y colocarlas en los puentes del Sena.

Habla Argelia.

Una Junta de emergencia es nombrada por los franceses residentes en Argelia y los militares toman la totalidad del poder. La Junta se llama de Salvación Pública y es anunciada por el propio general Massu, que está oficialmente con el Gobierno de París, pero

en el fondo con el general De Gaulle. Se envía un cable al Presidente Coty a fin de que se forme un Gobierno de Seguridad Pública en París para que Argelia siga siendo francesa. Coty, que es un caballero que sólo sirve para asistir a la entrega de premios en los colegios de Francia los 14 de julio, se asusta y consulta a una larga serie de políticos y a todos los jefes de partidos que acuden transpirando al Elíseo y pensando que ha llegado el momento de que los militares los puedan tirar despectivamente a las aguas del Sena. El jefe de la rebelión es Massu, que fue, a su vez, uno de los más brillantes oficiales de De Gaulle durante los años de la guerra.

Jacques Soustelle, diputado degaullista y ex jefe de información del Comité de De Gaulle en Londres durante la guerra, monta en un avión y parte a Argel. De Gaulle toma por segunda vez en su vida sus maletas y apenas sube en su auto le dice secamente a su chofer:

—A París.

Salan a la lucha.

Salan, jefe máximo de las fuerzas francesas en Argelia, declara por radio:

—Tomo en mis manos, provisionalmente, los destinos de Argelia francesa.

El 15 de mayo, Pflimlin es nombrado presidente del Consejo de Ministros como medio desesperado de atajar a De Gaulle. Se teme una huelga general. Los comunistas se mueven como ardillas y creen que ha llegado el momento de saltarse todas las argucias legales y hacer su propia revolución. En medio de este maremágnun, el pobre Pflimlin se debate como una especie de Robinson Crusoe en una lancha solitaria que flota sobre las encrespadas aguas de la revolución que ya se huele en el aire. Coty le pide suavemente por radio al Ejército que obedezca a París y le encarga a Salan que mantenga el orden. Es igual que el ratón que le suplica al gato que no se lo coma.

El comandante en jefe de la Marina, almirante Auboyneau, íntimo amigo de De Gaulle y compañero suyo durante la Resistencia, solidariza con los Comités de Salvación Pública que dirige Massu. El comisario regional de Argelia, Pierre Lambert, entrega sus poderes al Ejército. La muchedumbre grita: "Lambert a la horca". Diez mil policías montan guardia en París. Los comunistas, a través de la C. G. T., lanzan un angustioso llamado "contra todo intento

de golpe fascista". El 16 de mayo los periodistas hablan con De Gaulle en su cuartel general de la Rue Solferino. Los ayudantes del general, como respuesta a las nerviosas preguntas de los reporteros, entregan una declaración suya que dice: "El régimen es impotente; conduce a la claudicación. Estoy al servicio del país". Iluminado por los *flashes* de los fotógrafos, el general se levanta solemnemente, saca unas cuartillas de su bocamanga y lee:

—Durante doce años Francia, enfrentada con problemas demasiado graves para el régimen de partidos, ha seguido un proceso desastroso. En el pasado el país me dio desde lo más hondo de su ser toda su confianza por conducirlo a la salvación. Hoy, frente a la creciente perturbación en él, debe saber que estoy en disposición de asumir los poderes supremos de la República.

Oxígeno del P. C.

Los comunistas en el último momento, en vez de hacer su propia revolución con la hoz y el martillo, le ponen una inyección de emergencia al ya agónico régimen que se tambalea. Aparecen inmensos letreros que dicen: "Bloquead el camino a De Gaulle".

Guy Mollet es nombrado vicepresidente del Gobierno. Desde Argelia ya se grita abiertamente: "¡Viva De Gaulle!" Salan, desde un balcón del Palacio de Gobierno, afirma que "los cuatrocientos mil hombres a sus órdenes están de acuerdo con el Comité de Salvación Pública". Y agrega en medio de ovaciones: "Yo soy uno de los vuestros". Esto quiere decir que Salan, enviado por el Gobierno, se ha pasado con armas y bagajes al bando de De Gaulle en forma oficial. Massu cuenta con sus paracaidistas. El cerco al Gobierno es completo.

¡S. O. S.!

El 17 de mayo, la ya neurótica Asamblea Nacional otorga poderes excepcionales al Gobierno. Esto recuerda la Convención en busca desesperada de un dictador. Recuerda los tiros de febrero del 34 en la Plaza de la Concordia. Recuerda el clima del día antes de estallar la última guerra. Recuerda, en fin, el epílogo de una gran revolución y el comienzo de un cambio decisivo. Desde París maniobra Mollet buscando ministros, los comunistas preparan una huelga, los oficiales despliegan la bandera tricolor en Argelia, hay tiroteos en Francia. De Gaulle acaba de declarar que está listo.

Los cuatro partidos de derecha son disueltos a prisa, el pobre Pflimlin trata de maniobrar desesperadamente y afirma, con la voz quebrada por la emoción, mientras se seca la traspiración con un enorme pañuelo:

—Algunos comandantes militares desean lanzar al Ejército a una trágica división de la nación. Aplastaremos este complot antirrepublicano.

El golpe a la vista.

Duclos, a nombre de los comunistas, pide la formación ultrarrápida de un nuevo Frente Popular. Un diputado degaullista grita: "Viva la revolución argelina". Los socialistas se apoderan de cuatro carteras ministeriales. Un diputado de derecha afirma: "Estamos viviendo los últimos días de la Cuarta República".

El Comité de Salvación Pública se aburre de tanta espera y le dirige un ultimátum a Coty para que llame inmediatamente a De Gaulle.

El 18 de mayo el termómetro marca 42 grados de fiebre. Varios jefes políticos de izquierda toman sus maletas y huyen desesperadamente de París. El jefe del Ejército es destituido. Massu le envía un nuevo

telegrama a Coty en que le exige de modo perentorio, en nombre de la patria, que se constituya un Gobierno de Salvación Pública presidido por De Gaulle.

El hombre silencioso.

De Gaulle no habla. No entreabre los labios y se mantiene en un mutismo impenetrable. No recibe a los periodistas. No recibe a sus amigos. No recibe a nadie. En este momento un cronista apunta: "El Rey Sol está meditando". Un caricaturista lo dibuja disfrazado de Napoleón bajo un inmenso bicornio. Una revista humorística se burla de él presentándolo como una Juana de Arco de inmensas narices que agita la bandera con la Cruz de Lorena galopando en dirección al poder. Palabras insultantes, palabras despectivas, son las que dispara la prensa republicana contra De Gaulle. Mientras tanto éste se acuesta como de costumbre, puntualmente a las nueve de la noche, después de depositar un casto beso burgués en la frente de su esposa.

Soustelle llega a Argelia y ante cien mil hombres grita:

—¡Viva De Gaulle!

El 20 de mayo el general reúne a dos mil periodistas de todo el mundo. En las calles no hay "metros" ni autobuses. No hay trenes. El diario comunista *L'Humanité* escribe un título a ocho columnas en rojo que dice: "El fascismo a las puertas", y repite el gastado "No pasarán".

Ahora habla.

De Gaulle pasa. Pasa vestido de azul y con corbata color perla. Contesta varias preguntas y afirma:

—Que es independiente;

—Que no se identifica con ningún partido. Que no pertenece a nadie porque pertenece a todos los franceses;

—Que él ha restablecido la República cuando los partidos políticos la habían rechazado y pulverizado durante la guerra;

—Que solidariza con los oficiales de Argelia,

—Y que los soldados saben que la actual política francesa tiene que terminar en un nuevo Dien Bien Phu.

Un joven reportero se atreve a preguntarle:

—¿Se siente usted dictador, mi general?

Pausadamente lo mira De Gaulle desde lo alto de

su enorme estampa. Se le iluminan irónicamente los ojos, alza la mano y en tono burlón le contesta:

—A los sesenta y siete años no voy a empezar una carrera tan dura como la de dictador.

Y para poner punto final a la entrevista, se levanta del sillón y termina diciendo:

—Tenemos de todo para ser un gran país. Francia no está perdida. Podemos empezar de nuevo y ser una gran potencia. Y ahora regreso a mi aldea, donde estaré a disposición del país. Gracias y buenas tardes, señores.

El 21 de mayo Pflimlin se atreve a defender la actitud de los militares en Argelia y logra ganar, por cuatrocientos setenta y cuatro votos contra cien, la prórroga de las facultades extraordinarias.

Salan repite entusiasmado las últimas palabras de De Gaulle.

¡A París!

El 22 del mismo mes, Salan les dice a sus soldados: "Desfilaremos por los Campos Elíseos". La muchedumbre grita: "El Ejército a París". Pinay se ofrece como mediador entre el Gobierno y De Gaulle.

El 23 de mayo Pflimlin acepta parte del programa

de De Gaulle y anuncia una reforma constitucional de acuerdo con las ideas básicas del general.

El 24 se entrevista Pinay con De Gaulle, pero éste lo ataja secamente con una frase: "O todo o nada". Y agrega: "El Jefe del Gobierno francés debo ser yo".

El 25 de mayo Córcega se levanta al grito de: "¡Viva De Gaulle!" Duclos llama al pueblo a armarse y a formar un Gobierno de Frente Popular de emergencia para detener el fascismo como sea.

El 28 de mayo De Gaulle vuelve a abrir los labios para afirmar que está listo para tomar el Gobierno, pero que no admite la agitación callejera y que el país debe mostrar calma y dignidad para poder llegar al éxito. Les da su espaldarazo a Salan, al almirante Auboyneau y al general Jouhaux.

En el poder.

El 29 de mayo, a Coty, desesperado, no le queda sino tomar el teléfono y llamar a De Gaulle. Los socialistas, en el último momento, hacen una nueva pirueta y aceptan que el general sea designado Primer Ministro. De Gaulle llega al Elíseo. Se canta *La Marsellesa* en Argelia y en París. Los viejos políticos, con olor a naftalina, aseguran que el fascismo se ha

tomado el poder en Francia. La masa anónima, el hombre corriente, el que no milita en partido político, el que odia las urnas y sólo sueña vagamente en la futura grandeza imperial de Francia, aplaude a dos manos. Y en los bares de la "Rive Gauche" y la "Rive Droite" se levantan las copas de coñac a la salud del general. De Gaulle es proclamado Jefe del Gobierno por trescientos veintinueve votos contra doscientos veinticuatro. Ciento cincuenta comunistas, cincuenta socialistas y veinticuatro votos sueltos habían sido los últimos en oponerse. Los comunistas salen gritando: "¡Abajo el dictador De Gaulle!"

El Mar

Exigencias.

El general pide:

1.º Facultad de Gobierno para actúar mediante decretos;

2.º Reforma de la Constitución por medio del Referéndum;

3.º Poderes excepcionales en casos de emergencia.

¿De Gaulle ha vuelto solo al poder? Vuelve solo como en aquella borrosa madrugada en que montó en avión en Orly para partir a Londres. Vuelve solo como cuando fue nombrado Jefe provisional del Gobierno de la Liberación. Vuelve solo como una especie de sempiterno quijote que está dispuesto a barrer con todos los molinos de viento. Pero vuelve con la Asamblea Nacional, a la cual hay que manejar con vieja gimnasia parlamentaria, a la que no está acostumbrado. ¿Solución? Cambiar la Asamblea. Cambiar la

Constitución, cambiar todo y emerger como Jefe de Francia con poderes dictatoriales.

De Gaulle parte a Argelia y recibe la ovación cerrada de todo el país. Treinta motos abren la marcha. La multitud grita: "Argelia francesa".

Con su viejo olfato ya estrenado en tanta batalla, De Gaulle se da cuenta de que detrás de esos entusiastas argelinos funcionan los Comités de Salvación Pública. Y debe actuar con una diplomacia extraordinaria. Está de acuerdo con Salan y Massu, pero no está de acuerdo con que se siga haciendo política al viejo estilo con una bandera nueva, y tiene que cerrar los ojos a las presiones que se le hacen desde todos los puntos.

Viran los coroneles.

Los coroneles comienzan a conspirar esta vez en contra de De Gaulle, no para doblarle la mano, sino para obligarlo a actuar más rápidamente de acuerdo con sus puntos de vista. De Gaulle se sonríe y aparentemente da la impresión de ceder. Pero no cede y prepara la revancha contra los partidarios del día anterior. Porque el puzzle que se plantea es el siguiente:

Argelia tiene nueve millones de musulmanes y un millón de franceses. Desde 1830 a 1958, durante ciento veintiocho años, Francia le ha entregado todo a Argelia para poder transformarla en un jardín. Los musulmanes son mahometanos y los franceses católicos. En su mayoría los musulmanes son morenos y los franceses son blancos. Los musulmanes sueñan en el fondo con una nación libre y propia, ser dueños de sus destinos y opinar igual como opinaban las colonias españolas de la Corona de Fernando VII en 1810. Quieren a los franceses, pero quieren más a la Independencia. Argelia es rica, sobre todo es millonaria en petróleo. Argelia puede ser una gran potencia en el naipe futuro. La colonia es vital para Francia y por eso los oficiales franceses, que ya han perdido a Indochina, se refugian en el sueño de sostener el prestigio internacional de Francia manteniendo a Argelia unida a la metrópoli. Esto plantea tres problemas: los oficiales dirigidos por Salan y Massu quieren que Argelia siga siendo francesa. Los musulmanes, entre los cuales ya asoma el F. L. N., quieren un país libre, soberano e independiente. Por último, De Gaulle ha sido llevado al poder por los primeros, pero entiende que va a tener fatalmente que ceder para impedir el feroz desangre económico que sigue a la lucha que ya se entabla contra las fuer-

zas de liberación argelina, que están tanto contra De Gaulle como contra los coroneles franceses.

Triple drama.

Es muy fácil decir en Argel: "Queremos seguir siendo franceses". Es difícil ser un político en París, con tan gravísimos problemas internos y externos, y mantener el cordón umbilical con la rica colonia. Este es el triple drama de De Gaulle. No quiere ceder, pero va a tener que ceder. Los coroneles franceses se adhieren a De Gaulle, confían en él, lo han llevado al poder, pero quieren también que la colonia siga formando parte de Francia. Finalmente, los musulmanes piensan una hora en Mahoma y veintitrés horas en la independencia. Sobre este triple frente se va a desarrollar el próximo acto que vivirá Francia. Lentamente se van dando cuenta los coroneles y generales de que el nuevo De Gaulle no es el De Gaulle con que ellos soñaban.

Mendès-France a través de *L'Express* (el semanario político de izquierda más inteligente que aparece en el país) ataca a los franceses de Argelia. El 80% de la prensa está contra De Gaulle y además contra los coroneles. Una nota afirma: "Si el gene-

ral, por estar demasiado solo y rodeado de elementos asfixiantes, no consigue realizar la revolución y la renovación que se esperan de él, ¿cuál debe ser entonces la actitud de los grupos que lo llevaron al poder?"

En busca de un dictador.

Los Comités de Salvación Pública piensan que no queda sino una solución: obligar a De Gaulle a transformarse en dictador e imponer su verdadera política de limpiar con los parlamentarios y los ex ministros que lo rodean aún como viejos fantasmas del pasado. Un corresponsal afirma: "Creer que el ejército de Argelia se ha puesto en pie sólo para presidir una alegre kermesse patriótica, es una ridiculez".

Experiencia personal.

En 1958, estando yo en Argelia en la antesala del general Salan, un periodista me aseguró: "Estos hombres han luchado durante ocho años en Indochina. Tuvieron que regresar cuando se planteó el problema del Canal de Suez y volvieron con la cola

entre las piernas porque los políticos mantienen la vieja tramoya del sistema. Si De Gaulle se impone, irán con él. Si falla, se volverán contra él". De Gaulle maniobra. Se ha creado un ala radical dentro de los coroneles alzados, que se llaman los "ultras". Esta palabra da la vuelta a Francia y va a asomar durante dos nerviosos años en todos los titulares de la prensa francesa. Los "ultras" quieren la revolución total. De Gaulle trata de calmarlos. Los "ultras" se van distanciando de De Gaulle. Los generales y coroneles de Argelia comienzan a darse cuenta de que su antiguo ídolo no es un muñeco que pueden manejar con hilitos desde Argelia y hacerlo actuar ante las bambalinas en París.

De Gaulle desconfía de los Comités de Salvación Pública. Los Comités comienzan a desconfiar de él. De Gaulle se quiere afirmar en las autoridades locales. Los Comités quieren barrer con ellas, y esto va a provocar la división definitiva.

Terrorismo.

Simultáneamente los rebeldes argelinos, que están contra los Comités y contra De Gaulle, inician una contraofensiva terrorista. Durante el mes de ma-

yo hay cuatro mil bajas. Los Comités se encuentran entre dos fuegos. Por un lado el F. L. N. y por el otro De Gaulle, que los llama a la calma. De por medio está Argelia. Los Comités van más lejos. Exigen la desaparición de la Asamblea Nacional y de los partidos políticos, pidiendo que las nuevas cédulas de sociedad sean la familia, el Municipio, las provincias, las profesiones y la patria como entidad superior.

¿Qué diferencia hay entre la bandera que agitan estos Comités con la que habían usado los camisas pardas en Alemania, los camisas negras en Italia, los camisas azules en España y las Cruces de Fuego en Francia el año 1934?

De Gaulle, que había sido acusado de fascista por la extrema izquierda, resulta que va a tener que atajar al verdadero fascismo que surge en el rostro, en los ojos y en la mueca de los generales y coroneles argelinos, que eran degaullistas en la víspera.

Fascismo.

El general Chassin, uno de los jefes del 13 de mayo, manifiesta: "Confío en De Gaulle, pero no en la gente que lo rodea". Se declara anticomunista y pide que el Partido Comunista sea declarado fuera de la

Ley. Por su parte, Pierre Poujade organiza su curioso partido para crear Comités de Salvación Pública, pero en Francia misma. En una palabra, hay tres revoluciones: los partidos políticos añejos que quieren seguir subsistiendo y que ahora pretenden usar a De Gaulle contra los degaullistas; los coroneles que quieren una especie de nacionalismo típicamente francés, y, finalmente, los elementos de derecha dirigidos por Poujade y algunos degaullistas sueltos que quieren crear un gran movimiento fascista en la metrópoli misma.

¡Solo!

Nuevamente, como Ulises, navega De Gaulle en medio de este temporal desatado. Pero le queda un arma: la televisión. Desde allí se dirige directamente al pueblo francés. Actúa con una habilidad y una inteligencia extraordinarias. Se transforma en un actor, clava los ojos en el auditor invisible a través de los millones de receptores frente a los cuales hay por lo menos veinte millones de personas escuchándolo. Usa un estilo suave y amable, y a ratos recuerda a un viejo abuelo, pero bruscamente eleva el diapasón, golpea la mesa, levanta el tono y con voz

firme remacha algunas ideas sencillas en su auditorio. Se salta ágilmente a los políticos profesionales, a los coroneles rebeldes, a los partidarios fanáticos, que son demasiado peligrosos, a los comunistas insurrectos, y a través de la pantalla se dirige al francés medio y, a través de él, a Europa y al mundo entero. Con habilidad asombrosa usa la televisión como arma, como ha usado antes los micrófonos de la BBC de Londres, las inmensas fotos colocadas en los quioscos de París y sus propias *Memorias*, que fueron un arma política más que un libro nostálgico. De Gaulle ha dado examen de política de alto vuelo y se ha sacado tres resonantes coloradas. Ahora prepara su propia Constitución. La Constitución degaullista, en la cual el poder máximo debe estar en el Presidente de la República. Aparentemente esta Constitución es republicana, pero en el fondo es de corte dictatorial y refleja con exactitud lo que en su fuero interno ha querido sin vacilar a través de veintiocho años de incansable vida pública.

Gobierno en el exilio.

Los argelinos del F. L. N. crean un Gobierno en el exilio, con lo cual se complican aún más las co-

sas. De Gaulle toma el toro por las astas, salta sobre un avión y llega a Argel, donde le reciben fríamente.

Cuando vuelve a París comienza a mover los hilos de la complicada máquina de la política nacional. Superando viejos rencores, De Gaulle se entiende con Macmillan, al que notifica que Francia está dispuesta a transformarse en una potencia atómica junto a Estados Unidos y a Inglaterra.

¿Qué pensaría Churchill del nuevo jefe de la nación vecina, del cual se reía hace catorce años cuando hablaba por los micrófonos de la BBC con un puñado de soldados detrás de él, de este político que le salía al camino y hablaba de transformar a Francia en una potencia atómica?

Argel 1958.

Este es Argel en 1958. Casitas blancas. Cocoteros. Musulmanes con fez y mujeres con velo, en las calles, igual que en *Las mil y una noches*. Un calor tórrido. Cielo azul sin nubes que hace traspirar desde la mañana hasta la noche. Amanece a las seis y el sol se pone a las diez, hora en que surge puntualmente una luna de miel, una especie de góndola veneciana, una canoa solitaria que ilumina las calles

vacías. A las cinco surge la voz del muecín en lo alto de un minarete y los musulmanes caen de rodillas con los ojos vueltos hacia La Meca.

Invitado por el Gobierno francés, visité Constantine, Bonna, Tissi-Ossu y varios otros puntos. Llegué a la parte del desierto y me tocó viajar en jeep con uniforme militar y la pistola al alcance de la mano. Reina un clima de feroz violencia. Por un lado actúan los paracaidistas que dirige ese personaje legendario que se llama Massu. El país lo dirige Salan, y yo tengo con ambos dos largas entrevistas. Tipos clásicos de héroes, de aventureros, de veteranos encanecidos en la guerra, en la Resistencia, en Indochina y ahora en el norte de Africa.

Años de sangre.

Durante seis años Argelia estará en guerra con Francia. Cuatrocientos mil hombres caerán para siempre en las calles y en los caminos, en las celadas nocturnas. Hay nerviosismo en todos los puntos. Los "parás" vigilan con sus pintorescos uniformes camuflados que parecen mapas ambulantes. Cada veinte metros hay una ametralladora lista bajo el brazo. Estallan las bombas a cada momento y se siente en el

aire la presencia de la lucha y el combate. Nos allanan más de treinta veces buscando alguna arma invisible o alguna bombita disimulada. Se vuelan los teatros, dinamitan los cabarets, estallan los plásticos en las estaciones de ferrocarriles. La muerte anda suelta por la calle. Los puentes, los accesos de la ciudad, los edificios públicos, todo está bajo la mirada de las ametralladoras y los fusiles franceses. Pero el ejército de los "fellagas" (rebeldes argelinos) que hay al frente es un ejército invisible, un ejército de sombras que no usa uniformes ni distintivos. Está agazapado en uno de los pliegues de la noche y surge por las esquinas más sombrías a sembrar el terror cuando suenan las fúnebres ocho de la noche.

Un oficial de la Legión Extranjera que nos ve llegar hasta un solitario cuartel enclavado en las montañas, igual que en las escenas de *Beau geste,* con el quepis blanco y el pañuelo colgando sobre el cuello, nos dice:

—¿Cuántos son ustedes?

—Cuatro.

—Bien. Necesitan por lo menos cuatro jeeps, dos delante y dos detrás para que los custodien. Aquí no se andan con bromas y pueden sufrir un ataque por sorpresa.

Y así recorro Argelia en un jeep, a cien kilómetros

por hora, por caminos tan bien pavimentados como los de Francia, entre montañas abruptas, bosques apretados y silenciosos, detrás de los cuáles funcionan las pistolas de los guerrilleros escondidos. En los cuartos de la Legión vemos partir a los soldados al amanecer en dirección a los montes en busca de los nidos rebeldes que les esperan en las sombras. Esta es la guerra más salvaje de la historia. Porque franceses y argelinos pelean con todas las armas y no vacilan en enterrar vivos a los prisioneros dejándoles con la cabeza afuera, y obligándolos a agonizar lentamente enterrados en un hoyo en medio de la desolación del paisaje. Es una guerra sin cuartel. Se da el caso de soldados a los que se les arrancan los ojos y a los que les cortan las retinas con tijeras. Esto lo vi yo personalmente en tres ocasiones.

Silueta de un país.

¿Cómo es Argelia?

Uno de los países más sonrientes, suaves y verdes del mundo, a pesar de estar en la antesala del Africa auténtica. El aire es suave, casi veraniego. A las ocho de la noche la ciudad cierra los ojos y sólo quedan algunos cabarets solitarios que funcionan

hasta las diez, rodeados de alambres de púas. Para echar una cana al aire, tengo que marchar entre consignas y santos y señas a través de las sombras de los "parás" que me allanan cada diez metros. A las doce de la noche Argel es un cementerio blanco y novelesco como los descritos en las mejores novelas de Pierre Loti. Bonna es una ciudad provinciana, un amable refugio de avenidas arboladas y casitas bajas en las que parece que nunca ha caminado la guerra. Sin embargo, a los diez minutos de llegar detienen delante de mí a un musulmán en plena calle y le hallan una bomba que está lista para explotar.

En Tissi-Ossu encuentro un rincón de París en medio de Africa. Un chalet blanco, alegre y acogedor. Los oficiales, vestidos de civil, parecen noctámbulos que vienen llegando de alguna fiesta. Las señoras, con largos escotes y joyas deslumbrantes, hablan de Picasso, escuchan discos de jazz o consumen el helado champaña. De las murallas cuelgan los mejores cuadros impresionistas. Civilización, refinamiento, buen gusto y esa nota que ponen siempre los franceses donde van y que los hace inconfundibles.

Allí arde la guerra. Por el camino avanza una patrulla de la Legión. Se escucha el ruido de una ametralladora y se siente sordo y lejano el rumor del cañón. El mismo árabe suave y buena persona que de día concurre al mercado o lleva a sus morenos niños a la escuela, se transforma en un combatiente nocturno que desciende como flecha de los montes para caer sobre las patrullas francesas.

Argelia tiene diez millones de habitantes, como ya lo dije. Un millón de franceses contra nueve millones de argelinos. Los argelinos se sienten grandes. De pantalón largo. Se han educado en París. Son abogados, médicos, ingenieros, arquitectos y escritores. Quieren ser libres. Este es su drama. Los oficiales que tienen al frente y a los cuales van a liquidar a balas en las celadas nocturnas, han sido muchas veces sus compañeros en los bancos de la Sorbonne. El francés de Argelia sostiene que en caso de darle la libertad, el país caerá pronto bajo el control comunista, porque está rodeado de países musulmanes que le han brindado a la rebelión su simpatía y sus armas desde el primer momento. Salan y Massu sostienen la guerra *à outrance*. De Gaulle quiere conciliar. Este es en esencia el drama.

Después del 13 de mayo los "ultras" se van distanciando rápidamente de De Gaulle, y el sector moderado es arrollado por los extremistas. En este momento llegué yo.

Tiros en la sombra.

Las colonias están invadidas de guerrilleros. Un oficial me dice:

—Habría que dinamitar montañas enteras para acabar con la rebelión. Y aún así no se sacaría nada.

Todo el país está en armas, pero cuando cae la noche se hace más solemne y más sutil. La noche es la sorpresa, el golpe inesperado, el disparo solitario, los mil recursos que usan los "fellagas" para ir pulverizando poco a poco las patrullas y los batallones aislados. Este es el drama que vivirá Argelia durante seis terribles años.

Salan y Massu quieren que Argelia siga siendo francesa.

Ben Bella la quiere totalmente libre e independiente. Detrás de él está Nasser en Egipto, y detrás de Nasser, Rusia y el comunismo. Entre estas alas extremas se mueve De Gaulle. Un De Gaulle que pretende que ambos bandos deben ceder algo.

Desangre.

La guerra cuesta millones de francos y miles de vidas a cada momento. Es un desangre, una feroz represa rota y un dique dinamitado que le va entregando a Africa las mejores reservas de la juventud francesa y de la economía del país, que apenas viene saliendo dificultosamente de la guerra mundial.

De Gaulle es un político. Esto hay que entenderlo antes que nada. Está a la cabeza de Francia. Tiene que mirar primero hacia los cuarenta millones de franceses y operar en el plano internacional sutilmente para amarrar alianzas y establecer contactos.

Maniobrando.

De Gaulle no es un explosivo ni un apasionado. Trata de ser frío, pero comprende que su papel es demasiado importante y se estira sobre su propia larga y quijotesca estatura. Su política en el futuro tiene que ser: ceder hábilmente, entregar de a poco, maniobrar entre los oficiales que aún le son adeptos —pero cada día menos— y los rebeldes que están armados de punta en blanco y que operan simultáneamente en Argelia y París. Este es su drama. Su

feroz drama hamletiano de ser o no ser. Y sobre todo ser o no ser el primer conductor de Francia que en los últimos cuarenta años quiere ser algo.

Un periodista resume el problema con esta frase: "El Ejército obedece a Salan, y Salan obedece a De Gaulle". Los políticos se mueven con perspicacia, y a medida que De Gaulle se va separando del ejército del Africa, ellos ocupan con velocidad felina los puestos que dejan vacantes. Parece que el espíritu de la Tercera República —ese espíritu apolillado, lleno de telarañas, de sutilezas de salón y charlas de cafés— se va a apoderar de la recién nacida Cuarta República. Mientras tanto el F. L. N. opera en París y trata de desbaratar los planes conciliatorios de De Gaulle. Los "parás" dicen: "O todo o nada". Los argelinos contestan: "Todo o nada". La opinión francesa, razonadora, lógica, fría y desprovista de apasionamiento enfermizo, apenas se atreve a decir: "Algo". Y ese "algo" tiene que traducirlo De Gaulle en hechos prácticos.

Guerra a muerte.

Bombas en París. Bombas en Argelia. Bombas en Marsella. Bombas en Bonna. Peligro en los "metros".

Tiros en las calles solitarias de la capital, de las provincias y de lo que queda aún del imperio. De Gaulle prepara su juego a largo alcance. Escribe de su puño y letra pidiendo poderes para reformar la Constitución. Para tener las manos libres y operar en todos los frentes sin la mirada de ratón asustado de los diputados y ministros. De Gaulle plantea un mandato presidencial de siete años. El Jefe del Estado nombrará al Jefe del Gobierno. Según el decisivo artículo 14, al Presidente se le conferirán poderes absolutos en circunstancias extraordinarias. Con la nueva Constitución desaparecerán los votos de confianza y los Gobiernos sólo podrían ser derrocados por un voto de censura. En una palabra, Francia pasaría a ser una República Presidencial. Es el primer paso hacia la dictadura, pero hacia la dictadura legal. Con el proyecto de Constitución en la mano, De Gaulle inicia una fabulosa campaña de propaganda. Vuela hacia el Africa Occidental francesa, habla en las tribus, recorre punto por punto. Lanza discursos improvisados bajo el sol tórrido del Africa, ante negros y blancos, preparando el Referéndum decisivo del 28 de septiembre.

Pero ya empieza a tropezar con dificultades. En algunas partes, por primera vez, encuentra rótulos escritos toscamente a mano que dicen: "De Gaulle:

vete a casa". En Dakar le insultan a la pasada. Aparecen carteles pegados en la noche que le amenazan con la horca y lo tratan de traidor. Simultáneamente el F. L. N. siembra el terror en todas las calles de Francia. *Paris-Presse,* con la vieja técnica sensacionalista de la prensa francesa, dice que "detrás del F. L. N. están Alemania Federal y los últimos nazis". Pero hay algo más grave aún: medio millón de africanos viven trabajando en Francia. Son obreros morenos y con el pelo como quisca, los ojillos blancos y las manos nerviosas que se agazapan en medio de la noche y disparan sobre los soldados y los *flics.*

La red siniestra.

Existe una verdadera red perfectamente montada de pequeños hoteles, casas de pensión, bohardillas que cuentan con un servicio de radio y un equipo completo de autos, motos y ciclistas que se mueven por París a una velocidad fulminante, sembrando la alarma, el terror y minando el terreno a De Gaulle. Porque lo trágico del general es que los dos bandos lo combaten por igual y que el único amigo que le va quedando es el buen sentido popular, que odia las bombas, desprecia las maniobras parlamentarias

y se ríe de los votos. Una mezcla de patriotismo con nacionalismo. Un sombrío pero lúcido orgullo de ser francés, fuerte y libre al mismo tiempo.

Se detiene a más argelinos. Se vuelan unos depósitos de gasolina en Marsella. Por su cuenta y sin consultarle a nadie, De Gaulle promete la libertad a los pueblos africanos.

Sus amigos más íntimos dicen que ha llegado más lejos que el propio Mendès-France, que es el peor de sus adversarios. De Gaulle actúa con finura versallesca y trata de calmar a los Comités de Salvación Pública. Se habilita el gigantesco Velódromo de Invierno en París para interrogar a cinco mil argelinos al día y mantener sobre ellos el más minucioso y rígido control.

Terror total.

Por su parte, el F. L. N. se está organizando en forma perfecta. Trescientos mil argelinos trabajan en Francia, y entre norafricanos, marroquíes y tunecinos ascienden a doscientos mil, con lo cual se completa el medio millón. De ellos, cincuenta mil pertecen al F. L. N., y de ellos, a su vez, veinte mil son hombres de acción que saben manejar la bomba, la

pistola y la metralleta. Destruyen dos depósitos de gasolina que Francia tenía para dos meses en Ruán; se pierden cuatrocientos mil litros de petróleo. El F. L. N. anuncia bombásticamente, usando la proclama, el teléfono y los llamados anónimos, que va a comenzar a actuar en teatros, cines, radios, cabarets, boîtes, hoteles, hipódromos, etc. Es el terror total, y todo esto se hace para minar el futuro Referéndum. Los tiroteos se suceden día a día en París. Como si fuera poco, los comunistas, que también son enemigos de De Gaulle y que cuentan con tropas de choque, atacan a la gendarmería y se produce una feroz batalla campal.

Un "sí" desesperado.

Con la voz quebrada por la emoción, De Gaulle dice en la histórica Plaza de la República:

—Con todo mi corazón y en nombre de Francia yo os pido que respondáis "sí" el 28 de septiembre.

Llegan cinco mil soldados a las calles de París. Francia declara el estado de sitio. Los aeródromos son ocupados por el Ejército. Doscientos veintinueve cafés son clausurados. Los paracaidistas franceses, con la pistola en la mano, montan guardia en la Cen-

tral de Teléfonos y Telégrafos, y así llega el día del Referéndum.

Inmensos carteles en los caminos dicen: "¡Vota Sí..., vota No..., pero vota!" Guy Mollet expresa:

—De Gaulle no es de los nuestros, pero es el mejor de los otros.

Con el viejo enemigo.

El 13 de septiembre se entrevista con Adenauer y echa a caminar la futura alianza franco-germana. El mismo Soustelle, degaullista en la forma y paracaidista en el fondo, es víctima de un atentado. Hay tiroteos en Mosela entre franceses y norteamericanos. Francia entera está sufriendo lo indecible. Está sufriendo un baño de sangre. Dos mil argelinos son encarcelados en todo el país. Ferhat Abbas, jefe del F. L. N., anuncia, en ese trágico momento, la constitución del primer Gabinete argelino en el exilio. Miles de plásticos estallan por todas partes. La guerra argelina se desplaza hacia Francia. Se llama a quince mil policías reservistas y a las tropas acuarteladas en Alemania. El nuevo Gobierno argelino se instala en El Cairo, a la sombra de las pirámides y

de Nasser. Y su primera expresión pública es la siguiente: Declaración de guerra a Francia.

Argelia se agranda.

Una cadena de países africanos reconocen el nuevo Gobierno: la RAU, Libia, el Irak y Marruecos son los primeros. Se agregan China, Yugoslavia, Islandia, la India, Noruega. En total, treinta.

Una bomba es descubierta en la propia Tour Eiffel, que no estalla por casualidad. Hay atentados en Córcega, en París, en Colombes, en Argelia, en todos los puntos. La lucha es a muerte. Con una sola bomba quedan veinte heridos. Los diarios vienen chorreando sangre. El Ejército francés descubre quinientos cadáveres de musulmanes asesinados por su resistencia a cumplir las órdenes de la rebelión total. Casi todos están sin cabeza y con los ojos vaciados. Los comunistas lanzan trescientos militantes armados de cascos y garrotes a la calle para actuar directamente. En el fondo le hacen el juego al F. L. N. y se colocan contra el Gobierno.

En ese momento De Gaulle suspende las conversaciones, termina los diálogos, descuelga el teléfono y se refugia en la soledad de Colombey a esperar.

Victoria resonante.

El 28 de septiembre, un día suave, dulce, con cielo azul sin nubes ni sobresaltos, Francia vota y gana De Gaulle.

Diecisiete millones votan que sí, cuatro millones se abstienen y cuatro millones y medio contestan que no.

Los comunistas pierden un millón y medio de votos y De Gaulle vence en todos los territorios de ultramar en forma arrolladora.

Triunfa en la Costa de Marfil, en Sudán, Mauritania, Somalía Francesa, Martinica, Guayana Francesa, Guadalupe, Isla de la Reunión, San Pedro de Miquelón, Nueva Caledonia y Madagascar. Pero queda Argelia. Argelia es el nudo del problema. Y en Argelia De Gaulle vence una vez más en forma abismante. A pesar de todas las maniobras últimas, de los tiroteos y del terror, Argelia contesta "sí" con tres millones de votos. "No", con 115.791 votos.

Un periodista español dice: "Francia le entrega el cheque en blanco al general para que haga con ella lo que se le dé la gana".

De Gaulle parte para Argelia y recorre pueblo por pueblo para recoger instantáneamente los frutos de la victoria, desarmando a los más exaltados, cam-

biándolos de guarnición y dándoles puestos de segundo orden.

Promete repartir tierras entre los musulmanes, construir alojamientos, levantar escuelas, crear cuatrocientos mil nuevos empleos y dar cada vez mayores derechos para elegir y ser elegidos a la población musulmana.

Un oficial se atreve a preguntarle:

—¿Volverá usted, mi general, a abandonar en alguna circunstancia a las poblaciones bajo su protección como lo ha venido haciendo hasta ahora?

De Gaulle contesta rudamente:

—Yo nunca he abandonado a nadie. Estaba solo en 1940, así me mantuve y así me mantendré.

Contra los viejos amigos.

De Gaulle se decide a hacer otra maniobra, la más peligrosa y la más sorpresiva de todas. Decide liquidar a los hombres que estuvieron el 13 de mayo en favor de él. Y por otro lado corre el rumor de que entabla una negociación con el Gobierno Provisional argelino.

Disminuyen los atentados y Ferhat Abbas califica a De Gaulle de "realista, patriota y caballero".

El Comité de Salvación Pública se coloca militarmente contra De Gaulle, y ésta es su paradoja: contra él están los que estuvieron con él. Con él están los que estuvieron contra él.

¿Traición?

Visto desde lejos parece que hubiera traicionado a sus amigos y se hubiese entregado a sus enemigos. En el fondo opina como Napoleón: que la distancia más corta entre dos puntos no es precisamente la línea recta. Y que es imprescindible trazar una serie de curvas sucesivas para llegar a un objetivo, cuando ese objetivo es Francia.

Los "parás" no aguantan más. Ahora la guerra es sin cuartel, pero no contra el F. L. N., sino contra el propio De Gaulle.

Se dispara contra el general Salan, al que se le acusa de claudicar. De Gaulle, siempre jugando con todas las cartas del naipe en su mano, propone la "Paz de Francia", o sea, una especie de milagroso e increíble armisticio entre un F. L. N. que dispara y unos "parás" que contestan el fuego.

Feroz balance.

La cifra de caídos es horrenda. Han muerto hasta ese momento siete mil doscientos franceses y setenta y siete mil musulmanes. Pero lo grave es que mientras De Gaulle se quiere entender con el F. L. N., el F. L. N. no se quiere entender con De Gaulle. Porque se da cuenta de que si insiste un poco, si lanza algunas bombas más, si mata a unos cuantos oficiales y siembra el terror en París, puede forzar la mano al general y obtener la independencia total.

En la vieja cárcel de La Santé, de París, están detenidos cinco ministros del Gobierno argelino. Para darle un tono más espectacular al trágico folletín que está viviendo Francia, se declaran en huelga de hambre. Proponen tres cosas:

1.° Que Francia reconozca su independencia.

2.° Argelia independiente reconocerá los derechos de los franceses en el territorio.

3.° Si Francia reconoce la independencia de Argelia, el F. L. N. está dispuesto a su vez a colaborar con París y con el mundo occidental.

Uno de los huelguistas cae gravemente enfermo. Y el tema único de la prensa francesa es la dramática huelga de hambre que continúa. Las elecciones que

se van a realizar en Argelia son calificadas de "falsas" por los mismos argelinos.

Amenaza renunciar.

El propio De Gaulle lanza un rumor: que si siguen las cosas así, estaría dispuesto a renunciar a su cargo de Primer Ministro. Pero inmediatamente un agudo comentarista de *Le Figaro* contesta: "Lo que pasa es que De Gaulle quiere renunciar como Ministro para ascender a Presidente de la República".

En esos momentos, 23 de noviembre, se verifican las elecciones y De Gaulle, el gran ganador, el eterno vencedor, el jugador sempiterno, obtiene una nueva victoria arrolladora.

Hay veinte millones de votos. Los comunistas obtienen menos de cuatro. El resto de la izquierda, tres millones trescientos cuarenta mil; el centro, setecientos diez mil; la Unión Nueva República (partido de Soustelle), tres millones seiscientos mil; el M. R. P., casi dos millones; la extrema derecha, poco más de medio millón.

¿Por qué ha ganado precisamente el partido de Soustelle?

Porque era partidario de una Argelia francesa sin claudicaciones de ninguna especie.

Doble objetivo.

O sea, confundido amigo lector, una inmensa mayoría de franceses quería mantener a pesar de todo Argelia ligada a Francia, pero sosteniendo presidencialmente al mismo tiempo a De Gaulle.

Ahora el solitario Primer Ministro saca su última carta del naipe para asegurarse en forma absoluta el dominio del mando y anuncia su candidatura a la Presidencia de la República.

Ha pasado apenas un cuarto de siglo desde el día en que, desconocido y con una valija con sólo tres camisas caquis, una peineta y una escobilla de dientes, llegara a Londres. Entonces no tenía un centavo, ni una pistola ni un fusil. Ahora está a punto de sentarse en este sillón presidencial que se va pareciendo cada vez más a un trono. ¿Richelieu? ¿Luis XIV? ¿Napoleón?

Sólo él. Nada más que él.

Más burlas.

Las caricaturas se ensañan con el general. Lo pintan vestido de cardenal de la época de Luis XIII, con la corona sobre la peluca empolvada del Rey Sol y el bicornio del Gran Corso.

A la pregunta de un periodista, el propio De Gaulle responde: "No tengo ídolos". Pero sugestivamente hace colocar en su despacho una pequeña estampa que representa el perfil de Carlomagno.

Un diario saca cuentas y da cifras escalofriantes para demostrar lo que le significa a Francia la guerra de Argelia: tres millones de dólares al día. Y la guerra ha durado ya varios años.

Cambio de equipo.

De Gaulle sigue desarmando la máquina. A Salan se le da un cargo honorífico y decorativo. Coloca a civiles en los puestos oficiales. El futuro Presidente ha ido eliminando sistemáticamente a todos sus enemigos, sin excepción: Jouhaux, Vaneussa y Salan, y, lo que es más grave, ya piensa en Massu.

¡De Gaulle Presidente!

Ahora se grita abiertamente: "De Gaulle a la linterna".

El 21 de diciembre de 1958 se celebra la elección presidencial. Hay tres candidatos: De Gaulle, un comunista y un catedrático.

Vota el 78,5%, y De Gaulle entra al fin al Elíseo.

Es el primer Presidente de la Quinta República.

Algunos le preguntan:

—¿Se siente usted viejo?

De Gaulle contesta:

—Estoy comenzando.

Un periodista añade: "A De Gaulle se le llama, pero no se le ama".

Inmediatamente comienza a obrar con una agilidad que no parece estar de acuerdo con sus sesenta y ocho años bien cumplidos. Se entiende con Rusia y celebra entrevistas con el embajador soviético en París.

De Gaulle cambia sus colaboradores y elimina al viejo equipo. Hay que reemplazarlo por uno nuevo. La situación económica es gravísima. Especialmente en la tierra. Y los agricultores movilizan sus fuerzas contra la política del nuevo Ministro de Hacienda.

En el Elíseo.

El 8 de enero, con paso ágil y gimnástico, De Gaulle entra al Elíseo. Se entrevista con Coty y se sienta tranquilamente en el sillón que lo ha estado esperando largo tiempo.

Ya no cabe ninguna duda. La única solución lógica, por dolorosa que sea, del problema argelino, es la independencia total. Y de esto se dan cuenta, con lágrimas en los ojos, los propios oficiales. Con una mueca de pesimismo los antiguos amigos de De Gaulle (que acaban de votar por él) tienen que reconocer íntimamente la amarga verdad.

De Gaulle llama como Premier a Michel Debré, un abogado de cuarenta y siete años que era Ministro de Justicia.

Se libera a seis mil prisioneros en Argelia. A Ben Bella y a sus compañeros se les da un trato más humano y se les saca de la cárcel para enviarlos a una zona fortificada.

Son conmutadas varias penas de muerte y todo el mundo se da cuenta de que es el último puente que tiende el general a la rebelión para reconocerla en forma oficial.

¡Hay que ceder!

El plan de De Gaulle es ceder en un 80% ante la colonia para quedarse con un decisivo 20%. Es lo que él llama la Comunidad Francesa.

Debré se hace impopular y ya se grita: "¡Debré a

la horca!" Sufre los primeros atentados. Le lanzan un simbólico adoquín envuelto en un diario antidegaullista, y el nuevo Presidente empieza a realizar una política de equilibrio entre Rusia y Estados Unidos.

Se da cuenta de que ahora Francia es el eje de un posible balancín y que él, aunque pierda Argelia, puede jugar un papel decisivo en el mundo que ha surgido de las últimas bombas de la guerra.

El 5 de marzo se entrevista con Adenauer. Poco después con Macmillan. Y tiende hábilmente las dos manos, una hacia Berlín y otra hacia Londres.

Balas y bombas.

Los "ultras" lo acusan abiertamente de traidor. El F. L. N. vuelve a la carga y renacen los atentados y los tiroteos.

Los franceses continúan con los nervios tensos entre tantos disparos y tantas elecciones.

El propio Massu tiene que salir a calmar a los "ultras", que ya están abiertamente contra De Gaulle.

Por un lado se grita: "¡Argelia francesa!", por otro se contesta: "¡Viva De Gaulle!"

Pero ya en Argel suena un grito macabro: "¡De Gaulle a la horca!"

Al terrorismo negro del F. L. N. contesta el terrorismo blanco, y surgen las primeras sociedades secretas que van a formar más tarde la terrible O. A. S.

Entramos a la novela policial.

Francia, país experto en folletines, novelas por entrega, dramas espectaculares, espionaje, sectas ocultas, tiros en las sombras, etc., va a volver a los viejos tiempos de Xavier de Montepin. París es más policial que Londres. Y no hay que olvidar que allí nació el famoso Arsène Lupin, de Maurice Leblanc, y que en el siglo pasado presenció los apasionantes entretelones del famoso "Affaire Dreyfus".

Ya ha tenido a la Cagoule; ahora va a contar con los pistoleros de la Organización del Ejército Secreto.

De Gaulle planea una nueva liga internacional y piensa en un tratado franco-germano-italiano para mantener a raya a los ingleses.

Y ahora, amigo lector, entramos en otro terreno con un Presidente de la República que está decidido a seguir cediendo, mantener el orden y al mismo tiempo no entregarse a los viejos políticos y operar internacionalmente guiado por un viejo sueño im-

perial que haga volver a Francia al brillante sitio que tuvo en otro tiempo.

Entre las bombas de los argelinos, los tiros de la O. A. S., del Ejército, de la bomba atómica, las entrevistas con los jefes de Estado, los viajes a las capitales vecinas, los vuelos al norte del Africa, para mantener su escaso prestigio, van a transcurrir los próximos años de vida de De Gaulle. Los más agitados, los más dramáticos y los más importantes.

¿Qué ocurre durante todo este tiempo?

Saltémonos todos los detalles inútiles, con una política tan cambiante y llena de sorpresas como es la de Francia.

De Gaulle crece. Si alguien le midiera con una huincha se daría cuenta de que justifica ampliamente el apodo que le dieron en la Escuela: "Dos metros".

Cambio radical.

El general transforma el Ejército y lo agiliza de acuerdo con los principios y las nuevas tácticas con que soñara cuando era un desconocido coronel, hace ya treinta largos años.

Barre con los antiguos generales. Cambia oficia-

les, consigue armamentos, se entrevista con Eisenhower, destituye al jefe del Estado Mayor, viaja a Londres, revista sus tropas, y continuamente se entiende con Francia a través del más sutil, del más eficaz y efectivo de todos los organismos que se hayan inventado: la TV.

Y el buen francés en su casa, en los bares, en las oficinas, en los viejos castillos, en los cuarteles, en los *bistros,* en las escuelas, escucha unas palabras que lo van convenciendo lentamente de que el único que tiene la razón es él.

Un diario lo acusa de "General Moi", porque frecuentemente sus discursos comienzan con la breve y elegante palabrita, que indica, no la vanidad personal del general, sino el valor que él mismo se da.

Parten los amigos.

Pierde rápidamente a sus mejores camaradas.

El propio Bidault, el hombre número dos de la Resistencia, se encuentra resueltamente en el bando opuesto. Salan fue destituido. Massu ya está contra él. El general desfila por calles y caminos entre carteles que le acusan cada uno a su manera y desde su punto de vista.

Con los ojos afiebrados lee: "¡Abajo el colonialista! ¡Fuera el dictador!"; y al frente otro que dice: "¡Muera el liquidador del 13 de mayo!"

Sus más violentos enemigos hay que buscarlos entre los que fueron sus mejores amigos. Y aun en el propio Soustelle, que sostiene aún que Argelia debe continuar siendo francesa.

Las malas noticias surgen como pequeñas nubes que se van acumulando en el horizonte y que revientan sobre París.

Sudán y Senegal se separan de Francia. Guinea se fue hace un año. Nigeria y Camerún se hacen libres en 1960, y sólo queda Argelia, la última piedra preciosa de la antigua corona imperial que lucieran orgullosamente los reyes de Francia, el viejo sueño de Luis Felipe, la niña regalona de Napoleón III, los morenos héroes que pelearon junto a Francia en la guerra del 14 al 18, los soldados en la contienda del 39 al 45.

¿Liquidador?

Un editorialista escribe con una gravedad dolorosa: "Por amargo designio de los dioses, De Gaulle es el liquidador de la Gran Francia".

Los argelinos siguen usando bombas plásticas. Pe-

ro ahora se encuentran al frente de ellos unos nuevos combatientes que actúan de noche, que hablan por teléfono, que se apoderan de las radios, que hacen volar las salidas del "metro", que asesinan agazapados en los pliegues de la madrugada y se esconden tras unas fúnebres siglas que van a dominar durante tres años la prensa francesa: O. A. S. (Organisation de l'Armée Secrète).

Pero falta algo más para darle a la Francia policial y detectivesca su verdadero perfil. Y entonces surge una nueva organización más secreta aún, que está vestida con el novelesco uniforme de todas las sociedades misteriosas que han poblado la afiebrada imaginación del país: la Mano Roja.

Y entre la O. A. S., el F. L. N. y la Mano Roja viven los pobres cuarenta millones de franceses y los diez millones de habitantes de Argelia.

De Gaulle no se inmuta. Pensando siempre en el prestigio internacional de Francia, invita a Nikita a París, con lo cual se abre el camino a Moscú y sobresalta a Estados Unidos.

"¡A la horca!"

En Argel los gritos estallan con una fuerza inesperada, detrás de lo cual ya asoma claramente el perfil

de la guerra civil: "¡De Gaulle a la horca! ¡El Ejército al poder!"

Algunos se preguntan dónde está la política de grandeza de Francia que pretendía hacer De Gaulle.

Pero un comentarista de radio, mucho más sutil que los anteriores, explica con ese sentido sintético de los franceses lo que hay en el fondo: "Argelia ya no le sirve a Francia con el desangre que significa la guerra civil. Francia puede operar en plano mundial, en una forma mucho más hábil, más certera y eficaz. De Gaulle no es un sentimental. Es un estadista".

Una vieja solterona, típicamente parisiense, de esas eternamente vestidas de negro, gruñona y de mal genio; con el inseparable bolso en la mano y la *baguette* bajo el brazo, se pregunta ante un grupo de periodistas:

—¿Tiene corazón el general De Gaulle?

Un reportero le contesta:

—Tiene más que corazón. Tiene cerebro.

¡Fuera Massu!

Faltan más víctimas.

De Gaulle elimina a Massu. El más combativo, el

más fiel, el más entusiasta, el más decidido de los hombres del 13 de mayo.

Con la vieja lógica de los franceses, que no pueden olvidar su revolución, se levantan las primeras barricadas en Argelia el 23 de enero de 1960.

Yo vivía en ese tiempo en Madrid. Y me di cuenta de que estaba a punto de estallar el polvorín.

Durante tres días le insistí al director del diario *Pueblo,* Emilio Romero, para que me enviara como corresponsal a Argel. De acuerdo con mis últimos datos personales, sabía que el golpe decisivo contra De Gaulle se estaba preparando a la sombra de los minaretes y que estallaría en unas horas más.

Convencí a Romero, y llegué el mismo día de la revuelta.

El aire estaba lleno de pistolas, fusiles y puñales.

Habían caído dieciséis muchachos en la calle, y Lagaillarde, el glorioso oficial de Indochina, el diputado de De Gaulle ante la Asamblea Nacional, el héroe de la juventud francesa, un muchacho delgado, rubio y con perita de mosquetero, iba a alzar, en compañía de Joseph Ortiz, la bandera de la insurrección.

Durante tres días viví el clima de la revuelta y tuve que caminar sorteando barricadas y alambres de púas.

Estuve alojado en la casa del corresponsal de *Le Figaro* en Argel, y pudimos salir en la noche en su auto, sólo gracias a la placa que decía "PRENSA".

Sonaban tiros por todas partes y el ambiente estaba infectado por el clima de la rebelión armada.

Ya no se trataba de frases más o menos líricas ni muecas de desaprobación. Era la revolución contra De Gaulle, hecha por los revolucionarios que habían apoyado al general en el movimiento del 13 de mayo de 1958.

Pero para llegar al drama mismo, hay que volver rápidamente algunas hojas del calendario, leer el libreto y encender las luces del escenario.

El 23 de enero los europeos levantan barricadas en las calles. Rompen las proclamas que exigen, en nombre de De Gaulle, que se mantenga la calma. Los volantes son lanzados por helicópteros del Ejército.

Esta vez los "ultras" no hablan. Empuñan metralletas, pistolas, antiguas carabinas, viejas escopetas de caza, puñales, cuchillos. Todo lo que hay a mano.

Los hombres en las barricadas y el clima de la insurrección parecen una página arrancada de los libros de Lamartine. Las barricadas de Argel son nietas de las de París en 1830 y 1848.

Sangre y más sangre.

En un mundo con bombas atómicas y metralletas, Argelia vive una revolución romántica que le habría encantado describir a Victor Hugo.

Se parte con veinte muertos. El diario *L'Echo d'Argel* dice: "La sangre corre por las calles". Toda Argelia es un polvorín. La huelga resulta en un ciento por ciento. Y dos mil rebeldes atrincherados en las barricadas se exponen a morir o a matar. El jefe intelectual de los rebeldes es Joseph Ortiz. El líder militar es Lagaillarde.

Joseph Ortiz habla por radio y dice:

—Las mujeres y los jóvenes que ayudan a los hombres en las barricadas deben abandonarlas. Sólo deben permanecer allí los varones que sepan disparar.

El día martes 26 de enero de 1960 es un día decisivo. Por disciplina, el Ejército, que tiene que serle fiel a De Gaulle, no solidariza abiertamente con los rebeldes, con los cuales está sin embargo de acuerdo en el fondo.

De Gaulle contesta desde París: "Ojo por ojo, diente por diente. El que se levanta contra mí, se levanta contra Francia. No tendré contemplaciones".

Es la primera vez que el sombrío y calmado general usa este lenguaje para hablar a los franceses.

No se trata de Pétain, no se trata de Laval, no se trata del Gobierno de Vichy, no se trata de los alemanes, no se trata de los comunistas del FT. Ahora se trata de los mismos muchachos que hace dos años exactos lo llevaron a él al poder.

Como si fuera poco, el F. L. N., perfectamente uniformado y expectante, vigila en las montañas esperando el momento oportuno para jugar su verdadera carta.

La gran arma: la TV.

Simultáneamente De Gaulle, después de mucho tiempo y por primera vez desde que es Presidente de la Quinta República, se saca el frac, deja el traje de calle, le da un beso en la frente a Yvonne y llega a la televisión para hablar con su uniforme de general francés. Este es su último recurso psicológico para demostrarle a Francia que va a actuar como general, con las armas en la mano contra los oficiales franceses rebeldes.

Un agudo periodista de *Le Monde* escribe: "De Gaulle dijo: "Francia ha perdido una batalla, pero

no ha perdido la guerra". Ahora podría decir: "Francia ha perdido todas las batallas y además ha perdido la guerra de Argelia".

Como si no fuera bastante, el general envía un ultimátum pidiendo la rendición incondicional y moviliza a los territoriales de Argelia, que son civiles armados y los encargados de tomar por asalto las barricadas.

Ortiz huye a última hora a España y aterriza en Barcelona.

"El hombre de la bandera".

Lagaillarde —y esto lo vi yo personalmente— sale de la Facultad de Derecho de la Universidad de Argel, de uniforme, con la típica boina y la bandera tricolor en la mano. Desde ese momento se le llama "El hombre de la bandera", y a su paso, franceses, musulmanes y, lo que es más grave, los propios oficiales que le han detenido, se le cuadran respetuosamente.

Pero si Lagaillarde fracasa en Argelia, Bidault se encarga de defender a los rebeldes en la Asamblea Nacional con un brillante discurso.

De Gaulle contesta, con los poderes excepcionales,

de acuerdo con el artículo 15 de la nueva Constitución.

Se liquidan todas las organizaciones nacionalistas, fascistas, pro Argelia francesa, y todas las sociedades secretas, sectas y organismos que se oponen a su política.

Funciona la escoba.

Y así desaparecen el Frente Francés, el Movimiento Popular 13 de Mayo, el Movimiento por la Instauración de un Orden Cooperativo, el Movimiento Nacionalista Estudiantil, el Movimiento de Resistencia y Protección, y el Comité de Enlaces de los Movimientos Nacionales.

El propio Soustelle, su Ministro de Información hasta hace muy poco, intelectual de primera línea, gran jefe de información y propaganda que tiene De Gaulle —el otro es Malraux—, es destituido.

El ex ministro escribe una lacónica carta en la cual dice: "Quedo excluido del Gobierno con los aplausos de aquellos que nunca me han perdonado la parte que tomé en la fundación del nuevo régimen, y por mi adhesión al inquebrantable general De Gaulle".

El 13 de marzo de 1960 De Gaulle saca una carta internacional para barrer con todas las pequeñas cartas nacionales. Supera los conflictos internos, los tiros y las muertes de Argelia y la última represión. Y sin el visto bueno de nadie, contra la opinión de todo el mundo, hace estallar la bomba atómica en el Sahara.

El juego del general De Gaulle es abiertamente contradictorio. Por un lado parece ceder. Por el otro afirma: "No habrá otro Dien Bien Phu en Argelia. La insurrección no nos expulsará".

Cree poder asustar al F. L. N. Pero éste no se da por aludido y sigue haciendo estallar sus plásticos.

El gordo Nikita.

El 23 de marzo llega Nikita a París acompañado de su esposa y su hija. El séquito es igual al que llevó a Estados Unidos.

En el fondo Nikita quiere entenderse con Francia para lanzarse sobre Alemania.

Protocolarmente, y de acuerdo con la buena educación y los finos modales, el pueblo francés recibe al jefe ruso.

Nikita recibe algunos gritos aislados que dicen: "¡Asesino! ¡Budapest!"

Pero en general el recibimiento resulta simpático y amable, como todo lo que organizan los franceses cuando quieren caerle bien a alguien.

El jefe soviético vuelve a atacar al obsesionado militarismo alemán, e insinúa una alianza de Rusia y Francia.

De Gaulle se sonríe, pero piensa en el fondo que puede jugar con otra carta simultáneamente: entenderse él mismo con Berlín para ser mucho más fuerte ante Nikita.

Un diario dice: "El general está aprendiendo picardía, como los viejos políticos de la Tercera República".

Para impresionar más a Nikita, y mientras conversa amablemente y le ofrece una copa de su más viejo coñac, hace estallar la segunda bomba atómica en el Sahara.

El resultado es que Nikita lo invita a Moscú.

A Londres.

De Gaulle sigue su intensa actividad diplomática. Salta el Canal de la Mancha y va a ver a la Reina de Inglaterra. Con la habilidad de un antiguo tejedor va enhebrando la más fina y delicada red en favor

de Francia a través de todas las capitales europeas. Una sonrisa indefinible ilumina los labios del Presidente de la Quinta República al caminar por las calles del mismo Londres en medio de gritos y ovaciones, recordando esa otra llegada de hace veinte años justos, cuando descendió de un avión en medio de la niebla para tomar un micrófono y llamar a su país a las armas.

En ese tiempo lo despreciaban. No lo tomaban en cuenta. Lo hacían a un lado o le entregaban despectivamente un micrófono.

Ahora recibía el aplauso cerrado de todo el país.

El F. L. N. anuncia que los chinos —esos misteriosos objetos de marfil con los ojos tirantes, gorras militares, chaquetas azules y zapatillas— están dispuestos a apoyar la causa argelina.

Esto es grave. Muy grave.

Esta es la guerra en otro frente.

China es aliada de Rusia, lo que quiere decir que la amable y sonriente visita a París no sirvió para nada.

En busca del Tío Sam.

Como solución, De Gaulle busca la ayuda norteamericana.

Al poco tiempo desfila por las calles de Nueva York entre papel picado y gritos estentóreos.

Este triple triunfo diplomático lo hace ganar puntos en su país y a la vuelta es recibido en triunfo.

Ferhat Abbas también se pone conciliatorio y decide ir a París a entrevistarse con De Gaulle. En el castillo de Melum, desde el 24 de junio al 28, conversan animadamente.

Y de nuevo De Gaulle baraja el naipe.

Para defenderse de la acción de los "ultras", sus viejos y leales ex compañeros, que están ahora en el bando opuesto, tiene que volverse rápidamente hacia la izquierda y pide el concurso de socialistas y grupos chicos a través de Guy Mollet.

El F. L. N. lanza su último salvavidas.

Propone que sean las Naciones Unidas las que hagan un Referéndum para ganar su independencia.

A De Gaulle no le gusta la idea y trata de hacerse hábilmente a un lado.

Guerra de manifiestos.

Ciento veintiún intelectuales franceses, la flor y nata del pensamiento galo, firman un manifiesto contra la continuidad de la guerra, y piden a la ju-

ventud que no tome las armas y desobedezca al Gobierno de De Gaulle.

En primera fila están Sartre y su mujer, Simone de Beauvoir, y otros que son los regalones de la extrema izquierda.

De Gaulle arrasa con las oficinas de los diarios y revistas en que se reúnen.

La zona ultrapatriótica de Francia responde instantáneamente al manifiesto de los intelectuales de izquierda, y diez mil ex combatientes, en medio de un bosque de banderas tricolores, desfilan por los Campos Elíseos, para decirle a la *élite* francesa que están listos y en sus puestos, para barrerlos si es necesario y salvar el honor de Francia.

Simultáneamente otros doscientos sesenta intelectuales contestan el manifiesto de los ciento veintiuno, y declaran que se puede escribir con finura y delicadeza usando el talento y la cultura, y al mismo tiempo ser íntegramente franceses.

"¡Muera De Gaulle!"

En Argelia sube la marea en forma vertical.

En los mismos días que se ventila en los tribunales el proceso a Lagaillarde, el jefe de la rebelión de

las barricadas y el hombre de la bandera, se grita en las calles: "¡Muera De Gaulle! ¡Salan al poder! ¡Libertad para Lagaillarde!"

La policía ataca. Le contestan con tomates y piedras.

El viejo mariscal Juin envía una carta a un periódico, en la cual se queja doloridamente de los sucesivos virajes de De Gaulle, su amigo de toda la vida y su ídolo, que está abandonando a la noble Argelia francesa.

¡A la Sexta República!

Joseph Ortiz, desde Bélgica, lanza un manifiesto pidiendo lisa y llanamente la constitución de la Sexta República. Subraya que debe ser anticomunista, solidaria con el pueblo oprimido, y nacional. Y agrega amenazadoramente: "En nombre de ellos estamos dispuestos a salirnos de la legalidad para entrar en el campo del verdadero derecho".

Mientras tanto los jueces condenan a Lagaillarde. El público se pone de pie y canta *La Marsellesa*. Esa *Marsellesa* es simbólica. Es la misma de 1789, en la Revolución del Imperio y la guerra del 70; la del 14 al 18, la de la Resistencia, la de la Liberación, la

de Indochina y la de Argelia. Recuerda un poco a esa electrizante *Marsellesa* de la película *Casablanca,* cuando una muchacha de cabaret con el rostro color cera y los ojos llorosos en un pobre cabaret de la ciudad africana, se coloca junto al piano entre dos despectivos e insultantes oficiales nazis de ocupación, y comienza con la voz baja, en tono casi religioso, a tararear los versos inmortales de Rouget de Lisle.

Los que asisten a las secciones del tribunal fueron fanáticos degaullistas. Ahora son sus fanáticos enemigos.

Otro golpe.

De Gaulle prepara un golpe espectacular.

Proyecta un Referéndum definitivo en Argelia para enero de 1961.

Vuela allá en avión, pero le reciben con insultos y gritos. De Gaulle está deshecho en apariencia. Sin embargo, en el fondo, como siempre, con lucidez típicamente francesa, usando el silogismo y la lógica, prepara una nueva victoria. Habla por televisión y declara rotundamente:

—Argelia será argelina y formará un Estado, con

Gobierno, Constitución y leyes. Después la población tendrá que decidir si está con Francia o sin Francia.

Toda la alta oficialidad del Ejército protesta del Referéndum.

El 8 de enero de 1961, contra la opinión general de los más brillantes oficiales, de los más activos combatientes, de los héroes de Indochina y de las calcinadas arenas del Africa, se realiza el Referéndum.

¡Más victorias!

De Gaulle gana nuevamente. Los resultados arrojan las siguientes cifras:

1.747.305	—	Sí.
781.922	—	No.

Esta vez los "ultras" del F. L. N. consiguieron el 40% del resultado total, usando el arma de la abstención.

En Francia los resultados son abismantes:

De Gaulle recibe quince millones de votos contra cinco millones de sus adversarios.

Ahora el general está libre para negociar directamente con Ferhat Abbas. Pero ya la marea del des-

contento militar contra De Gaulle llega al máximo. Entiéndase bien que este descontento es sólo de una minoría. Pero de una minoría audaz, decidida y vigorosa, que está dispuesta a usar las armas en cualquier momento. Que ha nacido en el cuartel, que sabe manejar la pistola, la metralleta y la bomba, que ha pasado por la Resistencia, Indochina y Argelia.

La otra Francia.

La inmensa mayoría, tranquila y apacible, aunque no le gusta, accede sin ganas. Admite sin entusiasmo y con una mueca de desagrado entre los labios que se entregue Argelia a los argelinos.

Pero esa inmensa mayoría no actúa directamente; no conoce el manejo de las armas, no es amiga de la noche ni de la emboscada, desconoce las celadas y los tiros dados en la nuca en el momento oportuno.

Ahora que los "ultras" se dan cuenta de que De Gaulle está a punto de entregar definitivamente Argelia a los argelinos, y que nunca más la bandera tricolor flameará en la plaza de Forum, y que no se volverá a cantar *La Marsellesa* puntualmente el 14 de julio, se lanza sencillamente al terrorismo, y la temida O. A. S. entra de nuevo en acción.

Lo curioso es que la O. A. S. está calcada de los moldes del F. L. N. Con la única diferencia de que entre ambos existe una guerra sin cuartel. A muerte. Y que va a sembrar de cadáveres y heridos todos los caminos de Francia y lo último que queda de su imperio en el norte de Africa.

Terror en París.

La O. A. S. inicia sus manifestaciones colocando una bomba en el diario *Le Monde,* que es conciliador. Hace estallar otra en la boca de un "metro". Vuela un cine. Hieren desde un auto a dos policías. Lanzan una ráfaga de ametralladoras contra un cuartel. Usan el teléfono para realizar una atroz guerra psicológica, sembrando el miedo y la nerviosidad entre los partidarios de la entrega de Argelia a los rebeldes. La O. A. S. tiene toda la técnica policial que les encanta a los franceses. Su reino es la noche y su arma es la engrasada pistola que dispara desde las sombras sin dejar huellas ni tarjetas de visita.

Guerra a muerte.

La O. A. S. procede con una celeridad fulminante. Vuelan el Consulado norteamericano en Argel. Ma-

tan a Camille Le Blanc, alcalde de Evian. De Gaulle contesta reuniendo a los periodistas y les dice:

—La dominación colonial ha muerto.

Yo estuve en esa entrevista. Fui uno de los doscientos periodistas que tomaban nota infatigablemente en su libreta de las decisivas palabras del Presidente de la Quinta República, mientras resonaban aún en las calles los estallidos de los plásticos que había lanzado la O. A. S. hacía sólo media hora.

De Gaulle era un hombre fatigado. El cabello estaba blanco y le habían surgido arrugas nuevas. Los ojos cansados se pasearon lentamente sobre el semblante de esos doscientos corresponsales que llevarían la noticia a todos los ámbitos del mundo.

El general tomó pausadamente un vaso de agua y continuó:

—Retiraremos a nuestros compatriotas de Argelia si los argelinos no quieren seguir con Francia. Y les devolveremos a los argelinos que viven en la metrópoli.

Era la última amarra que se cortaba.

La respuesta estalla como una caldera: Argelia y Orán se levantan contra París. Pero esta vez es el Ejército el que se pone al frente de la rebelión, y está encabezado nada menos que por el general Challe. Los segundos son los generales Zeller y

Jouhaux, que estaban a su vez en contacto con el general Salan. Ahora no son barricadas estudiantiles, proclamas ni bombitas de fabricación casera. Ahora es la revolución: Argelia contra Francia.

El grito de batalla es: "¡Argelia no ha muerto! ¡Viva Argelia!"

Los jefes de De Gaulle son detenidos. El Ejército se ha hecho cargo de todos los puntos claves mientras la O. A. S. funciona instantáneamente en Francia lanzando miles de proclamas con el grito de: "¡Viva la Sexta República!"

A la toma de París.

Los generales alzados detienen a los propios delegados de De Gaulle. Se espera de un momento a otro el desembarco en París de los paracaidistas. Se llama a la Legión Extranjera y se bloquean las carreteras. La capital francesa no duerme esa noche. Al atardecer el sol se pone sobre un Sena color sangre...

El público hace cola frente a las enormes pizarras de los diarios, donde se suceden con velocidad asombrosa las noticias. La radio emite comunicados cada cuatro horas. Hablan De Gaulle, Debré y varios je-

fes del Gobierno, haciendo un desesperado llamado a la calma, pero no hay caso.

El Partido Comunista se mueve con agilidad diabólica. Lanza la consigna de armar las milicias populares para atajar el fascismo. Y esta vez ocurre una nueva paradoja. El general, acusado de fascista, va a ser defendido por sus peores enemigos: los comunistas.

Doloridamente De Gaulle habla por televisión y pide con voz quejumbrosa que le ayuden. Esta sola palabra: "Ayudadme", dicha con la voz de este anciano de pelo blanco, vestido de uniforme, que toca los resortes más íntimos del corazón de miles de espectadores que le contemplan en las casas, en las calles, en los cafés, en los clubes, va a ganar una batalla sin disparar un solo tiro.

Poderes totales.

Francia se alinea junto a De Gaulle y le cierra el camino a la insurrección. Entra a funcionar el artículo 16 de la Constitución y se entregan todos los poderes al general.

Este actúa ahora como militar. Con papel y lápiz suma rápidamente los efectivos con que cuenta: tro-

pas en Bizerta, tropas en el Sahara, tropas en Alemania; la Marina y la Aviación.

Muy sencillo. El Gobierno tiene las armas claves. La insurrección es una minoría audaz, temeraria, bien organizada, decidida y entusiasta, pero minoría de todos modos.

Mientras tanto el jefe de la rebelión, el general Challe, saca las mismas cuentas, y advierte que está perdido, y se rinde al día siguiente sin condiciones.

¿Qué pasa en el fondo?

Que De Gaulle, lo mismo que había hecho en los días de la Resistencia y en el caso de Darlan, dio orden de que la Escuadra que estaba anclada en Tolón bombardeara Orán sin contemplaciones.

Los "ultras" acusan a Challe de traidor. Pero ya la tensión afloja y De Gaulle ha ganado una nueva batalla en los momentos mismos en que los buenos parisienses alzaban la vista hacia el cielo, creyendo que en cualquier segundo iban a descender como pájaros armados de ametralladoras los temibles paracaidistas.

Un micrófono había sido capaz de vencer a miles de oficiales, a una organización terrorista y sobre todo a un sentimiento nacional que dominaba a una fracción del país.

Este viejo, este anciano de voz dulce que puede enronquecerse cuando quiere, este buen abuelo, este veterano que ya ha llegado a la curva de los setenta años, ha derrotado a los ágiles oficiales, a los decididos soldados, a los terribles "parás" y a los aguerridos legionarios.

El 20 de mayo en la ciudad de Evian se inician las conversaciones definitivas para el arreglo con los argelinos. Mientras tanto se condena a quince años de prisión a los generales Challe y Zeller, y a muerte a los tres fugados: los generales Salan, Gardy y Jouhaux.

El F. L. N. no está satisfecho a pesar de todas las concesiones que se le han hecho y ordena la huelga general y un desfile que termina con cien muertos y cuatrocientos heridos.

Mientras se conversa en Evian, Bourguiba exige secamente a Francia la devolución de la base militar de Bizerta. De Gaulle no se asusta y contesta que no piensa ceder ante la presión del señor Bourguiba, y da una orden sensacional: que los paracaidistas de la Legión Extranjera argelina, que habían sido castigados por participar en la rebelión, ataquen a

los tunecinos. Y en cuarenta y ocho horas los liquidan.

Bombas contra De Gaulle.

En ese momento hacen estallar la primera de una larga serie de bombas contra el general De Gaulle. Ahora no son proclamas, ni discursos ni rebeliones en las barricadas, ni guerra civil. Ahora se dispara físicamente contra él y se le quiere matar por todos los medios posibles.

Cerca del pueblo de Grance, a cien kilómetros de París, estalla una bomba inmediatamente después que pasa su coche. Se salva por milagro.

Los ministros llegan rápidamente a la casa de Colombey-les-deux-Eglises. Un De Gaulle pálido pero sereno contesta:

—Habría preferido mil veces una muerte así, en medio de un fuego de artificio, que de un ataque de apoplejía en una reunión de gabinete.

Pero el general antes que nada es un político y un propagandista genial que actúa con más sutileza que sus más brillantes colaboradores. Y por esto mismo aprovecha políticamente el efecto sentimental del fallido atentado, y se da cuenta de que el país entero sin excepción se colacará ahora junto a él.

Victoria sentimental.

Tiene razón.

La opinión pública se vuelca en masa en favor suyo. La prensa que estaba en contra de él se ubica abiertamente a su lado. La policía recibe orden de tirar a matar en el caso de la O. A. S. En Argel también estallan las bombas y corre la sangre. El comisario de la policía Alexis Goldemberg cae bajo los tiros de una ametralladora mientras convalecía en una clínica y se le coloca sobre el pecho la más trágica de las condecoraciones: las tres letras "OAS".

No falta quien cree que De Gaulle puede morir en cualquier momento y ya se hacen cálculos sobre su sucesión.

La O. A. S. utiliza miles de recursos callejeros para dar la impresión de que es mucho más fuerte de lo que es en realidad.

Detiene el tránsito, toca miles de bocinas, al mismo tiempo que lanza plásticos dejando caer proclamas desde el cielo. Dibuja cruces de Lorena en los cerros con efectos misteriosos que se apagan al llegar la policía. Se envían toneladas de anónimos a los diarios. Queman los buzones con cartas. Usan emisarios clandestinos y asaltan los estudios de televisión.

El clima vuelve a ser tenso y se espera una nueva insurrección. Esta vez en tres frentes: De Gaulle contra la O. A. S., la O. A. S. contra De Gaulle y el F. L. N. contra ambos.

Detenciones en masa.

Se detiene a miles de argelinos y éstos contestan declarándose en huelga de hambre. Se mata a musulmanes en las calles de París y se lanzan sus cadáveres al Sena. Son allanados los hoteles de la "Rive Gauche". La guerra civil parece nuevamente inminente.

Para completar el cuadro, la extrema izquierda, que apoyó a De Gaulle para detener el fascismo de los "parás", y que simpatiza en el fondo con la causa del F. L. N., silba a De Gaulle en Marsella.

Ben Bella sigue en huelga de hambre desde hace diez días. Los países árabes se levantan como tromba en favor de los detenidos. La huelga de hambre se prolonga once, quince, dieciocho, veinte días. La situación es trágica. Llega una comisión a hablar con De Gaulle y pide la libertad para los prisioneros. Triunfa Ben Bella con su sistema de no abrir los labios ante un plato de sopa, y es internado en una sala de convalecientes.

De Gaulle tiene setenta y un años. Una bomba vuela la casa donde nació, en la ciudad de Lille. Vuelan un buque de transporte con minas colocadas por hombres ranas. La izquierda —socialistas y comunistas— decide formar milicias para luchar en la calle contra el Ejército Secreto. O sea que ahora se dispara por encima de De Gaulle. La O. A. S. por un lado, y el F. L. N., con comunistas y socialistas, por el otro.

De Gaulle no se anda con chicas y califica de "grupo criminal" a la O. A. S.

Ciento veintisiete musulmanes mueren en un solo día en una lucha campal entre la O. A. S. y el F. L. N. en Argelia.

Tirotean la fachada del Partido Comunista. Colocan una bomba de plástico en el propio Ministerio de Asuntos Exteriores, dejando un saldo de un muerto y quince heridos.

Se raptan a un diputado y colocan la bandera del grupo terrorista en la cárcel de La Santé.

De Gaulle está dispuesto a proceder con mano de hierro en los dos frentes simultáneamente. Liquidar de una vez por todas las conversaciones con los argelinos y barrer con la O. A. S.

Esta contesta con una nueva proclama, en la cual anuncia en forma concluyente la próxima toma del poder.

Durante estos últimos cinco años Francia vive un estado más que neurótico, febril. A todas las asonadas anteriores va a seguir la revolución.

Cinco compañías especializadas contra los motines y técnicas en la represión callejera refuerzan a la gendarmería de París. Los presos de la O. A. S. se amotinan y hay que reducirlos con gases lacrimógenos.

En ese momento decisivo De Gaulle pronuncia la frase que todo el mundo esperaba:

—Estamos dispuestos a reconocer una Argelia independiente. La República eliminó la monarquía y ahora acaba con el colonialismo.

Atentados a granel.

Colocan una bomba de plástico en la casa del ex comunista y ahora Ministro de Cultura André Malraux, que está situada en un edificio de la avenida Victor Hugo, cerca de la Etoile.

La extrema izquierda decide pulverizar por su cuenta a la O. A. S. Realiza un desfile. El Gobierno

interviene y disuelve la manifestación. Quedan cuatro muertos. En el entierro participan doscientas mil personas que llevan quince mil coronas en una ceremonia impresionante.

Se grita contra la O. A. S. y contra la represión del Gobierno. Mientras tanto siguen las conversaciones entre los dirigentes argelinos y el Gobierno francés. Para mantener definitivamente la antigua colonia de Francia, la O. A. S. llega al clímax terrorista. Cada media hora muere un hombre asesinado. Los prisioneros son ahorcados, apuñalados, fusilados con un tiro en la nuca. Arrojados vivos al mar, lanzados agónicos a los ríos. Es el terror total desencadenado como nunca había ocurrido en los últimos años en Francia.

Está claro que lo que quiere la O. A. S. es detener por todos los medios el arreglo que se ve venir en forma implacable.

Le colocan una bomba a *Le Figaro* en los Campos Elíseos. En un solo día estallan ciento cincuenta cargas de plásticos y en dos meses —enero y febrero— se registran 1.545 muertos y 3.638 heridos.

La guerra ha costado cuarenta mil muertos y setenta mil heridos entre los franceses, y ciento cincuenta mil entre los musulmanes.

La paz.

El domingo 18 de marzo De Gaulle pudo firmar definitivamente el acuerdo franco-argelino. La lucha por fin ha terminado.

Saltando por encima de las viejas banderas tricolores, de las medallas conquistadas en los campos de batalla, de las tumbas que se alzan en todos los cementerios, superando toda una historia heroica, pero un colonialismo ya innecesario, Argelia es definitivamente libre y se separa de Francia.

El país puede respirar. Lo hace dejando a un lado el oscuro patriotismo que le sube por las venas. Lo hace pensando en los trescientos mil millones de francos y en lo más brillante de la oficialidad del Ejército comprometida en la despiadada lucha clandestina.

Pero no se cuenta con los restos de la O. A. S., que rechazan indignados el acuerdo.

Huelga general.

Ordena una huelga general en Argelia, que paraliza por completo a la ciudad.

El Ejército Secreto va a dar la batalla final.

Si triunfa, tiene que pulverizar a De Gaulle. Fusilar a todos sus colaboradores. Conquistar militarmente Francia. Arrasar con la izquierda, barrer con el Parlamento y montar la famosa Sexta República, que ya asoma de las manos de la temida Mano Roja.

El Gobierno ataca en forma instantánea y comienza de nuevo la guerra civil. Pero esta vez la O. A. S. ha perdido al Ejército, y éste acude a ponerse a las órdenes de De Gaulle.

De una vez por todas la orden que recibe es histórica: "La insurrección tiene que ser reprimida sin piedad".

Más cadáveres.

Se produce un baleo espantoso en un barrio musulmán, y las ametralladoras disparan sin respirar contra una inmensa multitud que cantaba *La Marsellesa*. Quedan setenta y seis muertos y ciento noventa y ocho heridos. Pero ya la O. A. S. está perdida. Ya no tiene generales. Todos sus jefes están presos. El Ejército está en contra. De Gaulle gobierna en la metrópoli, y, como si fuera poco, el general Salan es detenido en París, víctima de una delación.

Sólo queda una minoría de sobrevivientes fanáti-

cos que se van a dedicar a la política del asesinato y del terror desesperado.

Son asaltados los bancos y se dispara desde los techos y desde las torres de las mezquitas.

Viene el Referéndum de acuerdo con el pacto de Evian. Y de diecinueve millones de votos, diecisiete están de acuerdo con la independencia. Es el último triunfo de De Gaulle.

La O. A. S. contesta con una violencia mucho más agresiva y criminal. El Presidente sufre seis atentados, de los que logra escapar simplemente por milagro. Su policía resulta mucho más hábil que los certeros tiradores de la O. A. S.

Son voladas diecisiete escuelas de enseñanza primaria. Queman tres lujosas villas musulmanas, dos hospitales y un laboratorio. El Ayuntamiento de Argelia es dinamitado con cuarenta kilos de explosivos. Incendian las instalaciones de los ferrocarriles argelinos y los servicios de gas y electricidad. Un pozo petrolífero es incendiado en el Sahara y la policía recoge una circular secreta de la O. A. S. que anuncia que incendiará todos los pozos petrolíferos restantes, acompañado de un mapa preciso en que se indica la totalidad de las instalaciones con nombre y apellido.

En vista de que se ha perdido Argelia para Francia, la O. A. S. decide incendiarla y volarla por los aires.

Queda un solo camino: contestar la violencia criminal con la destrucción absoluta del enemigo matando a todos sus componentes, arrasando con cuanto hombre, mujer o niño esté contra la política de De Gaulle, y liquidar la O. A. S. hasta sus últimas raíces sembrando el terror en todas las ciudades africanas sin vacilar. Poner contra el paredón a los oficiales de Indochina y de la Resistencia, y hacer de esta guerra civil una contienda mucho más salvaje, más técnicamente sanguinaria que la última guerra mundial.

Aquí se detiene De Gaulle, y negocia con la O. A. S. Esta se da cuenta de que apenas el nuevo lanchón solitario independiente que se llama Argelia abandone los muelles franceses, será el F. L. N., dirigido por una mayoría comunista, con la simpatía abierta de Rusia y armado por Egipto, el dueño del país, y que ellos van a ser fusilados por la espalda.

Ceden los generales.

En ese momento preciso se produce una nueva paradoja, como las que ocurren frecuentemente en la política francesa: los terroristas del F. L. N. se entienden con los terroristas de la O. A. S., que son en definitiva los únicos protagonistas de esta lucha desesperada por Argel. Pero el problema de una guerra desatada contra la metrópoli, gane quien gane en la ex colonia, es demasiado grave. Significa quebrar a Francia. Y los viejos generales detenidos, cargados de gloria y de medallas, colocan en una balanza de precisión dos objetos: Francia y Argelia. Y se deciden por Francia y el fin de la guerra civil.

La O. A. S. es pulverizada por una larga carta del general Salan desde la cárcel de La Santé en que le pide que "unan sus manos para construir un nuevo futuro en reconciliación y en paz".

Pero De Gaulle, que no es sentimental sino político, aprovecha el momento psicológico y utiliza esa misma carta, ese mismo segundo histórico que ya no se va a volver a repetir, para surgir de nuevo en medio del escenario y disponer a su manera el naipe en favor suyo.

El 1.º de julio de 1962 se realiza el Referéndum de la autodeterminación. Los votos emitidos dan la ci-

fra de 5.884.801 votos, contra sólo 162.152 escasos votos en contra.

¿Qué ha pasado?

Que el F. L. N. victorioso y la O. A. S. derrotada han decidido votar por la independencia definitiva de Argelia.

Se entierran ciento cuarenta años de historia, y en la bitácora de De Gaulle se anota un triunfo definitivo.

Fin de un pasado.

El general se coloca, ceremonioso, bajo los focos de la televisión y dice:

—El Presidente de la República Francesa reconoce solemnemente la independencia de Argelia.

Tiene setenta y tres años de edad. Está viejo, canoso y arrugado. Es ya un buen abuelo, que recuerda a ratos la familiar y casi protocolar estampa del mariscal Pétain. Pero se conserva con una agilidad, una destreza y un vigor mental que nadie discute. Se asoma por la ventana de su despacho y mira las solitarias avenidas grises de París.

Pero De Gaulle no ha contado con el terrorismo, que está listo para escribir la última carilla del último capítulo de este trágico folletín.

¡Atentados!

El 24 de agosto recibe una ráfaga de ametralladoras el auto en que viaja con su esposa hacia Villacoblay. El atentado era perfecto hasta el más leve detalle. No podía fallar. Se habían tomado todas las medidas y se habían dado todas las órdenes. Sin embargo, la suerte —esa vieja enemiga que le había respetado incansablemente a través de setenta y tres largos años de vida— no le iba a fallar en esta ocasión, y los neumáticos del coche en que monta esa tarde, hechos a prueba de balas, resisten los tiros asesinos, y el general se salva una vez más.

Todo esto hace crecer nuevamente su prestigio. Francia en el fondo no es sino un inmenso corazón que se estremece por este tipo de fenómenos, y que ante la palabra "crimen" se detiene y solidariza instantáneamente con la posible víctima. Los cuarenta millones de franceses se colocan junto a De Gaulle y de una sola plumada se borran todos los recuerdos de Argel.

¡Setenta y cuatro años!

Ahora quedan otras cosas. El imperio colonial ha terminado, pero tiene el mundo ante sí. De Gaulle

decide mover nuevos hilos. Tiene setenta y cuatro años. Pero la vida le puede reservar unos cinco años más hasta que sea enterrado oficialmente en el Panteón de la vieja Rue Soufflot.

Se detiene nuevamente frente al mapa del mundo y mira hacia América Central y hacia América del Sur.

Son veinte naciones que no le tienen ninguna simpatía a Estados Unidos. Que gritan en las calles contra el imperialismo yanqui. Fidel Castro está en Cuba. Otros terroristas operan lanzando plásticos, igual que en Francia, en las calles de Caracas.

A México.

Los países viran lentamente hacia la izquierda. Francia conserva aún su prestigio intocable, su viejo pasado, su cultura fabulosa que ya tiene dos mil años. Ese botón sentimental y práctico puede ser tocado, y entonces el general De Gaulle, el mismo que había hablado en alemán con los alemanes, viaja a México y lo hace en español ante los mexicanos.

Previamente se coloca una cota de malla ante los avisos anónimos que llegan anunciando que puede ser asesinado durante el viaje, por los últimos flecos desgarrados que quedan de la bandera de la O. A. S.

El general vuelve feliz a Francia. Pero los médicos le aconsejan una pequeña operación. ¿Pequeña?... Pequeña para cualquiera, pero no para un anciano de setenta y cuatro años. Se opera efectivamente de prostatitis y corren rumores de que su salud está gravísima. Y que puede sufrir un impacto fatal.

A Sudamérica.

El mismo general se encarga de contestar este fatídico vaticinio, y a los diez días sale de la clínica particular y, con el paso firme y decidido, se dirige en tono familiar a los franceses para anunciarles que ha decidido hacer un nuevo viaje. Para ello usará dos aviones y un barco de guerra, el *Colbert,* y recorrerá Venezuela, Colombia, Bolivia, Perú, Chile, Argentina, Paraguay, Uruguay y Brasil. El 20 de septiembre de 1964 despegará del Aeródromo de Orly el pesado Caravelle con el general y su comitiva. Durante tres días viajará en barco entre el Callao y Valparaíso. Saltará en avión sobre los Andes. Volverá a tomar el *Colbert* para dirigirse al Brasil. Mientras tanto ha reconocido a los seiscientos cincuenta millones de chinos, y, como si fuera poco, frente a

la televisión entreabre los labios y declara que la verdadera Europa debe llegar hasta los Urales.

¿Qué quiere decir?

1.° Que De Gaulle está dispuesto a conseguir la incorporación rusa a Europa aprovechando sus roces con China.

2.° Que va a utilizar un decorado nuevo: las veinte naciones latinoamericanas.

3.° Que tiene proyectado formar una especie de cuartel general diplomático europeo a base de Francia y Alemania indisolublemente unidas.

4.° Que proyecta atraer a España barriendo los viejos recuerdos de la guerra civil del año 36 al 38, y constituir con todos estos países una formidable dínamo que opere sobre la totalidad de Europa, y que pueda hablar de igual a igual con Estados Unidos.

Mi viaje.

Tecleo estas líneas en una máquina portátil sobre un avión en marcha. He dejado atrás el Atlántico y las últimas luces de Río. Frente a mí tengo la mancha azul del mar. A lo lejos se divisan las primeras campiñas, los primeros ríos que culebrean con sus viejos reflejos de acero a través de los bosques sombríos, los castillos que vieran pasar a tantos Lui-

ses, las chimeneas de las ciudades industriales, los viejos barrios color ceniza de las ciudades provincianas que describiera maravillosamente André Maurois. A lo lejos, mientras termino el décimo cigarrillo del día, veo asomar la fina silueta de la Tour Eiffel, Notre-Dame y a ese amigo pequeño y humilde, dulce y suave, que lame lentamente unas viejas piedras y que me conozco de memoria desde hace muchos años: el Sena.

Con Reynaud.

Un mes de trabajo. Hablo con gente de prensa y viejos políticos. Para el aniversario del asesinato de Mandel me invitan a una ceremonia fúnebre al cementerio de Passy. Conozco a uno de los viejos más discutidos de la reciente historia de Francia: Paul Reynaud, el hombre de las *Memorias* que son un solo ataque a De Gaulle. Tiene ya ochenta y cinco años, pero muestra una vitalidad notable.

En la tarde converso con un dirigente de la Resistencia. Al día siguiente con uno de los "parás" más célebres de la guerra de Argelia que naturalmente es enemigo a muerte del general. Llego hasta el local del P. C. Una semana me dedico a conversar y a oír.

Muere Thorez.

Dos días antes del 14 de julio, me toca saber la noticia de la muerte de Maurice Thorez, que había dejado el timón del P. C. hace únicamente un mes para entregárselo a Waldeck Rochet. Muere a los setenta y un años a bordo de un barco soviético. El 14 es el gran desfile en los Campos Elíseos. El 15, el silencioso entierro de Thorez...

Entro a *Le Figaro,* al *Paris-Match,* a *L'Express.* Y de tanta pregunta, de tanta charla, de tanta confidencia, saco una serie de deducciones básicas.

El general tiene una aplanadora en la Asamblea Nacional, a base de la U. N. R. y de la U. D. T. El R. P. F. cambió de nombre, pero la bandera es la misma. La O. A. S., liquidada. Los jefes están en la cárcel o en el destierro. Su viejo amigo Bidault está en el Brasil. Salan en la cárcel, Lagaillarde y Ortiz en España, Soustelle en México...

Entre Washington y Moscú.

Francia, gracias al general, tiene dos bases atómicas y es una de las tres potencias mundiales que cuentan con la bomba. Las otras son Estados Unidos

y Rusia. Inglaterra la tendrá el próximo año. Esto le da gran importancia a la Francia actual y le permite maniobrar entre Washington y Moscú. Su punto de vista, en síntesis, es el siguiente: Francia no es una potencia europea como sostiene Estados Unidos, sino una potencia mundial que puede jugar como balancín entre el Tío Sam y Nikita.

Argelia fue liquidada como colonia porque significaba la ruina económica de Francia que se volcaba en el norte de Africa. Esto la debilitaba en el continente y permitía la entrada de Estados Unidos, que estaba a punto de controlar totalmente las finanzas francesas. Cuatrocientos mil soldados mantenía en guardia Francia en la colonia rebelde. Esto era la puerta de escape por la cual volaban los millones de francos y la sangre de la flor y nata del país.

La razón de una política.

Francia tenía que darle la independencia. Por razones económicas y sentimentales. Pero De Gaulle sabe a dónde va. Y al entregar a Argelia se quedó al mismo tiempo con el vital control económico de la ex colonia. Y antes que nada con los negros y relucientes chorros de petróleo, y con los mostos que

surgían y surgen de las viñas en manos de franceses. Lo mismo hizo con el resto de las colonias a las que concedió la libertad. O sea, independencia política, pero control económico a través de la famosa "Comunidad Francesa".

En Indochina, Francia tenía que tener un millón de hombres sobre las armas. Otro desangre terrible. Un tonel sin fondo.

De allí —de este hecho vital— hay que partir para entender lo falta de base que es la acusación de "traición" que se le lanza. El neocolonialismo del general tiene una raíz práctica y una explicación lógica. No hay traición. Hay simple adaptación a los problemas del momento.

¿Por qué reconoce a China comunista? Porque necesita nuevos mercados para la industria francesa.

¿Por qué va a América? Por la misma razón. Francia puede exportar cultura y productos típicos del país. La actual potencia económica puede triplicarse gracias a una política de penetración mundial.

Esto lo coloca contra Estados Unidos. Y, por eso, De Gaulle se entiende con Rusia y China.

Al mismo tiempo le da la mano a Erhard. Pero era Adenauer el gran amigo. Ahora Adenauer es el jefe de la oposición. El gordo del habano es el nuevo genio que ha producido Alemania. Es un liberal 100% en materia económica. Pero los dos hacen un juego que les conviene a ambos. Francia es la agricultura, Alemania es la industria. Los franceses necesitan de los alemanes y éstos de aquéllos.

Alemania no tiene la bomba atómica, pero puede operar a través de la OTAN gracias al apoyo de Francia. Y Alemania piensa en la revancha, como el 39. Claro que el decorado ha cambiado totalmente. Si hay guerra mañana, será atómica, o no será. Han desaparecido los ejércitos de hace veinte años. El mundo es de los especialistas. Ya no veremos más cargas a la bayoneta y banderas al viento. Ahora funcionan los timbres, los botones, las máquinas. A Alemania le bastará con tener preparada una minoría selecta de técnicos para el día que posea la atómica. Será una especie de repetición de los cien mil soldados que permitía el Tratado de Versalles y que resultaron cien mil oficiales de primera línea. Ahora no habrá oficiales, sino técnicos atómicos de uniforme. "La Bundeswehr es un peligro" —asegura perento-

riamente un diario—. Hoy los alemanes no son nada AUN. Mañana pueden ser los hijos de Hitler que vuelvan de overol en vez de camisa parda"...

Francia, por su parte, tiene una flota de aviones ultrarrápidos llamados "Mirages". ¿Para qué los necesita? Para levantarle la voz a Estados Unidos y operar libremente en Europa. En *su* Europa. En la Europa del general De Gaulle, tal como él la sueña.

Ejército selectivo.

Francia misma no necesita tantos soldados. Ahora tiene cuatrocientos mil. Próximamente tendrá sólo doscientos mil. Será el llamado "Ejército Selectivo". con doscientos mil técnicos de lujo para una guerra de tipo atómico en caso que llegara la ocasión.

Francia quiere ampliar el Mercado Común. Ya no basta con ella misma, Alemania, Bélgica, Italia, Holanda y Luxemburgo. Hay que pedirle que entre a más gente... para mantener el control desde adentro. Hoy el Ejecutivo funciona en Bruselas, el llamado "Parlamento Mundial" en Estrasburgo, y la Comunidad del Carbón y el Acero, en Luxemburgo.

Pero esto es sólo ahora. Mañana habrá necesidad

de tender nuevas redes. Y cada golpe que se da en Europa le da en el mentón a Estados Unidos.

Mientras tanto De Gaulle se mueve ágilmente entre Nikita y Johnson. Es su gran poder, su recurso supremo. El eje del continente está en sus manos.

Por eso es que quiere seguir como sea al frente del país.

Esto aclara definitivamente muchas cosas. Cien tazas de café en los restaurancitos de los Campos Elíseos en la madrugada, a la salida de los diarios, con los periodistas franceses, y algunas entrevistas secretas con viejos políticos que sueñan aún con la Cuarta República, me despejaron una serie de incógnitas. Y ahora veo claramente qué hizo De Gaulle, por qué se le llamó, por qué le dio la independencia a Argelia, por qué se apoyó en los jóvenes coroneles, por qué los abandonó más tarde, por qué está contra Washington, por qué les tiende la mano a los chinos, por qué coquetea con Rusia, por qué viaja a México y al resto de la América, cómo pretende usar a los alemanes, para qué va a reducir el Ejército y por qué tiene dos centrales atómicas en Cadarache y en Pierrelatte. Y, sobre todo, qué piensa hacer con ambas.

Con los pies en la tierra.

Ahora se despeja la niebla y asoma el verdadero perfil del general.

¿Soñador? ¿Con la cabeza entre las nubes?

Nada de eso. Con los pies firmemente en la tierra. Lo que pasa es que físicamente se empina sobre la multitud, se destaca sobre la masa, crece sobre el vulgo, y su rostro se perfila con una nube de decorado y telón de fondo, sobre el resto del mundo, como el gran solitario de la época actual.

¿Candidato el 65?

El general salió para Alemania y se entrevistó con Erhard. La gran pregunta que se hacen en Francia en estos momentos es: ¿Será candidato en la próxima elección presidencial de 1965?

El no ha dicho una sola palabra. Ni sí, ni no. Es su táctica. Su eterno sistema de actuar sorpresivamente en el último momento... Pero logro saber algunos datos privados. El general irá a la lucha y lo anunciará en breve. Justamente este viaje a Alemania y el próximo a América del Sur forman parte de su táctica. Gana más votos en Francia viajando que estando en París... En caso que se presente, tiene

la partida ganada desde ahora... La izquierda tratará de hacer el siguiente juego: presentar a Deferre, un socialista de gran prestigio. Los comunistas, en el primer turno, harán un saludo a la bandera con candidato propio. La derecha no tiene fuerza y el resto de la baraja es totalmente de De Gaulle, aunque no esté de acuerdo en algunos puntos con él. Los comunistas —en caso que el general no fuera— presentarían en la segunda vuelta a Antoine Pinay, que tiene aún cierto prestigio en la izquierda, para pedirles a los socialistas, radicales y restos del radical-socialismo que lo apoyen. Sería una especie de Frente Popular electoral y de emergencia que vencería *sólo* si el general dijera oficialmente "NON".

Y si el general no fuera, ¿quién sería el hombre que presentaría el degaullismo? La respuesta es clara: Pompidou. Pero Pompidou no es De Gaulle, y en ese único caso, la izquierda, con la carta Pinay, podría ganar.

Pero no especulemos. A menos de un año de la próxima elección, el general presentará su candidatura, y seguirá en el Elíseo.

La prensa.

No tiene a la prensa. Los grandes diarios, como *Le Figaro, France-Soir* y *Le Monde,* lo critican abiertamente. *L'Humanité,* con verdadera ferocidad. *Paris-Match* y *L'Express* están en la barricada opuesta. El general tiene apenas *La Nation,* casi sin tiraje ni importancia. Pero cuenta con algo básico: la calle, la radio y la TV. Con eso le basta...

La O. A. S.

¿Y qué se hizo la O. A. S.? Leo los diarios: la O. A. S. está liquidada y sus jefes presos. En estos momentos se condena a muerte a uno de sus líderes más activos y peligrosos... Los demás gruñen en la sombra. Se acabaron los atentados y los plásticos, y ahora se puede dormir tranquilo en París...

Estrategia.

El general mantiene sus puntos básicos. Al ir a México primero, y más tarde a Sudamérica, se enfrenta a Estados Unidos, que no lo traga, y le pelea en un terreno que USA cree que es suyo. Al reconocer a la China comunista le demuestra a Rusia que no se siente ligada a ella en lo más mínimo. Con In-

glaterra se mantiene a la expectativa. Londres enviará a la Reina Isabel a darle la mano a Nikita a Moscú como respuesta a la política excesivamente independiente del general. Las relaciones con España son perfectas, a pesar de la violenta campaña de los comunistas franceses contra Franco, hecha en el fondo para disparar por mano ajena contra De Gaulle. Se planea en la sombra un frente Marruecos-España-Francia. Queda Alemania. Pero el caso de Alemania está resuelto. Nunca Bonn ha estado más cerca de París. Más aún (y esto me lo asegura perentoriamente uno de los mejores comentaristas de la prensa francesa), el eje Alemania-Francia es vital para jugar en el plano internacional.

Se rumorea: Alemania se arma. Tiene tanques y aviones. Le hace competencia a la misma Francia en materia de armas ultramodernas. Detrás de la sonrisa de Erhard se ocultan los antiguos nazis. Los oficiales de la Bundeswehr están preparando la revancha en la sombra...

Sólo con Francia.

De Gaulle no contesta esta clase de cargos. Más bien dicho, los responde hablando en alemán con los alemanes y viajando a cada momento a Bonn.

Pero hay que entender bien lo que pretende el general a los setenta y cuatro años de edad y saliendo de una operación delicada. El general no está con Alemania, con España, con Italia, con Sudamérica, con China comunista, con nadie.

El general está sólo con Francia. Su objetivo máximo es el mismo del 40 en Londres: *La grandeur de la France*. Para esto enfrenta a Estados Unidos y recoge el guante de Londres. Quiere formar, en el centro de Europa, un eje indestructible: Alemania-Francia. Incorporar a España y a Italia. Contar con Marruecos. Neutralizar a Rusia con China y al mismo tiempo tenderle la mano a Nikita para que *su* Europa llegue a los Urales... En el fondo sostiene que en estos momentos en que China y el mundo negro y amarillo se levantan, Rusia *tiene* que estar en el campo blanco...

Finalmente, con la visita a América quiere demostrarle a Estados Unidos que se puede meter en su propio cercado...

Así está ahora.

Está viejo. Una foto lo muestra con las mejillas caídas, el pelo blanco, las ojeras impresionantes. Le

falla la vista. Fue operado. Tiene que leer los oficios con enormes letras que le mecanografían en máquinas especiales... Tendrá que recorrer diez países. Tendrá sol y nieve. Frío y calor. Usará dos tipos de avión. Navegará en el *Colbert*. Hará por lo menos unos veinte discursos aprendidos de memoria, como en México. Escuchará más de cien. Ha sufrido siete atentados contra su vida. En América están los últimos restos criminales de la O. A. S. Tendrá que viajar con policía, médicos y hasta con cota de malla.

Un médico me dijo, mirándolo pasar hace una semana por los Campos Elíseos:

—Tiene mal color. Está flaco. Se le ve cansado. El viaje será largo y le puede resultar peligroso...

Así será. Pero la respuesta la da el mismo general. El 20 de septiembre montará en avión. El 15 de octubre estará de vuelta... Después está invitado a Rusia. Viajará nuevamente al Africa. No hay que perder de vista Argelia...

Y algo más que me agregan al oído en la redacción de *Le Figaro*:

—Ya nadie lo discute. De Gaulle será candidato en la próxima elección presidencial. Y ganará lejos. Le bastará con un par de giras, algunas palabras en la radio y una sola aparición en la TV...

Bajo el tricolor.

14 de julio de 1964. A las diez de la mañana estoy en los Campos Elíseos, en la tribuna de la prensa. El paisaje es tricolor como en el célebre cuadro de Duffy. Arden las banderas. Al fondo, el sol le saca chispas al Arco. Desfilan la Ecole de Saint-Cyr, los paracaidistas, la Legión, los tanques. Arriba, los aviones rajan las nubes de verano, lanzando humo rojo, azul y blanco, y formando una inmensa bandera francesa. Hay seiscientos periodistas, todo el cuerpo diplomático, los veteranos de las dos guerras, los combatientes de la Resistencia. Y detrás, el público, la masa anónima, el hombre de la calle, la dueña de casa, la *concierge,* el empleado, el obrero, el rentista, el profesional...

El general se levanta lentamente y se cuadra ante la bandera tricolor. Estalla *La Marsellesa*, brillan los coraceros, se agitan al viento los pompones rojos de los cadetes, desfila la marinería.

Lo miro.

Está entero. Perfecto con su metro noventa y cuatro, su quepis, su uniforme, sus condecoraciones, sus cabellos blancos, su estampa de Don Quijote solitario...

La soledad.

¿Y éste es el anciano? ¿Este es el viejito que piensa retirarse? ¿Este es el hombre que ha sufrido siete atentados? ¿Este es el convaleciente de una operación? ¿Este rostro duro y seco, esta mano que parece hecha de un mármol especial, esta expresión de medalla, esta larga y solemne estampa que ya tiene, en vida, los rasgos que más tarde buscarán los escultores para dejarla de recuerdo en alguna avenida de París, muestran acaso alguna remota huella de un posible cáncer?...

Es absurdo.

El aire arde. Pasan nuevos aviones. Desfilan soldados y más soldados. Los Campos Elíseos crujen bajo los tanques. El sol se coloca elegantemente como una roseta de la Legión de Honor sobre el Arco...

¿Richelieu? ¿Napoleón? ¿Carlomagno? ¿Enrique IV? ¿Juana de Arco? ¿Condé? ¿Luis Bonaparte? ¿Clemenceau de uniforme?

No creo.

De Gaulle es otra cosa. Es un inmenso solitario. Un almirante que transformó una pequeña barca fantasmal en una lancha de desembarco, más tarde en un destróyer y luego en un buque insignia.

Marcha solo a través de Francia, de Europa y de

la Historia. Ahora es difícil que lo comprendan. Está demasiado a la vista. Lo tenemos ahí. Luego se alejará. Tendrá que alejarse. Sólo entonces lo podremos mirar con perspectiva...

Termina el desfile. Se va *La Marsellesa*. Se guardan los cascos y las medallas de cien combates en todos los frentes del mundo... De Gaulle se levanta. Pasa entre los soldados, que parecen un bosque de sombrías estatuas. El público aplaude, grita, aúlla, ovaciona...

Y De Gaulle monta en auto y avanza recto hacia el Arco, sin volver la vista, solo, lejano...

Pasa frente a la estatua de Clemenceau. Napoleón lo mira desde la Etoile. Juana desde la Place des Piramides. Carlomagno, galopando frente a Notre-Dame. El "Vert Galant" en medio del Sena.

De Gaulle no ve a nadie.

Sólo ve su propia imagen que se dibuja, este ardiente mediodía de julio, sobre las piedras eternas de los Campos Elíseos.

Y se pierden ambos —él y su larga silueta— en la esquina vecina, camino al Elíseo, en medio de un jardín de banderas tricolores que bailan en manos del viento.

PARIS.

Julio de 1964.



COLECCION HISTORIA Y DOCUMENTOS

LOS CRIMENES DE STALIN,
por León Trotsky.

EXPLORACION FAWCETT,
por P. H. Fawcett.

LA REVOLUCION AFRICANA,
por James Cameron.

EUROPA A LA CONQUISTA DE AMERICA,
por Raymond Cartier.

EL EGIPTO DE LOS FARAONES,
por Juan Marín.

JAPON, HOMBRES Y PAISAJES,
por Hernán Romero.

VENTURA DE PEDRO DE VALDIVIA,
por Jaime Eyzaguirre.

HISTORIA DE LA PINTURA CHILENA,
por Antonio R. Romera.

LAS HISTORIAS DE ESPIONAJE MAS ASOMBROSAS DEL MUNDO,
por Kurt Singer.

FANTASMAS Y RETRATOS DE LA *TRADICION,*
por Jorge Inostrosa.

BREVE HISTORIA DE LA ANTARTIDA,
por Carlos Aramayo Alzérreca.

TESOROS OCULTOS,
por Robert Charroux.

EL LIBRO DE LOS LIBROS,
por Fulton Oursler.

CRONICAS,
por Joaquín Edwards Bello.

Otra obra de TITO MUNDT:

DE CHILE A CHINA.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.
Casilla 84-D Santiago de Chile

FABRICACION CHILENA
PRINTED IN CHILE

